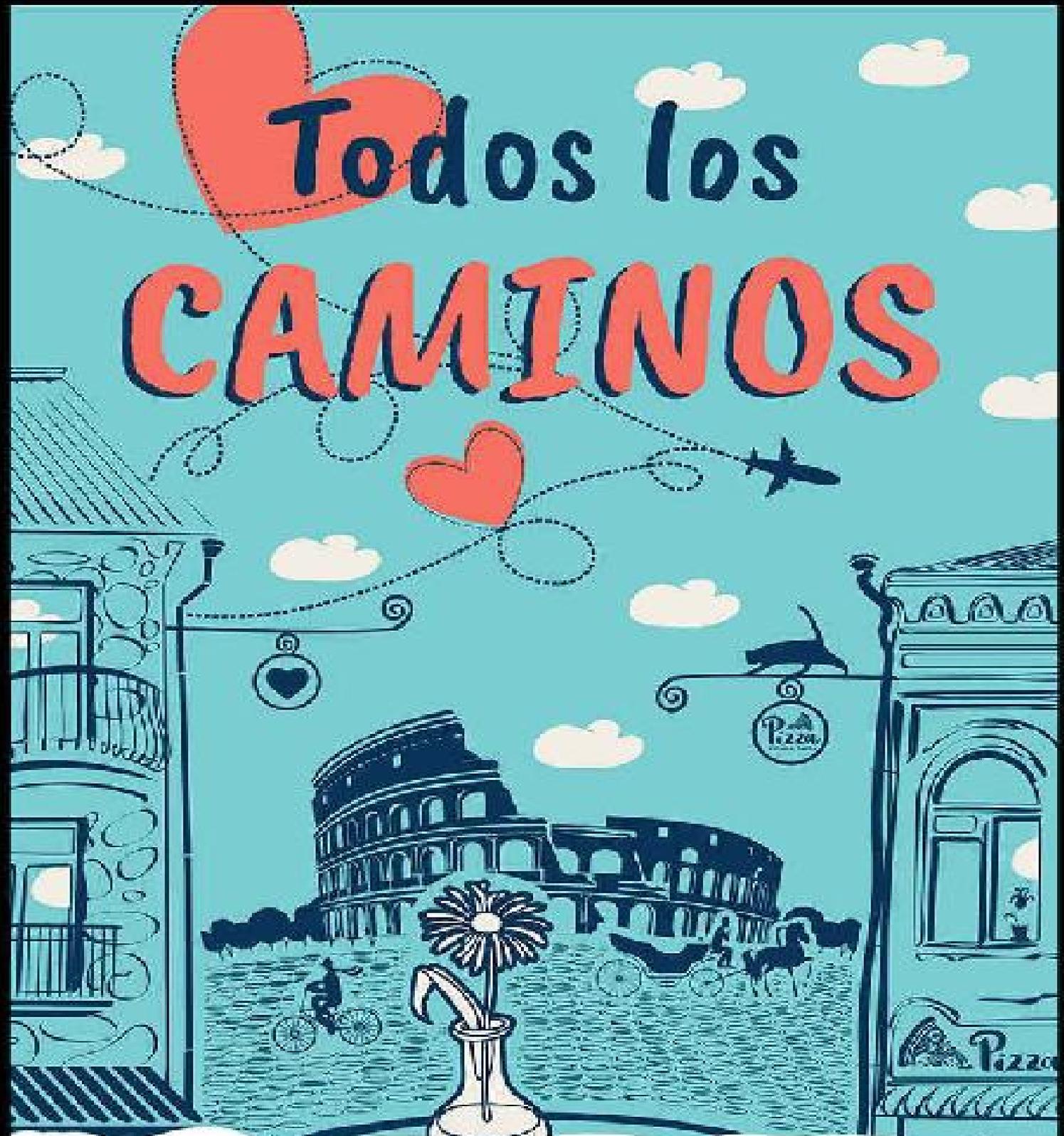


Selecta

Todos los CAMININOS



ROMINA NARANJO

Table of Contents

[Todos los caminos](#)

[Nota de la autora](#)

[Antes del principio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 12+1](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Después del final](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Romina Naranjo](#)

[Créditos](#)

Selecta

Todos los caminos

Romina Naranjo

megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

SÍGUENOS EN

[@megustaleer](#)

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Al Sueco,

gracias por el relato.

¡Menudo best seller!

Nota de la autora

Querido lector o lectora:

Es mi deber informarte, ya que has decidido embarcarte en la lectura de esta historia, de que gran parte de las situaciones que se narran a continuación son, en gran medida, hechos reales.

Y que los personajes que los protagonizan están basados en personas que, de alguna manera..., también existen.

Por lo tanto debes saber, ahora que has llegado hasta aquí, que en este caso concreto, cualquier parecido con la realidad...

¡probablemente no sea ninguna coincidencia!

Una vez aclarado este punto; ¡lee bajo tu propia responsabilidad!

Antes del principio

Las personas somos inconformistas por naturaleza.

Yo, la primera.

Nos pasamos gran parte de nuestra mundana existencia esperando. Albergando esperanzas. Dudando. Recorriendo destinos medio a oscuras, a tientas, guiados únicamente por el tacto y una fe inquebrantable en que las cosas mejorarán.

También somos optimistas natos.

Y para esto ya... no contéis demasiado conmigo.

A pesar de que vivimos inmersos en la búsqueda perpetua de señales que nos indiquen cuál es la senda adecuada, el atajo deseable o la bifurcación más recomendable, los seres humanos hemos desarrollado la tremenda habilidad de no ver más allá de nuestras narices; y con la práctica y los años, nos hemos hecho expertos en ignorar aquello que no nos interesa, por inconformistas, claro. Y por optimistas.

Querer una señal desesperadamente no implica estar preparado para aceptarla. De hecho, en la mayoría de las situaciones, las luces de neón bordeadas de flechas y mensajes cuajados de signos de exclamación están tan claros en nuestro horizonte... que parecemos incapaces de verlos.

Seguimos aguardando. Continuamos a la caza y captura,

diciéndonos que algo tan anodino, tan insustancial, tan... negativo no puede ser para

nosotros. Qué va. Nosotros merecemos más.

Tenemos que tener más. Deseamos más. Pedir una señal conlleva, intrínsecamente, el riesgo de recibirla y que, al hacerlo, no sea lo que esperamos.

Yo, que en ese momento iniciaba el recorrido más importante de mi vida, subida a unos tacones maravillosos y luciendo un vestido de ensueño, dejé volar mi mente hacia todas estas cuestiones y me pregunté, no sin inquietud creciente, si el hombre que me esperaba al otro lado del camino, allá, al principio del pasillo... sería verdaderamente mi señal.

O yo la suya.

1

—Vamos a ver, Leroy... —Sorbí fuerte por la nariz, mientras apoyaba los antebrazos en la mesa y cogía aire. Perder los nervios nunca era una buena opción, pero era viernes, la tarde se me estaba haciendo interminable y, encima, aquel moquillo persistente, fruto de un catarro mal curado que ya parecía haberse alquilado un pisito con vistas en mi cuerpo, no remitía. No tenía yo el día muy paciente—. Cuando te digo, «multiplica de cabeza», no me refiero a que bajes la voz. Puedo oírte. Estamos solos en esta clase. Por mucho que susurres... te oigo.

El crío, haciendo un mohín, toqueteó el lápiz, volviendo una atención que yo ya sabía voluble a su hoja de cálculo.

—Es que así no me sale, *seño*.

Me mordí el interior del moflete, pero no... no dejaría que me ablandara otra vez. Llevábamos una semana con aquello.

Empezaba a estar harta. Tanto como él, seguro.

—Leroy, saberse las tablas sumando los resultados no es saberse las tablas. Saberlas es... memoria. —Me incorporé. ¡Ay, mi cuello!

¡Ay, las lumbares...! Dichosa profesión.

—La profesora del cole nos deja copiarlas en un folio para el examen.

Enarqué la ceja.

—¿Ah sí? ¿Y en el instituto vas a hacer lo mismo? ¿O cuando toque dividir por cuatro cifras? Eso es perder el tiempo y créeme, chaval..., tiempo es lo que te va a faltar para la cantidad de cosas que te quedan por delante.

—¿Roma?

Aparté la vista de la cara de susto de Leroy. Giré medio cuerpo hasta enfocar la puerta de la clase, donde mi jefa se había acodado.

Puro estilismo, aquella mujer bien podría acabar de bajarse de una pasarela de modas, en vez de ser la directora del centro de refuerzo educativo donde ambas trabajábamos.

Roma, supongo que lo habéis adivinado por el contexto, soy yo.

Me presento. Metro sesenta, melena castaña cogida en un moño, cara pecosa, gafas de pasta que en ese momento se me resbalaban por la nariz y rictus de mala leche. Vamos, que daba el perfil de profesora a la perfección.

—Tienes una llamada. —Mi jefa sonrió hacia la mesa—. ¿Cómo va eso hoy, Leroy? ¿Se porta Roma bien contigo? Si se pasa mucho dímelo y la despido, ¿vale?

El chiquillo sonrió, echándome una miradita que me pareció entender como «te tengo cogida por los ovarios, *señor*», pero que probablemente querría decir otra cosa.

—Te doy los cinco minutos que tarde para repasar las tablas, luego toca preguntarlas. —Levanté el dedo antes de que me interrumpiera—. Salteadas.

Tiré de la cinturilla de mis vaqueros y salí del aula. Recorrí el pasillo bien iluminado que separaba los demás despachos del mío y crucé a la derecha para llegar al *office*. Dado que había una política de prohibición ante el uso excesivo del teléfono móvil, no era nuevo que recibiera mis llamadas en el mismo centro, aunque claro está...

tampoco era algo que se pudiera dilatar en el tiempo.

No era plan de limarme las uñas mientras me ponía en conferencia con quien fuera que estuviera al otro lado de la línea en tanto dejaba desatendidos a los niños.

—¿Hola? —Oí un suspiro. Puse los ojos en blanco—. Aína...

estoy trabajando.

—¿Y crees que te llamaría si no fuera superurgente?

Bueno... todavía no sabéis mucho de ella, pero debéis estar prevenidos; lo que mi mejor amiga conocía como urgencias variaba desde «acaban de ingresar a mi madre con un dolor en el pecho», lo cual te hacía soltarlo todo y echar a correr, o... «*Fulanito de tal* ha subido un *storie* y yo no quiero que vea que lo he mirado, entra tú».

Vamos, que el abanico era amplio y aterrador.

—Te escucho. —Consulté mi reloj de Mickey Mouse. Según sus bracitos enguantados... eran las *el puto tiempo no pasa* y cuarto—.

Te doy dos minutos. Tengo a Leroy multiplicando.

—¿Leroy? ¿En serio se llama así o es uno de tus nombres en clave para no revelar las vidas emocionantísimas de tus alumnos?

—Es su nombre. —Y probablemente el *spoiler* de su futuro laboral como no se aprendiera la tabla del ocho. Sin acritud ninguna, palabra—. Escupe, Aína.

—Requiero del código de mejores amigas. —Resoplé. Aquello tenía mala pinta... llamadme suspicaz—. Me han organizado una cita a ciegas esta noche. Te necesito de retén.

¿Lo veis? Si es que lo sabía...

—Ni de coña. ¿La familia bien? Pues, me vuelvo al trabajo.

—¡Roma, tía, he mentado el código!

—El código no son más que unas directrices.

Fue el turno de Aína de resoplar.

—Vale, capitán Jack Sparrow, ¿podemos ponernos serios? Es mi primera cita en meses. Desde... ya sabes. Y encima, ¡a ciegas! ¿De

verdad quieres que me presente completamente sola y desamparada ante un desconocido?

¿Quieres salir mañana en las noticias diciendo que fuiste la última persona que habló conmigo?

—Dios... pero mira que eres dramática... —Pero la capulla había ganado. Las dos lo sabíamos—. Y, para empezar, ¿qué coño haces saliendo con alguien a quien no conoces?

—Es el amigo de un conocido mío, ya sabes. De mis tiempos mozos cuando ligaba chateando por foros.

Empezó a hablar a toda velocidad. Ese era uno de los dones de Aína, situaba a personas y sucesos en el tiempo con una facilidad tan brutal que parecía que llevaba la escala espaciotemporal metida en el bolsillo. Del susodicho no sabía mucho más de lo que ya me había comentado, amigo de un amigo, lo cual bastaba, a medias, para saber que podría sentarse frente a él con una cerveza y no temer más que a una aburrida conversación.

No obstante, y como mejores amigas, los años nos habían dado muchos aprendizajes, entre los cuales destacaba la depurada técnica de sacar a la otra de una mala cita sin hacerla quedar mal.

—Voy. —Asumí, oyendo como gritaba al otro lado del teléfono—.

Me doy una vuelta cinco minutos, te echo un vistazo y si no has activado la señal, me piro y te dejo a lo tuyo. ¿Conforme?

—¡Conforme! Ah por cierto... arréglate un poco, que no se note que vas solo de retén.

Aquello ya me olió a chamusquina, aunque ni por asomo vi venir el tremendo incendio forestal que se aproximaba.

—Aína, escúchame bien, si por cualquier circunstancia tienes ni siquiera la más mínima intención de liarme con el amigo de tu cita, es un no. *Never*. Estás avisada.

Sus carcajadas me sacaron de contexto.

—¿Estás pirada? ¡Qué va, Roma! ¡Ese tío no es para ti!

Tras un par de frases relativas a la hora y sitio de quedada, colgué. Mientras volvía a la clase, noté un molesto picorcillo a la altura de la nuca que no se me iba por más que lo rascara. Una especie de... aviso. Rollo alerta. Como la ventana emergente del Avast Antivirus que se presenta en el escritorio del ordenador cuando menos te lo esperas —casi siempre de noche y cuando llevas los auriculares puestos—, y te quita un par de años de vida.

Yo no me asusté entonces. El miedito real, vendría más tarde.

—¡Bueno, Leroy, vamos a ver qué tal vas!

Los ojillos azules del crío me miraron con culpabilidad. Tardé un segundo en descubrir que, en vez de aprovechar el tiempo para estudiar la tabla como yo le había pedido, se había dedicado a copiarla en su goma. A tamaño microscópico.

Cogí aire. Me repetí que hacer llorar a los niños cuando eras profesora de apoyo no estaba bien.

—No pasa nada. —Y me obligué a sonreír, mientras volvía a tirar del moquillo que no paraba de caérseme—. ¡Empezamos desde el principio!

Y nosotros, seguimos adelante.

La primera vez que vi al Sueco no fue la primera vez.

Bueno... fue la primera vez después de la primera y la segunda, que también pueden calificarse como desastrosas y lo bastante traumáticas como para que esta primera tercera vez acabara como acabó; igualito que el rosario de la aurora.

Ahora os lo explico.

Antes de darnos un chapuzón en la triste piscina de los recuerdos pasados —importante para la trama, lo juro solemnemente—, unas pocas pinceladas del ahora.

Salí del centro de estudios cabizbaja, congestionada y arrebujaada en mi bufanda kilométrica de Desigual, comprada por Ali Express.

La verdad es que hacíamos una pareja increíble, porque en ese momento, con una jornada dura a las espaldas y la sensación de que en vez de avanzar daba dos pasos para adelante y tres pasos para atrás —sin la media vuelta, pero siempre, siempre, volviendo a empezar—, me sentía como una imitación barata. De profesora. De ser humano. Así... en general.

Después del episodio del teléfono y en la hora siguiente a la de Leroy, me había tocado lidiar con un par de esos padres...

tocapelotas. Que ojo, igual es más profesional y elegante llamarles algo tipo *rara avis* o cualquier cosa semejante, por aquello de la

tremenda implicación que demostraban en la escolarización de sus hijos. Hasta rayar lo insano.

Estaban quienes solo querían de los chiquillos que cumplieran.

Deberes hechos y asignaturas llevadas más o menos al día. Los que lidiaban con algún hándicap, y no tenían las expectativas altas más allá de una adaptación saludable en el centro reglado y aprendizajes significativos, y luego... luego estaban los demás. Los que promulgaban eso de, como yo pago este servicio extra requiero de ustedes que vivan por y para hacer magia con una hora de terapia enfocada en el retraso madurativo. Vamos, que si el niño tenía un nivel de lectura de primaria, pero estaba en edad de cursar la ESO, yo tenía que agitar mi varita, aunque el primer instinto fuera metérsela a papá por el culo.

Cogí aire y respiré hondo al salir del metro en Ópera y eché a caminar hacia Plaza de Callao. Tenía la tremenda suerte de contar con un coqueto pisito de renta antigua situado en el edificio colindante con el de El Corte Inglés. Un lujo para muchos, principalmente turistas que venían a Madrid de paso; por lo bien situado, lo céntrico de su ubicación y lo cosmopolita de todo cuanto lo rodeaba.

Para mí, que tenía que ir al curro todos los días y llegar con tiempo, que volvía cansada y arrastrándome los fines cuando doblaba turnos en la pizzería donde me sacaba un sobresueldo, las aglomeraciones, retrasos, colas interminables, codazos, tropiezos, estrenos de cine, luces, voces y algarabía general... eran más una molestia que algo que tomar como positivo. Mi alma *viejoven*, supongo, que a veces se imponía a la edad que me marcaba el DNI.

Pasé por la chocolatería San Ginés para darme un capricho antes de subir a casa... y me lo comí por el camino porque recordé que mi plan de pasar el resto del día con ropa de indigente y abrazada a mi

gato se había ido al garete por culpa de Aína.

—Dichosas mejores amigas... hay que joderse. —Tiré de la portezuela metálica haciendo fuerza con el hombro, mientras me relamía los restos dulces que se me habían impregnado a las comisuras—. Aprende a decir no, Roma. Es muy fácil. Son solo dos letras. Si podías pronunciar esternocleidomastoideo con seis años,

¿qué puto problema tienes con negarte a las cosas?

Subí las escaleras pisando fuerte, pero no como Alejandro Sanz, sino en plan... mosqueada con la vida. No me apetecía salir. No tenía ganas de ducharme, peinarme y revolver en el armario algo para ponerme. No quería bajar otra vez las escaleras. Quería prepararme estrategias de defensa para el lunes, cuando seguramente mi jefa me llamaría a su oficina para que le contara mi parte de versión en la movida con los padres de los alumnos.

«Somos un centro cuya mayor fuente de publicidad es el boca a boca», diría. «No podemos permitirnos mala fama y estas cosas corren como la espuma».

¡Como si fueran culpa mía los suspensos en asignaturas que no estaba impartiendo, cojón!

Giré la llave y, de inmediato, los maullidos me recibieron al otro lado. Sonreí. Al cruzar el umbral, Cax Teller, mi gato rubio de ojos azules, llamado así en honor al protagonista de series como *Hijos de la Anarquía* y fantasías sexuales recurrentes de Roma. Me incliné para acariciar su pelaje calentito.

—Las cosas que hacemos por las amigas...

Tiré a la basura el envoltorio de mi capricho de chocolate y me metí en la ducha sin darle tiempo a mi sistema nervioso a revelarse.

Aína se merecía el esfuerzo, y no porque yo tuviera fe en las citas a ciegas, de hecho, estaba convencidísima de que la cosa iba a ir fatal... pero era la primera vez que se atrevía a dar el paso desde su

última ruptura, diez meses antes. Aquel tío la había calado hondo para mal, y al final, tras lo que fueron un par de años de no-relación tóxica, la cosa había explotado.

Igual el amigo de su colega, quien quiera que fuese, no sacaba las esquirlas de su corazón, pero si le daba un motivo para estar ilusionada, entretenida y salir a la calle, a mí me iba bien. Con suerte congeniarían lo suficiente para que yo pudiera pirarme temprano, sustituir los botines de calle por mis zapatillas peludas de Harry Potter y engancharme a las reposiciones de *Sugar Rush* en Netflix, que era todo cuanto le pedía a aquel viernes.

Así soy yo, una chica fácil y nada complicada. ¿Por qué me pasaban entonces las cosas que me pasaban? Ay, Señor...

Me puse una camiseta de los Rolling Stone de manga corta, metida por dentro de una falda larga y plisada. Ambas prendas, negras. Até con fuerza el lazo de los botines y me di un poco de *eyeliner* y carmín rojo pasión. Por cambiar, decidí alisarme el pelo, pero luego me di cuenta de que no iba a tener tiempo material, así que, con este todavía húmedo, me hice un par de moñitos debajo de las orejas. Agarré mi bolso bandolera, las llaves, el móvil y, mirando con pena a Cax Teller, volví a salir.

Había quedado con Aína por los alrededores del cine Renoir Princesa. Por lo visto había descubierto un garito nuevo por la zona y le apetecía probar. Me bajé del metro en Noviciado y usé el Google Maps para encontrar el sitio. No me costó demasiado, primero, porque estaba cerca y segundo... porque mi amiga empezó a hacerme aspavientos y llamarme a gritos cuanto todavía estaba a doscientos metros de distancia.

—Alguien está emocionada...

—Como un flan es lo que estoy. —Giró sobre sí misma. Se había puesto un *body* negro acompañado de una falda corta y muy ceñida

con lentejuelas—. ¿Qué tal me ves?

—Pues nerviosa hemos dicho, ¿no? —Sonreí. Ella no—. Estás bien, Aína, relaja.

—Sí, sí, pero... ¿y las tetas?

En fin...

Tiré de su brazo para romper con aquel bucle y entramos al local.

Oteó el horizonte y luego tecleó en su móvil a toda velocidad mientras me recordaba, como si hiciera falta, el plan.

—Si me haces el gesto acordado... —Empecé a narrar, como si me encontrara ante un examen de Historia y estuviera detallando las fases de la Primera Guerra Mundial. Así de importante nos tomábamos las mejores amigas nuestras técnicas de escapismo—.

Me acerco con cara de circunstancias y te digo que ha pasado algo.

Que ha habido una emergencia. Y prácticamente te saco a rastras.

—Exacto, sin darme opción a réplica ni tiempo material para soltar más que un... «perdona, perdona, lo siento, tengo que irme».

Afirmé. Y como yo allí estaba para pasar el rato, me giré a la barra y pedí algo de beber. No estoy segura de si se debió a que era noche temática de algo, las luces estaban muy fuertes, la música muy alta, yo resulté poco convincente o el camarero decidió pasar de mi culo, pero... me sirvió lo que le dio la gana.

—¿Qué mierda es...? —Di un sorbo al copazo verde que me acababa de poner en las manos. Con tiento. Niños y niñas, si estáis leyendo esto... no aceptéis alcohol de desconocidos si no sabéis lo que es—. No sé qué lleva, pero está bueno. ¿Quieres?

Aína estaba en modo estatua renacentista. Tiesa como un junco.

—Ya han llegado. Están aquí. Roma, ¡que están aquí!

—Vale, vale, respira. Si te pones azul no te va a combinar con la ropa. —Intenté tranquilizarla rozándole el hombro, pero ella seguía a lo suyo—. Dime, ¿qué ven tus ojos de elfo con radares?

—Pues como reconozco al Sueco de lejos, deduzco que mi cita tiene que ser el otro. —Se llevó la mano al pecho—. ¡Y está buenísimo! Por lo menos eso me parece desde lejos, que luego claro, ya se sabe... ¿tú crees que...?

La mandé callar con un gesto muy grosero. Vamos, que prácticamente le estampé la palma de la mano en la jeta. Al mirarnos, su expresión era de puro desconcierto, pero la mía... ay, la mía.

Terrorcito rico.

—¿El Sueco acabas de decir?

Y... ¡dentro *flashback*!

Si en 2020 yo tenía veintisiete años; en 2012, que es donde vamos a viajar, tenía diecinueve. Quedaos con el dato, que es numérico, y lo mío son las letras.

En aquel momento vital, después de haber superado a trancas y barrancas mi segundo año de magisterio, en pleno verano y con Madrid a mis pies, la verdad es que me encontraba, más o menos...

como en el presente. Encadenando trabajillos cutres con los que reunir unos cuantos euros que me dieran para caprichos y escapadas en las que me fuera posible permitirme algún hotel, en vez de dormir en sacos o albergues. Ay, juventud... divino tesoro.

Por aquel entonces, Aína era el alma de todas las fiestas. No es que ya se haya «reformado», pero con la veintena asomando la patita, mi mejor amiga había decidido llevar el mundo por montera y vivir todas las experiencias, conocer a todas las personas y tomarse al menos una caña en todos los bares. Ella se enorgullece de decir que lo consiguió... pero eso es otra historia.

Aquel sábado por la noche, la primera vez de verdad, verdad, que conocí al Sueco, salí del que era mi entonces piso sin ninguna expectativa... pero apestando a kebab. Es lo que tenía vivir encima de un establecimiento cuyo plato principal era ese. Con la raya en medio, el flequillo muy corto y la melena lisa, llevaba un vestido a

cuadros y deportivas bajas. Un poco como lo que se estila ahora, para que veáis que las modas siempre vuelven.

Como la fiebre por las redes sociales todavía no había alcanzado su cota máxima —gracias a Dios, no hay pruebas de la mitad de cagadas épicas de mis años de juventud—, nos reuníamos en la puerta de las discos y los baretos a fumar un pitillo mientras esperábamos al resto del grupo. O por lo menos yo, que en esos tiempos iba de malota para enmascarar una inseguridad galopante.

La verdad es que más allá de Aína, mi círculo social era más bien...

un segmento cortito y patético, así que cuando me ofrecía plan de pandilla, tendía a colgarme porque, ¿quién sabía cómo podía acabar el fin de semana? Lo mismo conocía a alguien, lo cual sería una suerte...

O una desgracia, como se demostró después.

Poco antes de las diez nos apretujamos en una mesa redonda, bajo un halo de olores a humanidad bastante desagradable, a tomar cervezas directamente del botellín. Aína me presentó a un montón de gente, algunos, por sus nombres de pila y otros, por sus apodos.

A este lo había conocido en una clase del ciclo de Informática, al otro, en un chat al que había estado viciada y con el que había hecho migas a fuerza de troleo al personal; algunos ni siquiera eran amigos suyos, sino conocidos de conocidos, etiquetados en las fotos de Tuenti y que a fuerza de verse inmersos en el meollo pandillero, allí se habían quedado.

Y después... estaba él.

Yo, diecinueve años, poco dada a la fiesta hasta el amanecer y con la experiencia romántica de una niña que lee a escondidas los libros de Corín Tellado de su madre, sentí que todos los clichés del mundo se hacían realidad para mí. Se cumplió todo lo que alguna vez me habían prometido que pasaría. El mundo a mi alrededor se

ralentizó, la peste a sudor dejó de notarse, la música, un algo inaudible a lo que apenas había prestado atención, cambió para dejar sonar uno de esos temas que decoran una escena como el marco perfecto rodea una fotografía en blanco y negro: *Lithium*, de Nirvana.

Alto. Guapo. Con pinta de perdonavidas y el pelo rubio ligeramente rapado por los lados. Se acercó con la boca curvada y la mano preparada para estrecharla con todos los presentes, que, sin duda, lo reconocieron nada más verlo aparecer, mientras yo flipaba y me imaginaba, con toda viveza, el color que elegiríamos para nuestro dormitorio cuando nos fuéramos a vivir juntos para siempre jamás.

Melocotón, por cierto.

—¿Qué pasa, Sueco? —Aína se puso de puntillas y le dio un par de besos. El susodicho le dio uno de esos medio abrazos tan masculinos. Juro que olía tan bien, que me llegó el atisbo desde el otro lado de la mesa—. ¿Conoces a toda la peña?

El Sueco puso en mis sus increíbles ojos claros.

—Hay caras nuevas.

—Esta es Roma, mi mejor amiga.

Entonces, la sonrisa fue toda para mí. Y los dos besos, que atesoraría mucho, mucho tiempo, también.

—Roma... —dijo él. Y la forma en que pronunció mi nombre, se me clavó—. Adonde llevan todos los caminos.

De él supe, esa noche..., la vida y obra. Y ojo, no tuve suficiente.

El sueco se había ganado su apodo por haber emigrado de Estocolmo al principio de la secundaria. El eterno nuevo que siempre tenía anécdotas de fuera que contar. Era una de esas leyendas vivas que existen en todos los grupos de amigos. Conocía a todo el mundo y casi todo el mundo había oído hablar de él.

Encadenaba conversaciones con saludos distraídos aquí y allá.

Parecía pertenecer a todos los corrillos, encajar en cualquier conversación y, a la vez, mantenerse al margen de todas. Era el amigo del amigo, el conocido de la antigua novia del primo... ese tipo de cosas.

¿Conclusión? Siempre podías cruzarte con él en una noche de juerga. Y si eras chica, las posibilidades de que la cosa fuera a más... se multiplicaban exponencialmente.

De eso también me enteré. Enseguida.

Nuestra charla no tardó en volverse más privada... y nuestros cuerpos fueron aún más rápidos acercándose el uno al otro y dejando fuera al resto. Yo, inocente y obnubilada, recuerdo haber hablado hasta por los codos, desesperada por sonar *guay* cuando toda mi existencia parecía un chiste en comparación con la de él.

Idioma, cultura, vivencias personales interesantísimas fraguadas a golpe de mudanza, viaje y conocimientos varios.

Cuando me rozó el pelo con la yema de sus dedos para apartármelo de la cara, yo ya no tenía ojos para nadie más. Y para el final de la noche, cuando sacó su Nokia y me preguntó si tenía alguna red social donde pudiéramos seguirnos, ya le había entregado mi corazón, servidito en bandeja y a toda velocidad.

Esa noche no pasó nada entre nosotros, aunque antes de irse con el grueso de los integrantes varones del grupo, que pedían a gritos seguir la fiesta en otro garito que no cerrara, me guiñó un ojo, me señaló con el dedo y, mientras yo me preguntaba, con esa voz interior tan profunda y lastimera como una Escarlata O'Hara cutre, cómo sería posible que

nos volviéramos a ver siendo tan distintos, él, el Sueco, el mito, la leyenda... me leyó el pensamiento.

—Roma... ¿verdad? —Asentí como una tonta, como si recordar mi nombre tras varias horas de charla fuera un gran hito—. Adonde

llevan todos los caminos.

Y sí, ya lo había dicho antes. Y sí, era la frase hecha más manida de la historia llamándome yo como me llamaba, pero con diecinueve años y un *crush* encima del tamaño de un monumento barroco, yo lo sentí como una promesa.

Y puse de mi parte para hacernos coincidir.

En aquel 2012 yo tenía Facebook, pero apenas le daba uso. Eso cambió de forma radical. Fotos de perfil, frases sesudas, compartir lo que hacía y seguir páginas que me eran recomendadas y que podían o no tener que ver —un poquito— con los gustos que había estado *stalkeando* cual posea en las redes del Sueco. Yo era una Joe Goldberg muchos años antes de que Netflix existiera y estrenara *You*, pero tranquilos, que esta historia no acaba en cajas de metacrilato y muerte. Es todo mucho más de vergüenza ajena.

A fuerza de compartir gustos y aficiones que teníamos en común

—ejem—, el Sueco y yo entramos en una dinámica muy chula.

Intercambiar frases por el privado, enviarnos fotos inocentes de películas o lugares que habíamos visitado, curiosidades de los estudios... ese tipo de historias. Había coqueteo, desde luego, y eso no paraba de darme alas... que me hacían volar peligrosamente cerca del fuego; y acabar con la paciencia de mi amiga Aína, a la que no paraba de insistir para que tirara de sus hilos, organizara otra quedada y yo pudiera, por fin, dejar de lado las pantallas para pasar al siguiente nivel.

—Que no, Roma. —Me decía todas las veces—. Que ese chico no es para ti.

Pero yo, con la peor ceguera de todas... la del que no ve porque no le da la gana, no atendía a razones.

—¿Y tú qué sabes? Solo lo conoces porque es colega de un amigo tuyo, ¡ni siquiera sabes nada de él!

Ella ponía los ojos en blanco y me dejaba por imposible, me imagino que esperando que el tema se me pasara solo... pero no fue así. En aquel entonces yo era como todas las jovencitas encaprichadas, un ente ajeno que no entendió a razones hasta que estas le dieron de bruces en plena cara.

Porque ningún aprendizaje es tan significativo como el de las hostias de la vida, y aquí podéis creerme, ya que ahora soy profesora.

Con todo y las ganas que parecían macerarse en nuestras conversaciones hasta las mil... no parecía que el Sueco y yo encontráramos manera de coexistir en el mundo real. Él, siempre liado, siempre de quedadas, siempre de colegeo; y yo... que no tenía el valor suficiente para rendir menos en clase, aunque estuviera durmiendo la mitad que antes, ocupada con un trabajillo en una imprenta de barrio y siempre con el culo a dos manos para poder llegar a fin de mes y mantener el piso con olor a kebab que me alejaba de tener que volver a vivir con mis padres.

Durante cerca de tres meses, todo nuestro contacto fue puramente telemático, hasta que, por fin, el día señalado llegó.

Con una minifalda de polipiel, una blusa escotada de manga corta, botas altas y la media melena ondulada, aquella noche me vestí dispuesta a conocer la lengua sueca hasta su última declinación. Estuve preparada, histérica e incontrolable dos horas antes en el salón de la casa de Aína, que todavía en bata, se repasaba las uñas de los pies con un esmalte negro mate aparentemente ajena a mi sufrimiento.

—¿Te quieres dar prisa? ¡Vamos a llegar tarde!

—Roma, a un plan de este estilo no se va con hora. —Sopló. Yo tenía tanta angustia que me sentí tentada a sacar un abanico y darle aire en dedos, a ver si así salíamos antes.

—Pero hemos quedado con gente, estaría feo...

—Hemos dicho que nos pasaríamos por donde ellos iban a pasarse. —Encogió los hombros—. No es un plan cerrado. Y deja el flipe en casa, por favor. El Sueco puede que vaya... o puede que no.

Me mordí el labio. Luego recordé mi carmín perfecto, ese delineado que me había llevado horas... y paré. Sonreí para mis adentros porque Aína, que casi nunca se equivocaba en lo que a chicos se refería, que parecía estar de vuelta de todo, haberlo vivido todo y conocerlo todo de todo el mundo con el que se relacionaba..., desconocía de mis avances con el Sueco. No sabía que nuestras conversaciones habían oscilado de forma inevitable hacia el troteo más directo.

Él iría. Nos encontraríamos. Retomaríamos la charla cara a cara que habíamos tenido la primera vez que nos habíamos visto, pero allí... con todas aquellas ganas que se habían ido cocinando a fuego lento; entonces, el Sueco daría el paso, pero no para ver en mí a otra de sus conquistas, no. Yo no sería una de esas chicas con las que, según los cuentos, se liaba sin promesas ni pretensiones, a las que luego saludaba sin más al volver a coincidir. Yo sería el destino final. La línea de meta.

Lo que sentía, no valía menos... y, además, ¿acaso no llevaban a mí todos los caminos?

Me tomé dos cubatas. No me gustaba demasiado el ron, pero algo tenía que hacer con los nervios de mi estómago y emborracharlos me pareció un buen plan. Nerviosa, intenté meterme en las conversaciones en las que Aína se esforzaba por hacerme partícipe. Escuchaba lo que decía este y el otro, sonreía a las caras conocidas, preguntándoles sin preguntar de manera obvia dónde estaba esa figura alta, rubia y exótica que todos, lo admitiéramos o no, deseábamos ver aparecer.

—Te dije que dejaras las emociones en casa. —Me susurró mi amiga tras pasar ambas por el baño—. Ese tío no es tu estilo.

—¿Quieres parar de decir eso? Pareces un disco rayado.

—Y tú pareces la mujer de un torero, con esa cara de duelo y cortando el rollo a todo el mundo. —Me miró, seca, a través del espejo—. ¿Vas a joderte la noche a ti y a todos los demás, amargada por un tío que has visto cinco minutos?

—No lo entiendes.

Pero no, amigos, la que no entendía nada era yo.

A mitad de la tercera copa, empecé a sentirme mal. No tenía nada que ver con el alcohol era... conmigo misma. Tonta. Imbécil. Y eso que la noche estaba empezando. Como no tenía su teléfono, me pregunté si debía escribirle por Facebook. O hasta reactivar mi Tuenti y poner algo para ver si así provocaba alguna reacción. ¿Un zumbido de Messenger, quizá? Lo sé, lo sé... las cotas del autoengaño parecían no tener fin, y tal como había dicho Aína, mi

estado de ánimo no hacía sino incomodar al resto.

Me planteé irme y regodearme en mi pena, y estuve a punto de hacerlo, pero entonces... el Sueco apareció. Y fue como si se abrieran los cielos y cesara el diluvio universal. Por fin. ¡Por fin iba a pasar!

Como un resorte flipado, me levanté de la mesa, abriéndome paso entre la gente para llegar a él antes que nadie. Puede que solo hubiéramos coincidido una vez, pero sabía cómo iría todo...

montones de personas reclamarían su atención y él dividiría su tiempo entre todos los presentes. No me servía. ¿Cómo íbamos a enamorarnos así? Imposible. Yo necesitaba más atención.

Necesitaba toda la jodida pista central y que me iluminaran los focos.

Estaba segura de que en cuanto nuestras miradas se

encontraran, el tiempo paralizado, canciones buenas y malos olores eclipsados, ocurriría otra vez. De modo que seguí caminando. Y

caminé y caminé hasta tenerlo justo delante. A un palmo. A un solo palmo. Sonreí como si un dentista me estuviera apuntando con una recortada.

—¡Ey, extraño! Dichosos los ojos...

2012, y yo intentando ligar haciéndome la casual. Me gustaría decir que he mejorado la técnica. De verdad, me gustaría.

Él compuso su sonrisa de circunstancias. Su... «no te ubico y ahora mismo no sé si meterte en el saco de colegas femeninas casuales, antiguos rollos o tías con las que aún no me he liado».

Saludó... pero de modo tan *random* que, a mí, me pareció raro.

Respiré hondo, a ver... ¡que no cunda el pánico! Hacía tres meses que no nos veíamos y mi aspecto era totalmente diferente al de aquella vez.

—¿Cómo llevas los finales? No sé cómo será la vuestra, pero en magisterio nos tienen puteados con trabajos y prácticas... hasta me planteé no salir por seguir hasta el cuello de apuntes, pero, total...

ya me ahogarán cuando vuelva, ¿no?

Me reí. Él no. Levantó un poco el cuello, mirando más allá de mí.

Pero... ¿qué pasaba allí? ¿Por qué no había pillado el chiste?

—Perdona, tengo que...

Y fintó, como si quisiera alejarse.

—Espera... —Involuntariamente, lo juro por Dios, estiré el brazo y agarré su manga. Se me quedó mirando sin entender lo que estaba pasando. Bueno, ya éramos dos—. Ya me ahogarán cuando vuelva... ¿no te acuerdas? El otro día, cuando dijiste que...

—Oye, lo siento tía es que no... ¿quién eres?

Me habría dolido menos un hachazo. Me noté fría por dentro. Fría y muy, muy incómoda.

De hecho, me eché un vistazo por el rabillo

del ojo... no estaba tan diferente, ni a la última vez, ni a las fotos que había subido. Era imposible que no me reconociera, que no...

supiera... ¿verdad? Porque todo lo que habíamos hablado, todo ese *feeling*, el coqueteo...

—Soy yo. —Pero al parecer, eso no sería suficiente—. Soy... soy Roma.

Entonces, el Sueco sonrió, pero como todo con él... la esperanza fue solo vana. Y duró muy poco.

—Roma... —Estiró la mano y me rozó el pelo—. Adonde llevan todos los caminos.

Igual que la otra vez. Yo me acordaba, claro. Él no. De nada.

Ni de mí.

4

—¿Roma? ¿Qué...?

De vuelta al presente, todavía con el copazo verde en la mano, todos mis años cumplidos desde 2012 a las espaldas y un montón de experiencias que me habían dotado de cierta sabiduría...

servidora, lidiaba con la repentina aparición del pasado.

Y con la mala leche conservada desde entonces.

Aína ocupó mi campo de visión, aunque yo, furiosa como estaba, no vi más que su imagen difusa, opacada por un profuso color rojo.

Vamos... que me sentía como el toro ante el que agitas un capote.

—¿Tú lo sabías? —me corregí de inmediato—. Lo sabías, claro.

Quién era, lo que había hecho y aún así me has arrastrado hasta aquí.

Si mi amiga había pillado a qué me refería, con aquella cara de póker, hizo la interpretación de su vida.

—¿De qué narices estás hablando, Roma?

—De *eso*. De *él*. —La hice girar sobre sus tacones, hacia los recién llegados—. Cuando me llamaste para meterme en este lío te advertí que no intentaras liarme con el amigo... o el conocido de tu cita. Y, ¿qué dijiste tú?: «Ese tío no es para ti».

—¿Lo de imitarme la voz tan aguda era necesario?

Extendí la mano para señalar. Ahí, con bien de elegancia, sí señor.

—¡Es el jodido Sueco, Aína! ¡El Sueco!

—Lo sé, lo conozco. —Se burló. Por lo visto, seguía sin verlo—.

Por eso te dije que ni de broma iba a intentar hacer de Celestina.

Mantengo mi opinión, ese tío no es para ti.

¿Hola? ¿Dónde coño estaban las cámaras? ¿Y mis flores con el monigote de *Inocente*?

—¿Entonces para qué me traes de retén? ¿Para qué me haces coincidir con él después de lo que pasó? ¿Después de lo que... me hizo?

Aína se encogió de hombros. Abrió la boca. Supe por el arco que conformaban sus labios que iba a volver a incurrir en preguntas del tipo... ¿pero qué leches quieres decir? Hasta que...

—Hostia puta. —Se tapó la cara con las dos manos. Bueno... por fin—. En 2012, aquella noche, en el garito... el jodido Sueco.

—El jodido Sueco, exactamente.

Hala. Ya estábamos todos al día.

—Vale, vale... dame un segundo.

Aína dio la media vuelta para verlos acercarse. Luego, volvió a mí.

Fue casi como ver al GPS recalculando la ruta cuando has metido la gamba en su última indicación. Si no estuviera cagándome patas abajo de la pura angustia, me habría hecho gracia.

—¡Ha pasado el segundo!

—¡Vale, vale! —Se apartó el pelo de la cara a manotazos. —No está bien que te lo encuentres así, de sopetón

—¡No me digas!

A mi pesar, levanté un poco la cabeza. Me sudaron los muslos bajo mi falda de pliegues. Joder... los años habían pasado también para él, sí, pero los muy cabrones no es que hubieran sido benévolos, es que, por lo visto, igual que yo allá por 2012, le habían

rendido pleitesía. Media melena rubia atada en una coleta que le bajaba un poco por la espalda. Vaqueros que colgaban de unas caderas estrechas muy sexys. Encima, una camiseta blanca parcialmente cubierta por un abrigo largo de lana. Barba de un par de semanas, clara y bien recortada.

Lo tenía ya lo bastante cerca como para apreciar todos esos detalles.

—Vale... a ver... vale...

—Aína, que entras en bucle.

—Estoy pensando, joder.

—Pues sería la leche que pensaras antes de que tuviera que pararme a saludarlo.

Ni. Puto. Muerta.

Aína se mordió la uña y luego, los ojillos le chispearon. Era su cara de «tengo una idea». Me gustaría tener tiempo para contaros la serie de catastróficas desdichas que perseguía siempre a esa expresión... pero estamos con el tiempo encima. *Sorry*.

—Tengo una idea. —Me cogió de los hombros—. ¿Y si haces justo eso? ¿Y si lo saludas?

—Cambia de camello. —Intenté soltar el copazo verde. ¿No teníamos una mesa al lado? ¿Cuándo nos habíamos alejado tanto de la barra?—. No te pido que renuncies a tu cita, en serio. Me gusta tu entusiasmo por darte nuevas oportunidades, pero yo, me piro. No quiero ni oler a ese... ese... nórdico.

Y al volver a mi piso pensaba arrancar el que tenía en la cama y poner la colcha de volantes que había heredado de mi abuela. Ipso facto.

—Escucha, Roma, hablo en serio. —Aína hizo un gesto casi imperceptible con el cuello—. Él no se acordó de ti entonces,

¿verdad? Vivido, de vuelta de todo, con las chicas a sus pies...

—Espero de verdad que esto llegue a algún sitio donde lo de sentirme como una mierda se vuelva anecdótico...

—Haz lo mismo. —Y sonrió como una loca—. Salúdalo como si puto nada. Como si fuera la primera vez que te lo cruzas.

Uy... no he sido nunca yo muy famosa por mi capacidad ancestral para ser fría. Me daba que el plan no se iba a sostener.

—Punto primero, no soy buena mentirosa. De hecho, que esté aquí de retén es inútil porque lo de la emergencia nunca ha colado, teniendo en cuenta que lo usamos cuando las dos estamos en el mismo local. —Estiré otro dedo en su cara—. Punto dos, si yo no le importaba cuando hacía semanas que me había visto por última vez, ¿crees que fingir que no lo conozco hará la diferencia? No se acordaba antes, no se acordará ahora.

—Si pues... —Aína me abrazó la cintura, hizo que nos giráramos y compuso su sonrisa de... me está apuntando un dentista con una recortada—. El punto tres es que ya están aquí. ¡Sueco, no me jodas! ¿Eres tú de verdad?

Me quería morir fuertecito. Pero de verdad de la buena.

No quería pensar que fuera una encerrona... porque mi mejor amiga en el mundo no sería capaz de eso, ¿no? Había compartido con ella cosas que nos llevaríamos a la tumba, no podía haberme dado conversación a posta para forzarme a afrontar... lo inafrontable.

Lo esperaba de todo corazón, porque si no, me la pensaba cargar.

En los agónicos segundos que tardó en saludar y ser presentada formalmente con Juanma, su cita, yo busqué escaleras de incendios y salidas de emergencia. De hecho, me planteé incluso acabarme el copazo verde de un trago por ver si podía ahogarme. Por supuesto, nada me libró de lo inevitable, y es que mucho antes de lo que necesité para estar lista — que eran un par de milenios, más o

menos—, la mirada del Sueco, toda entera y verdadera, se me posó encima.

Aína carraspeó y me dio con el codo, pero yo me quedé justo como estaba. Estática. Callada. Con cara de ser la próxima protagonista de un documental de Netflix sobre asesinos en serie.

—Esta es mi mejor amiga, Roma... —Cara de circunstancias de Aína. Y mía—. No sé si la recuerdas.

—No, que va.

Contesté yo. Los tres me miraron. Aína flipando. Juanma, el nuevo de la historia, con curiosidad. El Sueco, sin entender.

Es que joder... ¡joder! Con todos los putos bares que había en Madrid y todos los jodidos círculos sociales de Aína, ¿tenía su cita a ciegas que tener como nexo precisamente al Sueco? Después de años de no saber nada, después de haber superado lo de aquella noche, de haber vivido, el resto de la fiesta y los días posteriores con el nudo en la garganta y la certeza de que él no había tenido ni pajolera idea de quién era yo a pesar de haber estado tonteando conmigo, ¿tenía que cruzármelo otra vez?

¿No se suponía que se había vuelto a Estocolmo en último curso para hacer allí las prácticas? ¿Cuándo coño había vuelto? ¿Por qué?

—Mi... mejor amiga, Roma...

Aína lo volvió a intentar, como si estuviéramos en el teatro y yo me hubiera olvidado de mi línea. Esta vez, el Sueco sonrió, lo vi levantar el brazo y toda una serie de recuerdos voló directa a mi cabeza. Fue como montarme en el coche de regreso al futuro y volver atrás.

—Roma, ¿eh? —Sonrió. Los hoyuelos se le marcaban más que antes—. Adonde llevan...

Apreté los dientes.

—No. Ni de puta coña.

Y estábamos lejos de la barra.

Y no había mesas cerca.

Pero por fin, encontré utilidad para el copazo verde.

Se lo lancé al Sueco a la cara. Después me di la vuelta, y la que se esfumó de allí fui yo.

5

—*Su tabaco, gracias.* — Refunfuñé por lo bajo, amasando sobre la encimera de mármol como si estrangulara a mi peor enemigo—.

Estoy del soniquete hasta los...

—¡Roma, con mimo! ¡Es una pizza, no Hitler!

Aunque en mi cabeza resonó muy fuerte una réplica que sonaba como... *mimimimí...* por supuesto, no le contesté eso a mi jefe. En su lugar, bajé los hombros para destensarlos del esfuerzo y señalé con un gesto al otro lado de la barra, donde la máquina volvía a guardar silencio, a expensas de otro fumador que requiriera de sus servicios.

—No entiendo por qué tenemos que vender cigarros en un sitio donde se come. —Y como si hiciera falta, hice un gesto evidente hacia los cuencos de salsas y las bandejas con pimientos troceados, aceitunas negras conservadas, tiras de cebolla y demás ingredientes—. Es antihigiénico. Y en el local no se puede fumar.

—Pero fuera sí. Y los comensales pueden guardarse las cajetillas en el bolsillo para después. ¿Preferirías que las compraran en otro sitio?

Iba a contestar que sí. Que lo prefería. Que se fueran al estanco a por su droga legal. ¿No se suponía que nuestra pizzería con vistas al Palacio Real era un sitio chic? ¿Elegante? ¿Con glamour?

¿Cómo casaba eso con, «su tabaco, gracias»? Mi jefe siguió hablando, claro. Él siempre tenía mucho que decir. Que si la oferta y la demanda. Que si mirar por el negocio. Que si dejar dinero dentro de las arcas de casa en lugar de fuera. Bla bla bla.

Servidora cayó la boca y siguió amasando. Tendría que dejar aquel mejunje preparado y a buen recaudo antes de abrir la hora de las cenas, pues, aunque ya había algunas personas sentadas, tomando pan de ajo, alguna birra o unas patatas gratinadas, el tiempo de la pizza empezaba a las siete. Y se alargaría hasta el infinito y más allá.

«No pienses en viajar, Roma. Ni en comprar ropa cara. Piensa en no almorzar restos que hayan quedado sin vender hasta final de mes».

Ese era mi mantra cada vez que me tocaba turno de fin de semana. Ese domingo, además de la mala gana habitual de saber que mientras otras personas disfrutaban del ocio o acudían allí a comer porque estaban libres mientras yo pringaba, reinaba en mi sistema nervioso una inquietud manifiesta que no se me calmaba con nada.

Ni con el pitillo que me había fumado a escondidas antes de entrar. Lo sé. Soy una hipócrita.

Lo del Sueco tenía ya dos días, pero a mí no se me quitaba de la cabeza. El sábado, con la excusa de que era mi único día de asueto en toda la semana, había filtrado las llamadas de Aína para hacer la colada, lavarme el pelo y planchar la acumulación ingente de ropa amontonada mientras le echaba un vistazo a *Las chicas del cable*.

Intenté embeberme de la trama, lo juro. Fantaseé con que todo me sentara tan bien como a Blanca Suárez o con tener una piel como la de Ana Polvorosa. Y con que Yon González viniera a rescatarme y me sacara de *Capriccio's*, la pizzería donde curraba, en brazos. Ni

él, con aquel bigotillo de época y un traje hecho a medida era capaz de arrancarme del pensamiento la imagen del Sueco, antes y después de la inmersión en mi copazo verde.

¿Se habría quedado allí el resto de la noche, mojado y alucinando? ¿Habría pedido explicaciones a Aína de mi comportamiento? O, ¡qué me aspen!, ¿se habría acordado por fin, ocho años después, de quién era yo?

No parecía posible. Ni lógico.

Como tampoco lo era que yo no me lo sacara de la sesera. Ya había efectuado mi venganza. Había quedado por encima dando una respuesta mordaz y cortándole su rollito de actuación reutilizado. Coño, ¡hasta protagonicé una salida dramática digna de un Goya! Ya estaba. Caso cerrado. Página pasada. Historia terminada. *The end*. Créditos sin escena posterior.

Entonces... ¿entonces?

—¡Roma, por Dios, estás dejando huellas en la masa!

—Lo siento, Alfredo... ya lo arreglo.

—¡Parece mentira! ¿Y tú te haces llamar por un nombre italiano?

Fruncí los labios, volviendo a sujetar el rodillo y soñando, por un segundo, que no lo usaba para amasar.

—Quedaré perfecta, como siempre. De hecho... esta tiene cara de carbonara con extra de carne, ¿qué me dices?

Pero Alfredo solo se explayaba cuando era para criticar.

No volví a verlo hasta la hora de apertura de menús. Para entonces, yo ya me había cambiado y llevaba la coquetísima camisa blanca con pañuelo rosa de lunares al cuello. En la pechera, la insignia de *Capriccio's*, el pelo recogido en una coleta muy tirante y, de resto...

pantalones oscuros y Converse bajas de color negro.

Como me habían contratado de apoyo para fines de semana, mis labores oscilaban entre preparar los ingredientes, fregar tras el

cierre o servir las mesas, que, por lo visto, era lo que tocaba esa noche. Tomé comandas y se las fui pasando al chef, Ramiro, que tenía de italiano mucho menos que yo, pero dejaba los bordes de las pizzas que daba gloria masticarlos. La otra camarera, Andrea, se había puesto mala de no sé qué... de modo que el grueso de las mesas, diez dentro y seis fuera, corrían a cargo de una servidora, que iba a poder premiarse con un buen plato de pesto gracias a todo el cardio que iba a hacer para adentro y para afuera.

Después de entregar el segundo pedido y mientras preparaba una bandeja con pan de ajo y queso para la terraza, miré el reloj, único utensilio externo al uniforme que se me permitía llevar. *Las no pasa el tiempo* menos veinte. Pues genial.

«El tuerto que se haya enamorado de mí, que por favor gire la cabecita ciento ochenta grados...», me dije.

Pero ay, de mí. No me quedaba nada aún por soportar. A veces, la vida nos trae un montón de putadas disfrazadas como casualidades, y es tan perra que nos obliga a enfrentarnos a ellas, aunque no queramos. Me vais a perdonar lo mal hablada, pero es que yo ya sé lo que se me viene encima y... cágate, lorito.

Por si no hubiera recibido señales suficientes en los últimos días de que mi paz espiritual estaba hecha unos zorros, otra bien grande entró por la puerta. En forma de tío imponente, rubio y ataviado con un largo abrigo de lana. Esta vez, llevaba el pelo suelto. Y ningún resto de bebida alcohólica escurriendo por su cara.

Hizo sonar las campanillas al entrar. Oteó un nanosegundo. Creo que nos vimos el uno al otro a la vez.

—Mierda. —Uno de los panecillos que sostenía entre las pinzas, cayó sobre la barra.

El golpe fue minúsculo y no produjo ningún ruido audible... salvo para mi jefe, claro. Por lo visto había un único motivo por el que se

alejaba de la caja registradora, y era abroncarme.

—¡Roma! —Agarró servilletas para coger el panecillo y devolverlo a la cesta—. ¿Qué te pasa? ¿Es que has visto un fantasma?

—Venido directamente desde mis más profundas pesadillas. Con escala en Estocolmo.

Alfredo chascó los dedos delante de mi cara. Me dio un pequeño susto... aunque nada comparado con el que se me había metido en el cuerpo.

—¿Quieres hacer el favor de espabilar? Tienes clientes.

—Ya... —Maldita sea, Andrea. ¿Tenías que ponerte mala justo hoy?—. Sobre eso... ¿puedes atender a ese tío? Verás, no es que no quiera hacer mi labor. Me encanta mi trabajo. —«No es verdad, pero no quiero comer sobras dos semanas enteras...»—. Pero es que...

ese tío... ese que acaba de entrar...

—Seguro que es una historia larga e interesante... para la que no tienes tiempo. —Me puso en las manos la cesta con panes de ajo y queso. Después, señaló fuera—. Eso a la tres. Después, atenderás al otro cliente. Rápido, Roma. Y cuando yo digo rápido...

—Quieres decir para ayer, sí... me lo sé.

Menuda mierda de eslogan, la verdad. Pero claro... me callé.

Cabizbaja a tope, dejé los panecillos donde había que dejarlos y luego... ¿luego qué coño? No podía esconderme ni cambiar la sección con nadie porque yo era la única jodida camarera de toda la pizzería. Me iba a tocar sí o sí. Y él lo sabía, por eso esperaba, muy tieso, junto a la entrada.

Jodido Sueco de los huevos... coincidir en el bar después de que fuera el contacto para la cita de Aína era una cosa, ¿pero eso?

¡Venga ya! Habría como doscientos millones de restaurantes en Madrid, ¿por qué había venido precisamente al mío? ¿Por qué el día que me tocaba servir mesas sola?

¿Por qué, Dios, me castigas a mí? Al menos podría estar gordo.

O calvo. O yo, no llevar un uniforme horrendo... pero no, claro.

Todos encontronazos donde yo salía mal parada, por supuesto.

Al final iba a ser verdad... al final, todos los putos caminos lo iban a llevar a mí.

—Mira... voy a ser muy rápida y eficiente porque mi jefe seguro que está mirando y no puedo permitirme que me eche. —Agarré la carta y fingí que se la enseñaba—. No voy a entrar en cómo de fuera o dentro de lugar estuvo lo que hice el viernes, tú sabrás o no si te lo merecías. Aunque ya te digo yo que sí. —Respiré. Creo que no lo había hecho desde que había iniciado el paseillo hacia la puerta—. Podríamos fingir que nada ha pasado, yo darte mesa, servirte la cena, tú pagarla y pirarte, pero me parece muy descortés y superestúpido por tu parte que hayas venido. Me da igual lo personal que creas que es cantarme las cuarenta por haberte tirado la copa encima, este es mi puesto de trabajo, si tienes algo que decirme, deberías simular haberte pensado mejor tú elección de restaurante y esperar fuera.

Silencio. Me miró. Yo lo miré. Aparté los ojos. Se removió y un efluvio de su colonia impactó en mis fosas nasales. Contuve el aliento... pero fue tarde. Jo, qué bien olía.

—Vale, me parece bien.

Se dio la vuelta, volvió a hacer resonar las campanillas... y salió.

Creo que me quedé allí, parada como una idiota, no sé... el equivalente en minutos a todas las temporadas emitidas de *Anatomía de Grey*. No volví en mí, de hecho, hasta que el reflejo de la cara de mala hostia de mi jefe, perfectamente visible a través del cristal transparente de la puerta que yo tenía enfrente, me amenazó con un ceño que se traducía en «adivina a quién le van a tocar los baños como no me expliques qué mierda acaba de pasar».

Con tiento, y asumiendo un aplomo que ni de coña estaba experimentando, dejé la carta en la pila con las demás y me di la vuelta. Miré alrededor del comedor, retiré una botella de Coca Cola vacía de la mesa siete y luego, con parsimonia, como si tal cosa...

llegué a la barra.

Por supuesto, Alfredo no dio tregua.

—¿Qué has hecho, Roma? ¿Por qué se ha ido el cliente?

—¿Qué? Ah, ¿ese... chico? —Jodido Sueco...—. Solo entró para... indagar sobre la masa sin gluten de la pizza cuatro estaciones.

Mi jefe puso la cara de recalcular del GPS. Joder, ¡otra vez que no podía reírme, con lo cómica que era! ¿Por qué siempre surgía en situaciones de máxima tensión?

—¡Maldita sea! Tenemos que ponernos al día con las últimas vanguardias culinarias, no paro de decírselo a Ramiro.

—Pues sí, sí... sería importante hacerlo. —Lancé la botella vacía al contenedor de vidrio—. Porque... nos estamos quedando atrás.

—Anota exactamente lo que te ha dicho, Roma. No podemos permitirnos perder clientes.

—No podemos, claro que no.

Y estuve negando hasta que él volvió a la zona de la caja y yo tuve otro pedido que servir.

Las cuatro primeras veces que tocó terraza, salí temblando, pero no había ni rastro del Sueco, así que asumí que en vez de esperarme fuera para lo que sea que le hubiera llevado a *Capriccio's*, se había aburrido y había optado, a Dios gracias, por largarse. Total... ¿cómo iba a aguantar ahí parado todo mi turno?

Seguro que tenía millones de cosas más importantes que hacer.

Cualquier cosa, literalmente. Además... yo no era tan importante. No lo había sido entonces, de críos, cuando el tonto podría haber

supuesto algo más. ¿Ahora? Ahora era menos que nada.

—Típico del Sueco... al cruzar la puerta seguro que ya ni se acordaba de por qué había venido hasta aquí.

Y la idea me dio para refunfuñar durante unas tres horas más, hasta que el último cliente hubo pagado su cuenta, la última mesa fue recogida; la última silla, subida; el último baldosín del suelo, fregado; y la última rodaja de mortadela, guardada en la nevera.

Colgué el delantal, me quité el pañuelo de lunares y, después de ponerme el abrigo y colgarme el bolso en el hombro, apagué las luces del comedor. Solo quedaba Ramiro en la cocina, haciendo no se qué con las salsas... que, a esas alturas, con el alma muerta y los pies en huelga, no me importaba en absoluto. Necesitaba salir de la pizzería, llegar hasta casa y que las fuerzas me acompañaran lo bastante para comer algo cuyo olor no llevara en ese momento impregnado en la ropa.

Fantaseé con una sopa instantánea. O fideos chinos de microondas.

Mierda. Un yogur con leche condensada me valdría. Y sería rápido, después...

«Después a la cama hasta mañana, que habrá que trabajar con adolescentes respondones y niños incapaces de memorizar las tablas de multiplicar», me dije.

Tiré de la puerta, con toda la desgana de una jornada laboral llena de sobresaltos. Al bajar la cabeza, me di cuenta de que tenía un manchurrón de tomate en la camisa. Y por si todo aquello no resultara suficiente, al doblar la esquina, en el primer banco a la vista, él.

El Sueco.

Esperando.

6

Hay un momento en la vida en el que una mujer tiene que reconocer que se ha equivocado

y juzgado mal a un hombre.

Para mí, no había llegado todavía.

Se levantó nada más verme aparecer, así que adiós a mi plan de esconderme detrás de una farola y esperar a que pasara el peligro.

Tampoco podía abrir un agujero en la tierra para que esta me tragara, de modo que como no tenía escapatoria posible y el Sueco ya se aproximaba, decidí cuadrar los hombros y enfrentar el temporal de cara.

Con suerte me calaría hasta los huesos, eso me provocaría una neumonía y me libraría de currar al día siguiente.

—¿Y bien? —Me crucé de brazos. Primer motivo: posición de autodefensa. ¿Segundo? Ocultar la mancha—. No tengo toda la noche así que...

Se metió las manos en los bolsillos traseros y, al cambiar el peso de un pie a otro, ya que lo tenía cerca y sin su séquito de amistades alrededor, me di cuenta de que parecía todavía más alto que la última vez.

—Yo... esperaba que pudiéramos hablar en un sitio tranquilo.

Quizá tomando algo, pero claro...

—Pasa de la medianoche y acabo de salir de trabajar. —Hice un

gesto obvio con los ojos—. El único plan que me apetece es con mi ducha, así que...

Por un momento me planteé soltar un chascarrillo despreocupado.

Algo del palo... «a menos que quieras unirme, sal del camino», pero eso me llevó a imágenes muy vívidas del Sueco en mi ducha, lo cual, y por más resquemor que tuviera contra él, no era una buena idea. Seguía siendo el tío más bueno que había visto, exponencialmente a lo capullo, claro, pero lo cortés, no quita lo valiente, ya se sabe.

—Escucha, Roma, yo...

—¡Vaya! ¿Recuerdas mi nombre? Eso sí que es una novedad.

Puso los ojos claros en mí. El airecillo nocturno le movió un mechón rubio. Él se apresuró a metérselo tras la oreja.

—Supongo que ese tono aclara la cuestión que pensaba tocar, con mucha más sutileza, en esta conversación... —Hizo un amago de sonrisa. Pero se quedó en eso—. Parece evidente que tienes algún tipo de problema conmigo.

—¿Parece evidente? Pues no sé en qué lo habrás notado.

Porque, literalmente, era la persona que menos caso hace al resto de todo el puto universo.

—Me lanzaste una copa encima. Verde. Cuando nos conocimos.

—Eso es incorrecto, Sueco. —Abrió la boca, pero yo levanté la palma. Esa estupidez ya estaba durando demasiado, me dolían los pies, quería irme a casa y resetearme la vida hasta poder volver a los ocho años. Cinco, si me esforzaba mucho—. La otra noche fue la tercera vez que nos presentaron. La tercera. Ninguna de las anteriores fuiste capaz de recordar que ya me habías conocido, así que perdóname si todo este... repentino interés en averiguar por qué no te rindo adoración me importa una mierda.

Finté, pero él tenía las piernas más largas y me cortó el paso cuando apenas me había apartado.

—¿Rendirme adoración? —Se encogió de hombros—. Oye... no sé de qué estás hablando, ¿y qué es eso de la tercera vez que nos presentan? Yo he vuelto de Suecia hace dos meses, de haberte conocido... —Me echó una mirada. Una de *esas*, miradas—. Lo sabría.

Sonreí. Dios... pero qué... típico. Que típico de esa clase de tíos.

Depredadores, preparados para cazar sin importar la situación, sin que nada los detenga ni los frene. Incluso cuando yo mostraba mi peor aspecto, el ligón que vivía dentro de él se veía incapaz de resistirse. Y los años habían pasado. Y repito, ¡estoy agotada! Pero dejar las cosas inconclusas, otra vez, no era una opción.

Tenía dentro demasiado veneno. Y que había empezado a salir a flote... no me apetecía volver a tragármelo.

—Año 2012, fiesta posterior a los parciales. Aína nos presentó y estuvimos toda la noche pelando la pava, para después coquetear sin cuartel por mensajes privados durante cerca de tres meses; al volvernos a encontrar, sorpresa, sorpresa, no sabías ni que mi cara correspondía con la foto de perfil con la que habías estado tonteando. Fin de la historia. Buenas noches.

—¡Espera, espera, joder! ¡Roma!

Esta vez fui rápida, y, en consecuencia, él lo fue más. Me cogió la mano y me quedé tan paralizada por su roce que casi perdí un paso.

Por suerte, en el sótano de mi vergüenza no parecían quedar más pisos... de modo que no me caí de bruces.

—¿Se puede saber qué quieres?

—Es que no... no...

Me exasperé.

—¿No te acuerdas? Ya. No es nada nuevo. Tranquilo, como ves superé tu desplante y seguí adelante con mi vida. Las damnificadas

por el huracán Sueco ya solo nos reunimos una vez cada quince días en el salón parroquial para comer galletas, tomar café rancio y contar cuántos días llevamos sobrias, sin cagarnos en tu puta madre.

Creí ver algo de humor en sus ojos... algo que se oscureció pronto. Le tocó cruzarse de brazos. ¿Quién lo iba a decir? ¿El Sueco en posición vulnerable? Vivir para ver.

—Mi madre murió hace dos veranos, en Estocolmo. Cáncer de mama. —¿Recordáis lo que acabo de decir del sótano? Vamos a olvidarlo—. Y para que conste, en 2012, y según un cálculo aproximado, yo era un subnormal, cosa que... bueno, me imagino que ya sabes.

—Siento lo de tu madre. —Y seguir allí plantada, eso también—.

Mira... agradezco que hayas venido a aclararlo, creo. Pero no hace ninguna falta. Llevaba ese resquemor dentro desde hacía ocho años y al verte la otra noche, en un bar... me vino a la cabeza.

—Y pensaste que tirarme encima un copazo de alcohol ayudaría.

—Lo hizo. —Sonreí apenas. Él también.

—¿Qué era, por cierto? Me apesstó la ropa hasta después de lavarla.

—No tengo la menor idea, hubo interferencias en mi pedido. No me apetecía bebérmela, así que...

—Me alegro de haber sido útil.

Silencio. De haber estado en el salvaje oeste, nos habría pasado por un lateral el tipo rastrojo, o hasta la banda de Billy el Niño, pistolas en mano, espoleando a los caballos.

—Bueno, pues... si no hay nada más que...

—Sigo pensando que no es la manera adecuada de... enterrar el hacha de guerra.

—No hay nada que enterrar, Sueco. En serio, déjalo estar.

—Insisto.

—Pues yo insisto en que pares de insistir.

Eché a caminar por la acera. Se vino conmigo. ¡Ay joder! Había sido madura, en serio. Me había explicado, contestado a sus preguntas y sido más o menos... racional. No me apetecía seguir dándole vueltas a lo mismo porque aquel episodio del pasado, aquel... instante donde mi yo de diecinueve años enamorada hasta el culo había visto pisoteada su autoestima no era algo sobre lo que me gustara indagar.

Y mucho menos, con el perpetrador de la afrenta.

¿En qué cabeza cabía que la persona en la que depositabas tu desprecio apareciera de repente pidiendo explicaciones? Si es que lo que no me pasaba a mí...

—Me cuesta entender que no me acordara de ti.

—Ya, bueno... a mí también me costó en su momento, pero así son las cosas. Eras un bien en alza, yo no tenía nada que hacer.

Y me maldije por decir aquella soplapollez en voz alta.

—Pues quiero redimirme. Compensarte. Lo digo en serio, Roma.

—Vale, pues... acepto tus disculpas. Hala, en paz.

—No estoy pidiendo perdón. —Me lo quedé mirando. Sonreía de medio lado. Putos hoyuelos...—. No recuerdo qué mierdas tenía en la cabeza en 2012, pero sí sé cuál era mi método de actuación, probablemente te me resististe y la única manera que se me ocurrió para asumirlo... fue fingir que no te conocía.

—Sí, bueno... no creo que fuera eso lo que pasó.

—¿Ahora presumes de conocerme mejor que yo?

Uy, lo había estado vigilando en la sombra lo suficiente en aquella época como para hacerme un retrato robot bastante eficiente sobre su persona.

—Mira, Sueco... está bien, ¿vale? Tienes una fama que te

precede. Todo el mundo te quiere y quien no lo hace es porque todavía no se ha tomado unas cañas contigo. Lo pillo. No quieres sombras en tu expediente. —Me señalé con la

mano—. Estoy fundida y desesperada por poner fin a una jornada de trabajo de mierda. — También me sentía hecha un asco, pero eso no pensaba decírselo—. No me apetece profundizar en los fantasmas de las juergas pasadas, sigue con tus cosas y... olvídate de lo de la copa y de... todo lo demás.

De mí, quise añadir, pero supongo que eso quedó implícito.

Cuando me alejé caminando por la calle, no vino detrás de mí. En lugar de eso, cogió aire y alzó la voz lo suficiente como para que su respuesta me llegara alta y clara.

A mí, y a todos los vecinos de la plaza.

—¡Me merezco una oportunidad de redención, Roma! ¡Y sabes que es lo justo, porque me tiraste la copa encima como venganza sin que yo supiera por qué!

Me di la vuelta, pero seguí caminando de espaldas. Como estaba lejos para que él pudiera distinguir las dimensiones del churrete de tomate, abrí los brazos.

—¡Ese no es mi problema! ¡Y, por cierto, harías bien en hacerte mirar eso de la memoria, Sueco, porque ya es preocupante!

—¡¿Nos tomamos algo esta semana?! ¡¿Qué día libras?!

—¡Ninguno!

Y a pesar de lo inverosímil de la situación, sonreí. Y apreté el paso hasta correr un poquito.

A ver... me imagino lo que estaréis pensando: «¡Pobre Roma, otra vez ha caído redonda!». Pues de eso nada. Yo ya había aprendido cuáles eran las normas de aquel juego, ¿vale? Me había leído el libro de instrucciones de cabo a rabo y había visto todos los tutoriales. No me pillaba por sorpresa ninguna tirada, ni había cartas

que me fueran desconocidas, el Sueco era, en esencia, el Sueco; un tío al que le gustaba quedar bien, coqueteaba hasta cuando dormía y, en general, no le haría ascos a nada si esa *nada* le demostraba un poquito de *feedback*.

El plan no iba a fraguarse. De hecho, seguramente, jamás volveríamos a vernos, pero él había callado su conciencia creyendo haber reparado un daño que, en realidad, se la traía floja y yo... yo había tenido mi momento de gloria con el tema del copazo verde, poniendo los puntos sobre las íes y yéndome después con —casi—

toda mi dignidad intacta.

Una conversación adulta. Nada en el tintero.

Ahora, por fin de verdad, nuestros caminos podían convertirse en paralelos... y no volver a enredarse nunca más.

O bueno... hasta el miércoles siguiente.

7

—El Sueco quiere tu número. —Aína levantó las cejas—. Y no me refiero al de pie.

Torcí el morro... y me escurrió un poco de alioli por la comisura de la boca. Dejé el cruasán en el plato y me lié a coger servilletas... de esas brillantes que ponen en las cafeterías, con el logo «Gracias por su visita», que todos sabemos que no sirven para nada.

Entre que me quitaba el pringue de los dedos y tomaba un sorbo de Coca Cola Zero, Aína,

quieta y de brazos cruzados, esperaba. Yo tragué, despacito, ahí... recreando el momento de tensión, igualito que un presentador bien entrenado antes de entregar un Óscar.

—Creo que mi vegetal lleva tomate. No me gusta el tomate en rodajas.

—Lo sé. Y el que lleva, es el mío. —Aína señaló su plato, casi sin tocar—. He pedido yo y como tu mejor amiga tengo en cuenta esos detalles.

—Lo vales todo.

—... y como mejor amiga, estoy en disposición de preguntar...

¿qué narices está pasando entre el Sueco y tú?

Ay... lo que habría dado la Roma de diecinueve porque alguien le dijera esa frase. En serio. Había crías que forraban sus carpetas y paredes con poster de los Backstreet Boys, pues yo, forraba el

dormitorio de mis fantasías con aquel pelo rubio rapado a los lados del Sueco.

—No entiendo la pregunta. —Abrí el cruasán con el cuchillo y tenedor. En efecto, no tenía tomate—. ¡Coño, pues tenías razón! A ver si variamos un día... por hacerlo interesante.

Aína no estaba interesada en mis desesperadísimos intentos por rebajar la tensión. Me puso en la cara la pantalla iluminada de su móvil. Había abierta una conversación privada en Instagram. La leí por encima, y el tomate que no me había comido se me revolvió en las tripas.

—¿Por qué me habla el Sueco, Roma? —Ceja levantada—. ¿Por qué se inventa un par de mierdas del rollo «ponernos al día de todos estos años» y luego tira a hablarme de ti, intentar sonsacarme información y, al final, pedirme descaradamente tu teléfono?

Encogí los hombros. Hice una bolita perfecta con las servilletas, y al tirarla por la mesa, rebotó. ¡Anda, pues si que valían para algo!

—Han sido muchos años en la tierra de las nieves... lo mismo se le ha congelado el hipocampo o algo así.

—¡Roma!

—Vale... vale...

Ya había dejado a Aína en zona gris con ese tema anteriormente.

No estaba orgullosa, y por supuesto, eso no afectó a nuestra amistad, pero, aunque ella nunca me lo había echado en cara, yo me sentía lo bastante culpable como para no repetirlo.

Una cosa era esconder la magnitud —desde mi enamoradizo punto de vista, claro—, de las conversaciones que tenía con el Sueco, porque no quería que mi amiga me hiciera abrir los ojos a puro golpe de verdades... y otra que, en tiempo presente, siendo las dos mujeres hechas y derechas y habiendo pasado nuestra amistad por cosas realmente importantes, siguiera callada.

En el pasado, las charlas con el Sueco eran todo cuanto tenía y la certeza de que para él era algo habitual, cotidiano, que hacía con todas... era algo para lo que yo no había estado preparada. Por eso lo había callado, aunque siempre sospeché que mi mejor amiga lo sabía.

Ahora... bueno, si algo no tiene importancia, ¿para qué dársela?

—El Sueco apareció ayer en *Capriccio's*, ya sabes. Quería hablar conmigo de lo del copazo. Ojalá hubierais podido ver la cara que puso Aína. En serio.

—¿Qué apareció dónde?

—Espera, espera... ¿estás flipando de verdad? —Afirmó. Por lo visto se había quedado hasta muda—. ¿Entonces no le dijiste tú dónde trabajo?

—¿Yo qué coño le voy a decir? ¿Estaría tan mosqueada con que me hable ahora para pedirme tu número si ya hubiéramos hablado antes?

Vale... tenía sentido. Y a la vez, ninguno.

—¿Y cómo coño ha sabido en qué pizzería curro?

Aína cruzó los brazos. El móvil le vibró sobre la mesa, pero no hizo caso.

—Tus perfiles son abiertos, Roma. Lo habrá buscado. —Se pasó la lengua por el labio—. Joder... pues sí que le has despertado interés.

La pedorreta que hice sonó en toda la cafetería.

—Ya, claro... se habrá quedado con la espinita de no decirme por quincuagésima vez «adonde llegan todos los caminos» después de que volvieran a presentarnos. Día de la marmota eterno, ya sabes.

Aína acercó los cubiertos al cruasán, pero se limitó a remover un trocito de huevo duro que se había salido del mejunje.

—Voy a pasar por alto el hecho de que es evidente que aquí se

está moviendo un montón de información... que yo me estoy perdiendo. —Hizo un barrido con la mano, como si los datos estuvieran, de hecho, servidos a la mesa—. ¿Cómo fue?

—¿El qué?

—¡La charla en la pizzería!

—Ah. —Tragué. Porque bueno, yo sí había seguido comiendo. La ansiedad me daba por ahí. Y no digo que el Sueco me genere ansiedad, solo... en fin. Dejémoslo—. Quería saber el porqué del copazo verde. Evidentemente, no recordaba lo de 2012.

Y cuanto más tenía que explicarlo a mi entorno, más tonta me sentía yo por ser la única que parecía tenerlo fresco en la memoria.

—Es que ahora que lo pienso, Roma... a ver... ese día te piraste del bar poco después de que él llegara y luego, con los finales...

—Intenté no hacer mucho hincapié, pero bueno, ya sabes, la procesión... iba por dentro. —Me encogí de hombros—. Y no es que deliberadamente quisiera ocultarte nada, Aína, es que en ese entonces yo estaba supercolgada de él y tú no parabas de repetirme que...

—... ese tío no es para ti.

Volví a caer en la trampa de las servilletas inútiles. Agarré un porrón para una manchita grasienta que se iba a ir conmigo a casa, impregnada en mi dedo, como aquellos recuerdos que, por lo visto, nunca terminaría de cerrar.

—Tenías razón, por supuesto. —Le sonreí. Ella nunca me habría dicho «te lo dije», pero a

esas alturas, no me importaba hacerlo yo

— Me lo habías advertido y de todos modos me lancé al abismo sin red y acabé... pues, cayéndome de la parra que me había construido solita. Seguro que coqueteaba con todas y tenía esas charlas a tantas bandas, que cuando se encontró conmigo de frente no sabía con cuál de sus rollos potenciales estaba hablando.

—Es lo más probable, sí. —Entonces, aquel miércoles aparentemente normal, aquel día cualquiera, de repente, y sin previo aviso... Aína, soltó la bomba—. Pero puede ser que esta vez no haya acertado del todo.

El atún, la zanahoria y hasta un poquito de lechuga iceberg, se me cayeron de la boca.
¿Mande?

—¿Eh?

—Voy a pasar por alto... otra vez... lo de que me busque por redes para sonsacar información que, por otro lado, mi mejor amiga no me había dado.

—Tampoco había nada que... vale, vale.

Aína no había terminado su exposición. Roma, chitón.

—Es evidente que todo este rollo tiene más miga de la que parecía en su momento... porque estamos hablando de un cuelgue de 2012 que tú has estado digiriendo y por el que él ahora ha empezado a interesarse.

—En realidad yo creo que solo quería saber el porqué del momento copazo, no creo que se vaya tan atrás. —O por lo menos, no antes de que yo lo pusiera en antecedentes—. En todo caso, ya está todo claro y bueno, lo de tomarnos algo esta semana es lo típico que se dice para quedar bien, no porque de verdad...

Vale... creo que esa parte me la había saltado.

—¿Perdón? —Aína fingió llevarse la mano a la oreja. Inclino la cabeza—. ¿Qué acabas de decir?

—Me gritó cuando me iba que tenía derecho a una redención real, que si qué día libraba para tomarnos algo, ya sabes... es un *bienqueda* de manual.

—Pues no me pareció eso por lo poco que hablé con él el viernes.

Viernes. Después de mi momento «olvida mi nombre, mi cara, mi casa y pega la vuelta» tema que, siendo el Sueco el sujeto al que

nos referimos... pues venía que ni pintado.

—¿Quién es la que esconde cosas ahora?

—No pensé que fuera importante, pero como estaba diciendo antes de que arrojaras la bomba informativa... igual en este caso...

no he estado tan acertada como creíamos.

Fruncí el ceño.

—¿Seguimos hablando del Sueco? ¿Del Sueco «ese tío no es para ti»?

—No te subas a la parra, Roma...

—Créeme, he dejado el vicio.

—... pero es posible que haya cambiado. —La miré como si le hubiera brotado un tercer ojo en la frente—. Ahora no lo conocemos.

Los años han pasado para todos y ya te digo... lo poco que hablamos la otra noche... no parece el mismo tío.

Sí, bueno. Y su madre había muerto de cáncer de mama y él había vuelto a Madrid después de años en Estocolmo buscándose la vida prácticamente solo... porque creía recordar, de mis tiempos de acosadora cibernética, que su padre había brillado siempre por su ausencia. Pero...

No podía permitir que eso cambiara nada. Otra vez no. Porque yo, desde luego, sí que no era la misma. Una chica tiene un límite en cuanto a veces en que un tío puede reducirla tanto... que ni siquiera es capaz de recordar su nombre.

—Una única proeza no redime a un hombre de toda una vida de fechorías.

—¿Quieres parar con esa mierda de las referencias a *Piratas del Caribe*?

—¡Eh! ¡Puede que la saga pierda fuelle, pero la primera es una gran película!

—Roma... —Aína me cogió la mano sobre la mesa. El tiempo de

las coñas había terminado—. Yo creo que, como mínimo, quiere dejar las cosas aclaradas.

—Eso ya lo hizo. A la salida de mi trabajo. Se quedó allí, sentado esperándome... como tres horas, sin ninguna razón. ¿Por qué iba el Sueco, que no recordaba haberme conocido, haber hecho eso?

—Porque puede haber madurado y ser otra persona. —Aína tragó saliva—. Y te juro que me cuesta tanto decir esto como a ti escucharlo; pero cabe la posibilidad... de que de verdad quiera conocerte.

Por favor, a ver, que paren el mundo porque yo no es que quiera bajarme, es que quiero precipitarme en plancha, lanzarme al espacio y caer sobre un anillo de Saturno.

—Estás loca. —Aparté el plato. De pronto se me había quitado el hambre—. Pirada.

—No digo que le gustes, ni que quiera quitarse la espinita, ni tener un rollo...

—Porque es un no.

Vamos, ¡lo que me faltaba! Él podía querer misa en arameo, que si de mí dependía... ¡ja!

—Solo digo... que, si te ha buscado e insistido en quedar y al toparse con un muro ha recurrido a mí, eso es señal de que por lo menos, interés tiene.

—Pues lo siento mucho por él y su súbito interés injustificado nacido de la nada, porque el tiempo del Sueco ha pasado.

Pagamos y salimos a la calle. Empezaba a ponerse el sol de aquel día laboral que, de tan regular, se me había hecho eterno.

Todavía arrastraba cansancio de la jornada anterior, que al final, entre unas cosas y otras, había terminado sin cenar y hecha un ovillo en el sofá viendo sin ver un par de documentales hasta que, por fin, el cansancio me venció en una serie de sueños difusos de

los que, por suerte, no me acordaba.

Un miércoles sin más, donde Aína había mentado en voz alta lo impronunciable, unas palabras que por más que yo quisiera pasar por alto, me repiqueteaban. Pero no, no le daba la razón a la Roma adolescente, le daba al Sueco actual el beneficio de la duda. Y eso era casi peor porque a mí me había costado sudor y sangre quitárselo del todo.

Lo de volver a abrir un libro que ya habías cerrado, era siempre mala idea... ¿verdad?

¿Verdad?

—Bueno, si tan segura estás de que está todo dicho...

—Es que está todo dicho. ¿Por qué seguimos dándole vueltas?

—No sé, a lo mejor porque estás rumiando desde que hemos salido de la cafetería. —Aína me agarró del brazo—. Ni trote, ni galope, Roma. Estamos paseando.

—Caminar deprisa dignifica.

Me frunció el ceño. Miró el móvil, me lo enseñó. Ay, joder.

—Es él. Otra vez. Por el privado de Instagram que, oye..., no había usado tanto en mi vida.

—Bloquéalo. O deja de seguirlo. —Yo lo había hecho. Solita.

Años atrás... y no había recaído, de ahí que apenas supiera nada de su vida. Vale... un poco porque para «recaer» y enterarme de las cosas, habría tenido que volver a solicitarle la amistad y pasar por la previsible vergüenza de que se negara... pero más por superación.

Seguro.

—No lo sigo. Y lo sabe. —La sonrisilla de Aína me olió mal. Como a «tengo razón aún cuando no la tengo. Soy fabulosa»—. De hecho, me pidió perdón por «abordarme» de esa manera, pero dado que éramos viejos conocidos... le pareció mejor hacerlo así que lanzarse directamente a por ti.

—No va a lanzarse a por mí.

Bien. Eso respondía a mi pregunta no formulada de... ¿si tanto interés tienes, por qué no me has hablado directamente? No está mal. Jodido Sueco... siempre jugando por encima de las posibilidades del resto.

—Solo voy a preguntarte una vez, Roma y lo digo en serio. —Aína resopló—. ¿Quieres que le dé tu número?

—¿Te parece que soy la clase de chica que quiere saber algo de ese tío? ¿En serio?

—Vale... muy bien. —Aína se puso a teclear. El cruasán vegetal me resucitó en el estómago. Creo que hasta me rugieron todos los esfínteres—. Pues dejaos de hacer el imbécil conmigo de por medio.

Si no quieres nada, se lo dices tú.

Volvió a guardarse el teléfono y esta vez, fue a mí a la que le costó seguirle los pasos. Metió el turbo y no aflojó hasta que llegamos a la parada de metro.

Yo recibí un *whatsapp* menos de una hora después.

Es una verdad universalmente reconocida, que aquel que deja en visto al otro en una conversación de WhatsApp, es quien tiene el control.

Y en ese momento, redoble de tambores... el poder era todo mío.

Ya me decís dónde tengo que ir a recoger mi premio.

Era jueves. Había pasado un día y yo me enfrentaba a mi trabajo con la misma ilusión que siempre, que era mucha. Aquella semana, a una de mis alumnas de primaria le había bajado el periodo por primera vez, y aunque tanto mi jefa como yo intentamos ser discretas... la niña supo nada más entrar que su madre nos había dado el chivatazo.

No practicó mucho el cálculo de porcentajes, la verdad, pero habló como una mujer recién estrenada de lo mundano y lo divino. Y

oye, fue casi como si su paso al crecimiento se notara de forma palpable.

En la pausa para el café, miré el móvil y descubrí que el Sueco me había escrito otra vez. Su primer mensaje, impersonal, correcto y sin florituras o emojis venía a decir que había estado intentando localizarme a través de Aína, que esta le había dado mi teléfono y que esperaba que pudiéramos hablar.

Ese se había quedado sin respuesta. El siguiente, tuvo un tono un poco... distinto.

Sueco: Me parece que sigo teniendo cuentas pendientes contigo. Y

como me debes lo que pagué en la tintorería por quitarme el pringue verde del copazo de la camisa, podrías invitarme a café.

—¿Qué crees que significa?

—Que estás peligrosamente cerca del cuelgue, otra vez.

Negué, aunque después recordé que Aína estaba al otro lado del teléfono y no podía verme.

—Mentira. Ni siquiera le he contestado.

—Pero eso no hace que las vueltas que le estás dando sean menos, ¿verdad?

Desdoblé la pierna derecha, que se me había dormido y crucé la izquierda. Cax Teller se me arrimó, maulló contra mi mano y como vio que yo iba a seguir al teléfono, se marchó zigzagueando por el pasillo.

—Ya le dije todo lo que tenía que decirle. —Manchada de tomate, que segurísimo que daba puntos—. No me creo lo del perdón ni las... cuentas pendientes. No me interesa.

—¿No te interesa o no te lo crees?

Giré la cara. Parte de mi rostro se reflejaba en el espejo de cuerpo entero que tenía colgado de la puerta del dormitorio. Por un segundo, fue como si la Roma de diecinueve años se asomara al cristal, entremezclándose como la yo actual, ya crecida y, en apariencia, con las cosas claras y la vida estable.

—No es que me importe... ya ves, ¿lo del Sueco? Fue en otra vida. Ya no significa nada. No tiene... sentido.

—Ajá...

—Pero por otra parte... es él quién ha insistido. Y no parece que con ninguna... doble intención rara.

—Roma, aunque la intención fuera echarte un polvo en su coche,

eso seguiría sin ser una «doble intención rara», es lo que intentaba que entendieras en 2012. Aunque solo quisiera eso, aunque eso fuera lo que busca, si los dos estáis de acuerdo no habría ningún problema. —Relajó el tono—. Lo malo vino cuando tú creíste que eras la única.

—Error que estoy muy lejos de volver a cometer.

—Me parece bien que tengas claro eso, si es lo que quieres...

pero insisto en que parecía alguien distinto. A quien igual merece la pena, por lo menos... escuchar. ¿La Roma de diecinueve no se merece que el Sueco se humille un poquito por ella?

Supongo que debí darme cuenta en este punto de que las señales que estaba siguiendo eran solo las que quería ver. Y que no todas eran buenas e iban a servirme para algo.

Al colgar, me dije que si el Sueco volvía a hacer algún movimiento, el que fuera, lo tomaría como el signo definitivo de que aceptaría su plan. No quería venganzas, pero puede que pretendiera darle un poquito de su propia medicina.

Lo que él sabía de mí, las nociones que tenía de la única Roma con la que alguna vez había interactuado, eran muy vanas y escasas. La primera, una cría con el subidón de sus primeros coqueteos de adulta; la segunda, la de esa adulta completamente enajenada, desperdiçando una copa de seis euros y creyendo que así transmitía un mensaje perturbador.

En consecuencia, puedo afirmar que quedé con él por mí... un poquito por él, y mucho por error. Una no puede engañarse diciendo que está curada si la herida todavía sangra al rascarla. No era buena cosa que pretendiera que el Sueco viera lo que se había perdido, porque me había cansado de repetirle a Aína que a mí, él no me interesaba.

El rollo asuntos pendientes, muescas que tachar y demás... nunca

lleva a nada bueno.

En mi caso, porque cegada como estaba en reparar el honor dolido de una niña que ya había tenido tiempo para madurar de sobra, no estaba contando con los sentimientos de un hombre por el que también había pasado el tiempo, y al que ahora no podía juzgar con la misma vara de medir que ocho años atrás.

—Hemos quedado aquí mismo, en Callao. A las ocho. —Informé cuando los planetas se alinearon y, en efecto, la inverosímil posibilidad de quedar... cuadró. Le di la última calada al pitillo pre-salida y, luego, estrujé la colilla en el cenicero—. Supongo que cualquier cafetería valdrá.

Aína, que estaba en el sofá acariciando al gato, levantó la cara.

Nada más verle la expresión, lo supe...

—Te vas a tirar al Sueco. —Y lo canturreó—. Te vas a tirar al Sueco...

—No me voy a tirar a nadie.

Soltó una carcajada.

—Ay, amiga... ¡eso no depende de ti! —Cax Teller se bajó de un salto de su regazo y huyó. Por lo visto le gustaba tan poco escuchar de la vida sexual de su humana como a mí hablar de ella—. El Sueco es pura eficacia. Eficiencia comprobada. No falla, folla, siempre.

—Y tú eres la que dice que lo notaba cambiado...

—Me pareció más maduro, más... hombre. Centrado. Con cabeza... pero también te dije que habíamos intercambiado un par de frases. —Se encogió de hombros—. Y no jodas, Roma, el que tuvo, retuvo, y el Sueco tiene leyenda por lo que todos sabemos. —

Dio un sorbo a su Coca Cola—. Coño, que tú decías en el grupo «al Sueco le gustan...».

—Y contestaban «todas», ya. Lo sé. —Aunque aparentemente

eso no era cierto del todo... podía hablar desde el conocimiento que me daba ser la excepción—. Razón de más para poder asegurarte que no pienso acostarme con él.

Apagué la colilla y me di un repaso. Había meditado mucho la impresión e imagen que quería dar y, en consecuencia, después de vaciar mi armario, probármelo todo, preguntarle a los cielos por qué tenía trescientos vaqueros azules y diecisiete mil camisetas oscuras clónicas, opté por un vestido de tarde gris, de tirante grueso y unos botines cortos.

Algo no demasiado arreglado... pero tampoco tan informal como para que pareciera que no importaba.

Era el Sueco, no jodáis. Quería que mi yo del pasado se sintiera mejor, no todavía peor.

— Cuando ya has pasado página, no hay necesidad de quitar ninguna espinita.

—Venga, Roma... aquella noche te habías preparado para dar el siguiente paso, a mí puedes engañarme, pero a ti no.

Me pasé el cepillo y, luego, me di un brillo de labios en tono rojizo.

Esquivé mis propios ojos del espejo durante todo el proceso porque me daba pavor encontrar en ellos que Aína, una vez más, tenía razón.

Intenté hacer un barrido mental antes de salir de casa. De todo.

Ni expectativas, ni *vendettas*, ni espinitas, ni nada. Cabeza fría.

Cerebro vacío, concentrado solo en mover un pie delante de otro y controlar que no se me cayera la baba... aunque esto último estuvo complicado.

Cuando llegué, él ya estaba allí. Pelo suelto. Gafas de sol.

Vaqueros descoloridos y deportivos Stan Smith con la puntera ligeramente despellejada. Llevaba una camiseta de manga larga arremangada, y cuando me miró y se descubrió los ojos, estos se le

arrugaron un poco a consecuencia del sol, que brillaba justo frente.

Se me paró el putito corazón un segundo entero. Palabrita.

Carraspeé. Relajé el paso y me sequé disimuladamente las palmas húmedas de las manos en los laterales del vestido. Era injusto que una sola persona tuviera tal poder sobre otra... tantos años después.

—Has venido. —Se cruzó de brazos y me sonrió—. Tenía mis dudas.

—Ya... yo también las tuve. —Hasta el último segundo—. Un café hemos dicho, ¿no? —Miré alrededor—. Pues ahí mismo.

El Sueco estiró el brazo, cediendo el paso simbólicamente... dado que estábamos en plena plaza.

—Una mujer decidida, me gusta.

—Una que no se toma nada de esto en serio.

Al sentarnos, frunció el ceño. No sé si por mi comentario o por el sol, que parecía decidido a lamerle la piel. No podía culparlo.

—¿Y qué es... esto, exactamente?

Iba a contestarle que nada. Que se quedara tranquilo, que allí no habría segundo plan, intentos de cita ni ningún tipo de flipe por ninguna de las partes... pero entonces vino el camarero y aprovechamos para pedir un par de cafés. Y él, un vaso de agua.

—Creo que va a ser la primera vez que te vea con dos líquidos delante y ninguno de ellos lleve alcohol.

—Son las cuatro de la tarde. —Sonrió—. Café y agua me parece más adecuado.

—¿Ahora eres uno de esos, Sueco? ¿Alguien adecuado?

—Tendrás que juzgarlo tú, Roma. Hace poco me han dicho que sufro gravísimos problemas de memoria, así que, si alguna vez me han acusado de adecuado, no me acuerdo.

Intenté sonreír, pero todo lo que me salió fue una mueca.

—No hagas bromas con eso. Puede parecer ridículo, y seguramente lo sea, pero es de una niña de quién estamos hablando. —Me señalé—. De la que yo fui y tú valoraste tan poco como para, ni siquiera, tratarla con educación.

Se le tensó el rictus. Bueno, nadie dijo que el café tuviera que estar dulce, ¿verdad?

—Roma, es evidente que no tengo esa noche tan fresca en la memoria como tú.

—Salta a la vista. —Me erguí en la silla—. Pero ni ahora ni cuando estábamos en ese momento.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué lo siento, por algo que no recuerdo haber hecho?

—Llevábamos tres meses hablando. Tres meses, día y noche.

Apenas dormía, y tú siempre estabas al otro lado de la pantalla para contestarme. Éramos los dos. Los dos. —Dios... ¿por qué no podía parar? ¡Habían pasado ocho años!—. Y luego me viste y nada. Me tuviste delante... y nada. Ni siquiera sabías que era yo. ¿Cómo...

cómo pudiste no saberlo?

Se quedó callado unos minutos. El camarero se acercó y, lejos de romper la tensión, la esquivó como pudo para dejarnos las tazas. El Sueco se tomó la mitad del vaso de agua de un solo trago. Tardó muchísimo en volver a estar listo para hablar.

—Si quieres que te diga que estuvo mal, Roma, te lo digo. Claro que sí. Estuvo fatal fue... desconsiderado y una gilipollez por mi parte, pero es que yo...

—Eres así, ya, ¡menudo consuelo! —Y menuda novedad.

—No, no te equivoques. —Puso su índice sobre la superficie brillante de la mesa, señalando como si enumerara—. Era un capullo, sí. Pero también era un crío. ¿Pelaba la pava contigo al mismo tiempo que con otras? Sí. No me defiendo, ni digo que fuera

moralmente aceptable, pero no te mentí. En ningún momento te dije que estuviéramos saliendo, que fuéramos pareja. Yo no te dije que fueras la única para mí.

Supongo que esa era parte del problema, claro. Que yo me lo había creído solita. Pero dentro de la rabia por esa certeza, había también otro sentimiento, agazapado, más pequeño... pero igual de tormentoso.

Y muy, muy peligroso, porque llevándolo por bandera, estábamos a punto de hacer una grandísima estupidez. Los dos.

—No quería ser la única, Sueco. —Bueeeeno... vamos a correr un velo ante esta afirmación—. Pero creo que mi trayectoria bien mereció su recompensa.

Fue su turno de levantar la ceja.

—¿Perdona?

—Aún no lo he decidido. —Sonreí—. ¿Y no eras tú el que quería redimirse? Bueno... pues creo que he decidido mi precio. Quiero una compensación por el tiempo invertido.

—¿Invertido en... mí? —Asentí. Se echó a reír, después negó, pero no se le borró la sonrisa—. Roma, ¿me estás pidiendo lo que creo que...?

—Merezco vivir la experiencia sueca de la que todo el mundo hablaba, no sé si del todo... no te emociones. —Y me permití el tremendo farol de echarle una miradita de soslayo. Haciéndome la interesante—. Pero digamos que hasta el punto donde sea yo la que decida.

—¿Es tu manera de pedirme una cita?

—No, Sueco, no te estoy pidiendo «una cita», te estoy pidiendo *la* cita. La que me debes, desde hace ocho años.

Se rascó la barba, que ya le bajaba un poco del mentón. El sonido me provocó un cosquilleo que me recorrió entera.

—Pues no sé si todavía me valdrán los vaqueros de 2012, Roma... ni como irá de plutonio la máquina del tiempo.

—Muy gracioso, Sueco. Pero deberías guardarte todos esos chascarrillos tan de romper el hielo para la cita. —Me levanté, abrí el bolso y dejé un billete de cinco euros arrugado sobre la mesa—.

Procura no llegar tarde, ya he esperado ocho años.

Me fui, contoneando las caderas. O bueno... eso esperaba estar haciendo, porque la verdad es que iba tan flipada con lo que acababa de pasar que no estoy segura de cómo pude cruzar la plaza de Callao y volver hasta mi casa.

Cuando cerré la puerta, caí en que había cumplido; tal como le había asegurado a Aína, no me había acostado con el Sueco.

En lugar de eso, le había propuesto que me pidiera salir.

Había que joderse.

9

A veces, uno sabe que va a estrellarse, y acelera.

También está quien cree que solo para poder construir, primero hay que destruir. En el caso que nos ocupa, y con el corazón a tope de revoluciones, yo me inclinaba más hacia la primera afirmación que hacia la segunda.

Por supuesto, el desastre natural que iba a tener lugar en mi vida me iba a obligar a empezar desde más abajo de los cimientos, pero antes de llegar a esa fase, es necesario seguir acelerando. Y

estrellarse, por supuesto.

Para bien o para mal... pronto lo sabremos.

El Sueco se tomó muy en serio lo de la cita con el pasado, de modo que cuando salí del metro en Alonso Martínez, y aunque el Madrid del presente no había cambiado ni pizca desde el día anterior, yo sentí un súbito cosquilleo que me nació en la nuca y se perdió en los dedos de los pies. Saqué el móvil un segundo y avisé a Aína de que había llegado bien. Ella repetía con Juanma, pero aunque había prometido centrarse en su propio plan, yo sabía que una parte de su raciocinio iba a seguirme a mí hasta mi particular caída a los infiernos.

Porque sí, señoras y señores, mientras me repetía en voz alta y con toda entonación los versos de mi canción top del momento, que

el romanticismo había muerto para mí y aquello era un ajuste de cuentas y no una noche ñoña, el pecho me aleteó y el estómago se me volvió del revés. La perspectiva de estar a solas con el Sueco me ponía nerviosa, y ahora, con casi treinta años a mis espaldas, la sola idea de que me temblaran las rodillas por el mismo tío por el que me habían fallado de cría me parecía impensable, pero igual de inevitable que un ataque de hipo. Y eso que hasta intenté aguantarme la respiración, por si acaso funcionaba.

Antes de cruzar la calle que me llevaría al pub escogido, me eché un vistazo en un escaparate. Llevaba la melena lisa, con el flequillo peinado hacia la izquierda. Una minifalda tejana con una blusa a rayas blanca y negra hacían el conjunto, completado por unas botas altas, oscuras y medias tupidas. Nada demasiado espectacular... a excepción del profuso carmín rojo que me había aplicado a consciencia.

Igual que aquella noche.

—Veremos si esta vez consigues recordarme.

Y con ese pensamiento tan sano y sin nada de resquemor, emprendí la marcha.

Me estaba esperando en la entrada. Con el pelo recogido a la altura de la nuca y aquella barba poblada con pinta de ser más suave que el cachemir. Volvía a llevar puestas las Stan Smith, una camiseta negra con el dibujo de una Harley Davidson y su abrigo largo de lana con capucha. Curiosamente, y aunque el Sueco parecía ser un hombre que no se preocupaba demasiado por almacenar una ingente cantidad de piezas de ropa, no me fijé en ese detalle hasta ese preciso momento.

Se metió las manos en los bolsillos y separó el cuerpo de la pared donde se había acodado para mirarme de frente. Hizo un gesto apreciativo con la cabeza y luego se mordió el labio inferior. Yo puse

los ojos en blanco.

—¿Complacido con lo que ves?

—Yo podría hacerte la misma pregunta.

Fue mi turno para radiografiarlo entero. Vale, lo había hecho antes, justo cuando os lo he descrito... pero como él no lo sabía, me permití repetir.

—De momento todo parece como siempre.

Sonrió. El hoyuelo de la mejilla derecha, mi favorito, se le marcó a través de la barba. Me cedió el paso con el gesto de su brazo, ese tan característico que, al igual que sus prendas fetiche, ya había visto antes.

—Entonces, que empiece la retrospectiva.

No puedo recordar si el sitio en sí me daba reminiscencias del pasado. No tenía los recuerdos tan fijados como para eso. Olía a una mezcla un poquito insalubre de perfumes varios y sudor, eso sí.

Y la música estaba tan alta como cabía esperar, aunque por supuesto, los temas del momento distaban mucho de aquellos que sonaban en 2012. Encontré mesa, una de esas rodeadas por un par de butacas por las cuales hay personas capaces de placarte. Por suerte, me encaramé a una y proclamé mi poderío subiéndome de un salto. El Sueco sonrió y me indicó, por gestos, que se iba a la barra.

No me preguntó que quería beber, pero no caí en cuenta entonces, demasiado ocupada como estaba por mantener a raya mis dichosas pulsaciones.

—No seas idiota, Roma. Esto no es una cita, es un negocio.

Iba a cerrar una herida, la mía con el pasado. Una vez que pasara la velada y comprobara en carne propia que allí no había nada para mí, podría dejar definitivamente de preguntarme qué habría pasado si las cosas fueran diferentes. No era un pensamiento que me

obsesionara, pero las costras se arrancan mejor cuando no quedan preguntas pendientes, y esa noche estaba dispuesta a quitarle al Sueco todo el misterio que le pudiera quedar.

Ya éramos adultos, el alucine por su acento y todas aquellas historias que contaba de Estocolmo había perdido lustre. Yo tenía experiencias también. Había salido con otros hombres y saboreado otros momentos; que no hubiera probado sus mieles... no quería decir que me hubiera quedado todos aquellos años hundida en la amargura.

Él se redimiría con aquella excursión atrás en el tiempo y yo, por fin sabría que no existían motivos para seguir guardando pena por haberme perdido algo que nunca fue para mí.

—Listo... —Su súbita aparición me sacó de mis pensamientos. Me puso un vaso alto delante. Miré el contenido con sospecha. Bueno...

empezábamos bien. No era un copazo verde. Descartamos la venganza de vuelta—. No recordaba qué habías pedido aquella noche, para ser fiel a mis problemas de memoria... pero por ese entonces, todo giraba en torno al ron cola. ¿He acertado?

—De chiripa.

Di un sorbo. El ron seguía sin encantarme, pero... en tiempo de guerra, cualquier alcohol es trinchera.

—Bueno... —El Sueco se frotó las manos. Se puso de pie, caminó hacia mí.

—¿Qué haces...?

—Has exigido la experiencia completa, ¿no es cierto? O bueno...

—La sonrisilla burlona no se me escapó—. Todo lo que tu valentía te permita aceptar...

—No te tengo miedo, Sueco. Ha pasado mucho tiempo.

—Me gusta que no te asustes. —Estiró la mano hacia mí—. Y

como todo esto es un nuevo comienzo, deberíamos hacer las cosas

propiamente y presentarnos, ¿no te parece?

Estuve a punto de descojonarme viva. Lo prometo.

¿Presentarnos, había dicho? ¿Por puta cuarta vez? Aquello tenía que ser un chiste.

—¿Me estás vacilando?

—Has sido tú quien ha escogido el juego. —Insistió. La mano todavía estirada—. Yo solo me amoldo al tablero.

—El tablero estoy por doblarlo en cuatro y darte con este en la cabeza.

—Encantador. ¿Tú eres?

No sé por qué crucé la puerta que él había abierto. No era lo que tenía en mente. Desde luego, en todas las recreaciones que había hecho sobre el momento, volver a vivir aquel principio, subida primera de toda la escalera de traumitas juveniles que vino después, no estaba en mis planes.

Por supuesto, debí haber imaginado que aunque hubiera sido idea mía, en realidad, la divina providencia iba a tomar todo el control de aquel asunto, y que poco importaban cosas tan nimias como la voluntad, el libre albedrío o las señales que nos empeñábamos en ignorar, seguros los dos, cada uno por su lado, de que era el titiritero que estaba controlando la acción, cuando la verdad era, y siempre había sido, que no teníamos ni idea de lo que se nos iba a venir encima justo un minuto después.

—Roma. —Y sin levantarme del taburete, extendí también mi mano y, con toda formalidad, estreché la suya. Su palma era áspera, como si perteneciera a un hombre que, durante gran parte de su vida, había trabajado a piel descubierta. Le vi abrir la boca, pero negué y me adelanté porque, egocéntrica como es una cuando todavía no sabe que, en realidad, no sabe nada, pensé que, si cambiaba el orden de los factores, también alteraría el producto—.

Adonde llevan todos los caminos.

Entonces, el Sueco asintió con la cabeza y, en lugar de soltar mi mano, la aferró con más fuerza.

—Eso parece, sí. — Tiró apenas de mí, que levanté el trasero de la butaca y me quedé ahí... oscilando. En tierra de nadie, hasta que fueron sus brazos los que me dieron asilo—. Aunque me ha costado ocho años, recorrerlo hasta este punto.

Siguió oliendo a sudor. Y las luces no se opacaron. Nada se ralentizó a nuestro alrededor, pero os puedo prometer una cosa; cuando el Sueco me besó por primera vez, allí, esa noche cualquiera, después de habernos presentado por cuarta vez, la música decoró la escena

hasta convertirla en un instante perfecto.

Y aunque no distinguí la letra y apenas podía oír la música; sonó *Lithium*, de Nirvana, en el preciso momento en que su boca tocó la mía.

10

Contrariamente a lo que podría haber imaginado, aquella excursión a tiempos de antaño no fue lo más raro que el Sueco y yo experimentamos esa noche.

Y es que tuvimos el equivalente a cuatro o cinco citas, sin salirnos de la primera.

Después del beso, y durante, porque pareció alargarse hasta que los distintos multiversos fueron capaces de colisionar y superponerse entre sí, jugamos a entrelazarnos los dedos sobre la mesa. No como un acto romántico, claro. ¡Acabábamos de conocernos por cuarta vez! Eso habría sido ir muy deprisa...

O excepcionalmente despacio.

Una vez que nuestras bocas se tocaron se abrieron las vedas. Se elevaron los puentes levadizos y las compuertas que frenaban los torrentes de agua cedieron a la presión. Era hábil, tal como yo había imaginado. No sé si en 2012 su pericia besando se parecía a la del momento actual, pero una pequeña parte de mí se alegró infinito de no tener que pararse a comparar. Gentil, exigente y muy excitante, el Sueco te besaba como si te estuviera desvistiendo botón a botón.

A veces aceleraba con embates de su lengua, y otras, te succionaba despacio el labio inferior mientras sus ojos claros, sin cerrar, no se despegaban de los tuyos.

Me subyugó por completo la primera vez que nos besamos mirándonos. Después... ya no podía permitirme bajar los párpados por no querer perdérmelo.

El hielo de los cubatas se derritió casi a la misma velocidad que amenazaban con hacerlo mis defensas, de modo que, a la segunda vuelta de la música, cuando la rasgada voz de Kurt Cobain nos acarició la noche una vez más, me apeé de un saltito de la butaca y propuse dar un paseo. Por suerte para mi estado de calentura *in crescendo*, a él le pareció buen plan.

—Volví a mediados de 2014, en penúltimo curso. —Me dijo cuando andábamos por delante del Monasterio de las Descalzas—.

Las cuestiones laborales suecas son un poco distintas que aquí y bueno... mi padre tuvo que reincorporarse de su excedencia y arrastró a toda su familia con él.

Confusa, levanté la cara. El aire de la noche removié mi pelo liso hasta que tuve que apartarlo con la mano.

—Yo pensaba que tu padre no...

—¿Formaba parte del cuadro? —Sonrió—. Era así, más o menos.

Mamá y él estaban separados, pero para cuestiones prácticas y legales, seguía siendo parte del cómputo familiar.

—Entiendo. —Vamos, que al señor le convenía, por estabilidad en su trabajo, seguir siendo el cabeza de núcleo—. ¿Qué pasó después?

—Pues acabé Enfermería en Estocolmo... aunque no en el año que tocaba. —Se perdió un momento en sus pensamientos y yo, que andaba a su lado, pero no me atrevía ni a respirar demasiado fuerte por si perdía el hilo, esperé. Curiosa. Atraída por la historia como un

bicho adolescente a su bombilla *crush*—. Me convertí en el hombre de la casa tan pronto mi padre se marchó, y poco después, mi madre se puso enferma. En Suecia se cobra bien, el nivel de vida

es bueno, pero los gastos van en consonancia y un tratamiento de esa clase... no casa bien con que el hijo mayor pierda el tiempo estudiando.

—Así que lo dejaste.

—Y a partir de ese momento empecé a engordar mi currículum.

Sonrió y yo, que esperaba que empezara a encadenar todas las mentiras que había contado a sus empleadores, fruncí el ceño. Y

después... aluciné. El Sueco había trabajado en un servicio de limpieza de jardines, como promotor de seguridad contra incendios, había sido cuidador de casas vacacionales, paseador de perros, dependiente de gasolinera, reponedor de un ultramarinos y...

— *Croupier* de casino. Es el peor recuerdo que tengo porque me obligaron a cortarme el pelo, por lo visto... daba mala imagen para la mesa de black jack.

—¿Te estás quedando conmigo?

Negó.

—¡Espera, espera! Hubo uno más... —Se rascó la barba. El sonido, otra vez, me bañó entera —. Después de lo del casino y antes de los extintores... fui marino jefe de un barco de pesca. En Gambia.

Me paré en seco. Creo que hasta me puse las manos en las caderas.

—Ya bueno... mira, me voy.

Sus risas me tentaron, pero fui capaz de darme la vuelta y emprender un par de pasos hasta que me detuvo. Cogiéndome por la cintura desde atrás. Cuando volvió a hablar, había apoyado su boca en mi nuca, y aunque sus manos no se movieron de mi vientre, el cosquilleo me recorrió entera.

«Templa, Roma, que ya no tienes diecinueve años y esto es un cierre, no una puta jornada de puertas abiertas... y mojadas».

—Me nombraron responsable por dos motivos; los idiomas y ser el único que sabía nadar.
—Lo sentí sonreír, aunque no podía verlo

—. Mi uniforme consistía en un mono de mecánico azul, enterizo y con cremallera. Botas altas y un machete que llevaba a la cintura.

—Solo tengo dos preguntas. —Tragué saliva. Me costó la vida—.

¿Hay fotos? Y si la contestación es afirmativa... ¿dónde están?

Me dio la vuelta entre risas, y entre risas también, me puse de puntillas y abrí la boca para ofrecérsela entera cuando dejó claro que tenía toda la intención de volver a besarme. Ahí, apretada contra su cuerpo, saboreándole la lengua mientras todavía paladeaba las sutiles trazas vitales que había compartido conmigo, aprendí mucho del Sueco. Que agarraba con fuerza, por ejemplo. Y

que le gustaba enredarse los dedos entre mi pelo. Que no le avergonzaba que la excitación que marcaba su cuerpo se rozara contra mis muslos, ni disimulaba los sonidos guturales

que emergían de su garganta.

Al volver a caminar, después de haber mancillado con nuestro beso la fachada del convento, me agarró del sobrante de la chaqueta y, con un gesto de la cabeza, me invitó a abrirme también.

Era lo justo, parecía decir su mirada.

—¿Qué hay de ti?

—Poca cosa. —No era mentira—. Si comparamos experiencias...

apenas tengo nada que aportar.

Por lo visto había cosas que nunca cambiaban.

—De modo que acabaste tus estudios y luego...

—Luego encadené un par de trabajos sin sustancia hasta que me contrataron en un centro privado de refuerzo y apoyo escolar para menores con necesidades educativas especiales. Estoy solo a media jornada, de modo que los findes...

—Trabajas en *Capriccio's*. —Asentí—. Bueno, la mitad del tiempo

haces justo aquello para lo que te formaste. Es la recompensa a haberlo hecho todo bien. Tener una vida adulta sin aparentes sobresaltos.

—¿Eso es lo que tengo? ¡Pues parece mucho más aburrido para mí!

El Sueco me sonrió. Se quedó mirando al frente, hacia La Cocina de San Antón, adonde nos habían llevado nuestros pasos.

—El problema de vivir tantas aventuras es que, al final..., solo te quedan anécdotas por contar.

—Pero conoces a un montón de gente y has vivido en un montón de sitios.

—Sí... y es posible que hasta tenga medio hermanos en algún lugar perdido de Suecia, donde quiera que sea que se estableció mi padre después de dejarnos. —Se encogió de hombros—. No me entiendas mal, yo vendí esa imagen. Era mi escudo. Mi fortaleza.

Era el extranjero que siempre tenía movidas con las que llenar los silencios entre copa y copa, el que no podía hablar de rutina ni eventos familiares, porque en vacaciones, Navidades o Semana Santa o bien estaba embarcado, o cuidaba alguna casa en Helsinki o... tocaba pasar las jornadas paleando nieve de la entrada de mi madre para poder llevarla a la quimio. —Me imagino que se dio cuenta de que se había puesto muy intenso... porque rebajó varios puntos con una sonrisa. Me dio un toque en el hombro—. ¿Ves? No es información guay para una noche de garito; así que me centraba en lo que se esperaba de mí.

—Fiesta, viajes exóticos y múltiples experiencias con las suecas.

Se encogió de hombros.

—No puedes culparme, eran la especie autóctona y un chico tiene que adaptarse al mercado. —Señaló con un gesto de la barbilla hacia delante—. ¿Nos tomamos otra?

—En realidad no nos terminamos la primera así que...

Vamos, que sí. Que necesitaba alcohol para ahogar toda aquella marea de atracción que no paraba de subir.

Os he comentado antes que tuvimos varias citas en una. No iba de farol. Además del primer ron cola con aderezo de reminiscencias del Sueco de las Navidades pasadas, el paseo y toda la información que yo estaba atesorando en el archivo de mi memoria que siempre le había pertenecido a él, nos tomamos una cerveza en otro bar cerca del Mercado de San Ildefonso, y luego, por su trasera, donde tenía lugar una especie de concierto al aire libre al que nos reenganchamos, dándolo todo con palmas y movimientos de cadera a pesar de que no sabíamos quién cantaba ni qué se estaba celebrando.

El Sueco lo hacía todo bien. Encadenar citas y hasta bailar mal.

La chica que sostenía el micro empezó a entonar versiones y él las coreó hasta cuando la pobre se equivocaba de letra. En un momento dado, me arrimó a él con un brazo mientras que con su otra mano, de dedos largos y ásperos, me reseguía las comisuras de la boca en una caricia que prometía muchos más talentos por descubrir.

—Así que un barco de pesca.

—Sí señora. —Sonrió. Aquel hoyuelo iba a ser mi infierno.

—¿Por eso tienes las manos ásperas? —Asintió—. ¿Además del machete y el mono de mecánico a nadie se le ocurrió añadir al uniforme unos guantes?

—Teníamos guantes. —Sus dedos bajaron un poco, hasta rozarme el inicio de esa zona del cuerpo que ya no podemos llamar espalda—. Pero siempre he sido incapaz de trabajar con las manos cubiertas. Me gusta más el contacto al natural.

—A la sífilis le gusta ese comentario.

Lanzó una carcajada. Después me soltó para poder aplaudir a la cantante. El tema había terminado.

—Hay cosas en las que no me la juego, Roma. El sexo es una de ellas.

—Pues a estas alturas, me sorprende que otro de tus curros no haya sido representante de una marca de profilácticos.

Espera, ¿qué? ¿De dónde había salido eso? Sonrió.

—He follado mucho, eso es cierto. Llámalo caradura o... haber escogido bien mis cartas.

Decidí seguirle el juego... por ver si salía del terreno pantanoso donde me había metido solita.

—Ya veo... se te nota que tienes el modus operandi superbien calculado.

—No suele fallar. —Me rozó la nariz con los labios—. Espero que no seas la excepción... ¿cómo crees que va la cosa?

—Voy a ser una mancha en tu expediente de conquistas.

—Bueno... la noche es joven.

Eso era cierto. Por desgracia, habíamos caminado el equivalente a dar media vuelta al mundo en una noche y mis botines me habían declarado una OPA hostil.

—Sueco, siento mucho informarte de tres cosas: mañana trabajo, los pies me están

matando, y esta noche, no voy a acostarme contigo.

Tiró de mí, sacándome fuera del ensordecedor griterío de la gente que, bebida y con la exaltación de la diversión en todo lo alto, cantaban a voz en grito casi más alto que la chica de las versiones.

—El hecho de que no te hayas negado al sexo en primer lugar me hace mantener las esperanzas. —Me miró. Estaba cerca, pero se limitó a... eso. Cogérmela mano y seguir mirándome—. Lo he sabido desde los primeros cinco minutos de esta cita, Roma, pero

he querido esperar para decírtelo para que no pensaras que lo traía ensayado... quiero una segunda.

—¿Quién ha dicho que esto haya sido una cita? Era mi experimento social.

—Pues está incompleto. Confía en mí. —Su boca se posó en mi frente—. Quiero saber más cosas sobre ti; y no, no me vengas con eso de que hay poco más o... nada interesante, porque no me lo creo.

—No esperes grandes hazañas ni historias que atraerían un corrillo de gente hacia mí. Yo no he vivido eso.

—Has vivido lo tuyo. Y me interesa. —Su dedo rozó mi cuello, el borde de mi ropa. Y un poco más abajo—. Me interesas tú. Oír lo que tengas que decir. Además... ahora siento un poco de rencor con toda mi vida de aventuras.

—¿Y eso por qué?

—Pues... porque centrarme en mostrar esa parte de mí hizo que me perdiera esto hace ocho años. —Nos miramos. Demasiado intenso. Demasiado largo. Demasiado todo—. Si hubiera escuchado más que hablado. Si hubiera mirado más que dejado que me miraran a mí, Roma, te prometo... que nunca habría olvidado quién eras. —La sonrisa que me dedicó fue puramente depredadora—. Y

ni de coña te me habrías escapado esa noche de 2012.

No obstante, las cosas eran como eran, y no como podríamos querer que hubieran sido. Escapé entonces. Y, de pura chiripa, también escapé aquí.

Volví a mi piso de renta antigua heredado, a dejarme caer a oscuras en el sofá con la única compañía de mi gato. Volví a cerrar los ojos y contar hasta diez para que el corazón se me calmara, como hacía siempre que subía las escaleras de dos en dos y a toda prisa, aunque no hubiera nadie persiguiéndome.

Aunque quizá esta vez... era diferente.

El pasado venía a por mí. Las señales que me negaba a aceptar empezaban a ser una evidencia. Y el riesgo que había decidido emprender, creyéndome capaz de pasarlo por alto, estaba a punto de barrerme la vida entera y presentarme de frente un tablero completamente nuevo.

Y sorpresa, sorpresa, volvía a desconocer las reglas del juego.

11

Tres días después, yo tenía otra cita, estaba de los nervios y ya iba por el cuarto café. Pésima combinación.

Aína había cerrado su trato con Juanma, el tío de su cita a ciegas; y aunque no preveía que

se volvieran a ver parecía tranquila con el acuerdo. Se había quitado las telarañas, me dijo por *whatsapp*. Ya estaba preparada para volver a ser ella misma, o lo que era lo mismo, para no dejar títere con cabeza.

Hombres del mundo, ¡estáis de suerte!

Lo que no la tenía ni medio tranquila, ya lo sabía yo... era lo mío.

Motivo por el que estábamos las dos sentadas en el *office* de mi curro, rellenando horas muertas a base de cafeína hasta que pudiera escaquearme y salir.

—Si cierras antes, tampoco es que se vaya a enterar nadie.

—Siempre he sospechado que mi jefa tiene cámaras en alguna parte. No me quiero arriesgar.

Y creo que en ese punto habíamos dejado la charla un par de veces. Puto bucle... dar vueltas en círculo por no ir directa al grano...

porque tocarse los granos, ya se sabe.

—Entonces... ¿cuál es el plan?

Me rehíce el moño y, como noté que me temblaban demasiado los dedos, dejé la taza a medias en el fregadero. *To much coffee for*

today, gracias.

—En teoría tiene que llamarme hoy para concretar. —Habrás visto una intención menos formal que esa—. Después de un par de días de silencio, pues, se supone que me dirá algo.

—¿Y tú cómo llevas eso? Porque te conozco, Roma. A ti te gusta cerrar la cita siguiente antes de haber terminado la presente.

—Me gusta saber a qué atenerme, ¿es un delito?

—No. Un trastorno obsesivo compulsivo, pero yo te quiero igual.

—Sonrió—. No tiene por qué no llamarte, hasta ahora se ha portado bien, ¿no?

Era verdad.

No habíamos intercambiado testamentos por mensaje, pero sí que habíamos estado... comedidamente pendientes el uno del otro.

El Sueco, quién lo diría, me había empezado a seguir en las redes de forma abierta, permitiéndose incluso interactuar de formas sutiles conmigo, lo que me había dado excusa para asomarme un poquito a la ventana indiscreta de su vida social.

Fotos en parajes exóticos, con su madre, rodeado de personas de lo más variopintas y con textos escritos en idiomas que a mí, que chapurreaba el español y a veces me surgían dudas, me parecían de lo más atractivo.

Todo a su alrededor tenía un halo de interés. Cada pregunta respondida te abría un entramado de nuevas cuestiones y eso, para mí que pretendía dejar finiquitada su página y restarle todo el misterio, era un problema. Uno que me ponía cardíaca.

—Ya me llamará, y si no llama... confirmará con su actitud que no mereció nunca tanto drama.

—Es que no lo merecí, Roma, pero no porque fuera mal tío o no te hiciera caso en 2012, sino porque nadie, en general, puede ser tan dramático como tú. —Luego me abrazó—. Pero insisto, yo te

quiero igual.

—Ya... pues quiéreme un poquito menos.

—Lo he intentado. Me das mucho trabajo.

Fregamos las tazas, y luego aproveché la tesitura para recoger un poco el aulario. Cuando por fin cerramos, decidimos que se había quedado buena tarde para unos nachos con guacamole, que devoramos entre los detalles sustanciales y jugosos del polvo de Aína con Juanma, que, por lo visto, había pasado con creces su exigentísima lista de control.

—¿Entonces vas a repetir?

—No sé. —Hizo crujir un par de nachos al metérselos enteros en la boca. Enhorabuena, Juanma—. No me disgusta, pero... tú me conoces. Yo no quiero una relación con nadie, no he nacido para ser la novia de. Me gusta sentirme libre de tener cuántos amigos quiera, tirarme a algunos y a otros... pues irlo considerando.

Sonreí. Aína tenía el corazón roto desde hacía mucho tiempo.

Desde la primera vez que se había enamorado. Aquello no había sido como lo mío con diecinueve, lo de ella era un amor de los de verdad, uno que sintió, que experimentó, que vivió y que luego perdió y del que apenas se pudo recuperar. Había vuelto a sonreír, sí. Y a ser ella misma, pero pagó un precio demasiado alto al entregar una parte de su corazón y yo, que la conocía tan bien como ella lo hacía conmigo, imaginaba que no estaba dispuesta a hipotecar ninguna parcela de amor más.

Me parecía respetable. De hecho... era lo más lógico para evitar sufrir, pero yo... ¡ay, yo! En mi ADN había tanto romanticismo que, incluso en momentos como aquel, cuando intentaba combinar el cinismo con la hipocresía y fingir que no pretendía nada, se me escapaba por los poros.

Temía seguir escondiéndolo porque, a fuerza de negar su

existencia, el amor que anhelaba se iba a hacer presente en el peor momento posible, y que yo lo deseara era una cosa... que estuviera preparada para arriesgarme y aceptarlo, otra muy distinta.

Nos despedimos en la boca de metro de Gran Vía y cada una siguió su camino. Durante el trayecto a Callao, miré el móvil unas mil veces, y por fin, a la mil una... sonó. Al ver la palabra brillando en la pantalla, y aunque había sido yo la que la había registrado en mi carpeta de contactos, no me fue posible evitar el pequeño soplo de mi corazón.

¿Veis? Ya empezamos.

—Sueco. —Carraspeé—. Te has acordado de que tenías que llamar. —Al otro lado, unos leves segundos de silencio. El metro dio un bandazo, me agarré con fuerza—. ¿Me oyes? Estoy de camino.

Soy Roma.

—¿Quién? Perdona, pero ¿nos conocemos?

—Muy gracioso. —Debió parecerse, porque estalló en risas—.

En serio. Me parto.

—Venga... es un chascarrillo muy nuestro. Alguna vez tendrás que tomártelo con humor.

—Puede. Pero ese día no es hoy. —Le concedí el beneficio de la paciencia unos dos segundos. ¿Qué puedo decir? Me sentía generosa y totalmente calmada—. Entonces... ¿sigue en pie lo de quedar?

Ahí. Casual.

—¿Y por qué no iba a ser así?

—Pues... porque no he sabido nada y pensé...

—¿Pensaste que había cambiado de opinión y no te había informado? —Chascó la lengua—. Roma, hay muchas cosas que no sabes de mí, una de ellas es que si no hay cambios en los planes...

pues es porque no hay cambios.

—Muy razonable. Me lo apunto. —Otro bandazo. El móvil estuvo a nada de caérseme al suelo—. No estoy segura de que vaya a sobrevivir a este trayecto así que... yo de ti iría cuadrando más cosas, por si acaso.

—Anda, no seas boba. A mí hoy solo me apetece estar contigo.

¿Qué te parece un japonés? Hay un par bastante decentes por Ventura Rodríguez... si no los han cerrado desde que me fui.

—Me encanta el japonés. —En serio. Me chiflaba—. ¿Vas a sentir vergüenza ajena si no sé usar los palillos?

—Depende. ¿La sentirás tú si elijo *buffet* y como igual que un hombre de las cavernas?

—Podré soportarlo. —Sonreí—. ¿A las ocho y media a la salida del metro?

—Te mandaré mi ubicación en tiempo real para que puedas ver cómo me voy acercando a ti pasito a paso. Hasta la noche, Roma.

Fue el peor trayecto que recuerdo. La gente se quejaba y abandonaba el vagón entre resoplidos, pero yo, cuando salí a la calle, me sentía ligera. Y contenta.

—Controla las escaladas a la parra. En serio. Por si acaso.

Asentí desde casa cuando llegué y me atrincheré, aunque Aína estaba en manos libres y no podía verme.

—Solo vamos a cenar. Además, habla conmigo en plan colegas.

Nada más.

Y nada menos. Por más que usáramos la palabrita de marras, yo me negaba a ver aquello como una cita al uso. Y eso me repetí mientras me ponía mi falda a cuadros escocesa y la blusa de cuello vuelto ceñida que tan buen perfil me hacía. El pelo, corto y ondulado, me enmascaró una cara de *eyeliner* perfecto y carmín suave, porque esa noche pensaba besar mucho.

Además de terminar de vivir la experiencia que se me llevaba resistiendo ocho años. Sin presión... pero sin seguir perdiendo el tiempo.

—¿Entonces hoy es el día? ¿Te vas a tirar al Sueco?

Sonreí. Aína empezó su soniquete y, en mi cabeza, me permití hacerle los coros.

—Según tú es infalible, ¿no? He salido indemne un par de veces... no creo que me deje escapar una más. —Eso esperaba—.

Puede que haya cambiado un poco... pero algo me dice que en el sexo...

—¿Genio y figura?

—Cuento con eso, amiga.

Y con ser capaz, luego, de darme la media vuelta e irme con el sol. Que lo único que muriera después, como en la canción de Luis Miguel, fuera la tarde y no mi corazón.

Llegué a Ventura Rodríguez puntual... lo que en mi idioma quiere decir pronto, pero él, se retrasó unos quince minutos. Cuando se acercó, con aquellos brazos largos extendidos a modo de «¡eh, lo siento!», pretendí que su imagen no me golpeará, pero fue en vano.

Y no porque fuera guapo e irresistible, que también, sino porque al venir hacia mí me di cuenta... de que eso era exactamente lo que hacía.

Y la certeza al verlo en sus ojos me asustó.

—Llegas tarde. —Le dije, refiriéndome al momento presente.

—Pero ya estoy aquí. —Me contestó... y no entendí entonces lo que quiso decirme—. Adonde me llevan siempre todos los caminos.

Cerré el puño y le di en el bíceps. Fue inútil. Sonrió, rodeándome con el brazo y dándome un beso en la sien.

—Eres un idiota. Y un pesado.

—Y eso que todavía no me has visto comer. ¿Lista? ¡Vamos allá!

12

Recordaría muchas cosas de aquella noche. Muchísimas.

El picante de las gambas con curry, el tacto del terciopelo con el que estaban forradas las sillas del *buffet*. La pericia del Sueco con los palillos y su sorprendente capacidad para no llenarse nunca a la hora de comer, por más veces que repitiera.

Recordaría dónde había aparcado, cuánto habíamos caminado al salir del restaurante y esa sensación de dulce pesadez que se apodera de uno cuando el cuerpo está listo para iniciar el proceso digestivo.

Recordaría la anticipación. El nerviosismo creciente. El momento exacto en que los dos nos miramos sabiendo que esa noche íbamos a vernos mucho más allá de lo que nos permitía la ropa.

Lo único de lo que me iba a olvidar era de dejar que las cosas fluyeran y siguieran su curso. De no apresurar finales por la tonta creencia de que si era yo quien ponía el punto, el adiós iba a doler menos. No recordaría dejarme llevar, ni permitir que las señales me sorprendieran. Yo, con esa ceguera del que no ve porque no quiere, la misma que me había invalidado para tomar buenas decisiones de cría, había decidido cómo iban a ser las cosas y hasta dónde pensaba permitirme estar implicada.

Y lo había decidido por los dos, porque en mi manía persecutoria

de recuerdos y olvidos tampoco había caído en cuenta de que el Sueco era un hombre adulto con sus propios sentimientos, capaz de hacer sus propias elecciones.

—Puedo coger el metro si te va mal sacar el coche.

—Insisto en llevarte a casa. —Me cogió la mano. Su beso supo a picante y a experiencias largamente postergadas—. Una vez allí...

será lo que tú quieras.

—Qué noble de corazón. —Me sacó la lengua—. Supongo que eso también suele funcionarte siempre. ¿Cuándo lo patentaste? ¿En los dos mil, más o menos?

Tirando apenas de mi mano, el Sueco pagó el aparcamiento y me sonrió, aunque no con tanta gracia como otras veces.

—No estoy... siguiendo ningún patrón, Roma. —Se encogió de hombros—. No sé, has dejado caer un par de veces si... así es como lo hago, si esto es lo que toca y demás y no... estoy seguro de que lo digas del todo para hacer la gracia. —Me miró, un poquito demasiado serio para mi gusto—. ¿De verdad crees que estoy siguiendo un guion contigo?

—¿No es así? Porque oye, me parecería bien. En serio. Todos tenemos nuestras mañas para ligar.

—Puede. Eso lo admito. —Me agarró los dedos otra vez.

Caminamos hacia el coche—. Yo, por ejemplo, sabía que te gustaba la comida japonesa y quería optar por algo seguro, pero eso no significa que todo lo demás esté coreografiado.

Fingí que me daba un disgusto. Me puse la mano en el pecho.

—¿Eso significa que no estoy viviendo la sueco-experiencia real?

—Significa, boba... —Habíamos llegado. Sus brazos me aprisionaron entre su cuerpo y la carrocería del coche—. Que estás conmigo ahora. Somos tú y yo en el momento presente. ¿No es eso mejor?

—Supongo que pronto lo descubriremos.

Acercó la boca entreabierta. Mucho. Hasta el límite... pero su lengua apenas me dio un roce antes de apartarse y exhalar un gemido que impactó contra mi piel. Al hablar, tenía los ojos cerrados, y yo, las defensas hundidas en el fondo del mar.

—Tenemos que salir... o me caducará el ticket.

Puede que no fuera la frase más erótica del mundo... pero nos sirvió de excusa a la perfección.

Cuando el sexo entra en la ecuación, en cualquiera de ellas, normalmente es para bien. De hecho, se me ocurren muy pocas situaciones donde no podamos considerarlo la guinda del pastel. Si las dos personas son adultas y tienen las cosas claras, hayan sido amigos antes, acaben de conocerse o lleven inmersos en una relación un montón de años, no hay motivos para que se priven de acostarse si los dos lo desean.

Y el Sueco y yo lo deseábamos. Saltaba a la vista.

Nos empezamos a besar en su coche, nada más tirar del freno de mano y soltarnos el

cinturón. Con mi piso a unos pocos metros, la perspectiva de salir del calor íntimo y reconfortante del vehículo se nos antojaba un esfuerzo demasiado hercúleo, de modo que las bocas encontraron su camino y las manos, avispadas, hicieron lo propio.

Le rocé el pecho a través de la camisa, y él me tocó bajo la falda y subió a contra piel, rozándome el interior de los muslos y enviando a mi sistema nervioso la orden tácita de iniciar el rendimiento. Se me separaron las rodillas, y cuando sus yemas encontraron el vértice cubierto, mucho más arriba de lo decoroso para una caricia de coche, gemí.

Y eso, con la ropa todavía puesta. Punto para el Sueco. Por lo visto, la leyenda no era mito, después de todo.

—Deberíamos subir... si... si quieres. —Me mordí el labio. Los notaba tan hinchados como si me hubiera caído de frente contra un escalón—. ¿Quieres subir?

—De ninguna manera pienso follarte por primera vez en el coche, Roma, así que...

—Sería increíblemente cutre después de haber esperado ocho años. —Tiré de la puerta. El aire de Madrid confabuló para bajarme un poco las revoluciones. A Dios gracias—. Pondría mañana una crítica muy mala.

—Pues me joderías la media.

—Bueno... —Putas endorfinas, te envalentonan y hacen que empieces a soltar por la boca esas frases de peli porno que, en situaciones normales, jamás se te habría pasado por la cabeza decir a un tío por el que llevabas colgada un tiempo... vamos a decir...

considerable—. Tú me jodes bien a mí, y yo no te jodo a ti.

Su carcajada se escuchó en toda la plaza de Callao. Tiró de mi mano para refugiarme en el calor tibio de su cuerpo. El corazón todavía le iba muy deprisa.

—Ay, Roma... aquí nos vamos a joder los dos. En igualdad de condiciones.

No sabíamos hasta qué punto tenía razón.

Pero allí íbamos, como polillas adolescentes y cachondas, directitas a la combustión espontánea.

12+1

Me gustaría ser capaz de contaros este momento privándolo de todo misticismo o adorno. Ser clara. Concisa. Objetiva.

Pero no puedo.

Es imposible.

El sexo con el Sueco fue todo lo que alguna vez podía haber imaginado... e infinitamente más. Y no, no tenía nada que ver con las expectativas, aunque las cumplió todas. Ni siquiera podía referirlo a que mi yo del pasado hubiera emergido de las profundidades, dispuesta a tomar el control completo de mi cuerpo y hubiera vivido toda la secuencia de momentos, desde la perspectiva de la chica que había entregado su corazón al primer parpadeo.

No. Todo eso hubiera podido explicarse. Justificarse. Y tener un sentido que me habría ayudado a entender mejor lo que hice después; pero la realidad era otra.

Las señales, iban por un camino completamente opuesto... y lo transité, aunque luego, llena de pánico, echara a correr hacia atrás sin ver a dónde iba.

Química.

Jamás me gustó esa palabra en el instituto, pero en ese momento era capaz de paladearla con la misma fruición con la que gozaría de una cucharada de Nocilla sacada del tarro a hurtadillas. A oscuras,

con la puerta a medio abrir, en brazos del Sueco, la cabeza se me cayó hacia atrás y los ojos se me volvieron bizcos... porque en el escaso minuto y medio que yo había tardado en encontrar las llaves, él había dado con la cremallera de mi ropa y había emprendido la conquista.

Para cuando di un manotazo a la puerta, dejándonos por fin en intimidad, sus labios habían encontrado el pico sensible de mi pezón derecho, y tras soplarlo con levedad, se lo introdujo en la boca, haciéndome cosquillas con su barba y con los mechones largos de pelo que cayeron sobre mi piel y que me apresuré a sujetar entre los puños.

Lamió y succionó, y en el proceso, yo sentí que me empapaba de unas ganas que no recordaba haber experimentado jamás.

Dejamos todo un jardín de ropa a nuestro paso, un altar de prendas interiores que no eran aptas para acompañarnos en nuestro camino al dormitorio. En la senda que parecía señalarse con luces brillantes, parpadeándonos delante de la cara con desesperación, como si quisiera darnos la bienvenida tras una espera demasiado larga.

Resultó que encajábamos bien. De hecho, encajamos a la perfección.

El Sueco era de esos amantes a los que les gustaba hablar. Daba indicaciones y, también, captaba al vuelo las indirectas sin que hubiera necesidad de repetirle las cosas dos veces. Así, deslizó aquella barba cosquillosa por mi vientre hasta que su cabeza se encajó entre mis piernas y yo, que llevaba una buena temporada sintiéndome la chica del pañuelo Desigual de imitación, la del uniforme de pizzeria feo, la profesora particular de pega... exploté.

Recordé, en ese ejercicio que estaba practicando de manera obsesiva, la sensación de sentirse completa. Llena. Adorada.

Deseada. El centro justo de las pasiones de otra persona. Recordé que hacía mucho tiempo que no era capaz de ceder al abandono y que incluso las últimas veces que había practicado sexo, había permanecido con una parte de mi cabeza intacta, intocable, atenta al nacimiento de cualquier estímulo más profundo para desecharlo a toda velocidad.

No podía permitirme implicaciones con el Sueco, ese no era el trato al que había llegado conmigo; pero contrariamente a mi buen juicio, o a lo mejor... dejándolo actuar por su cuenta por una vez, me abandoné.

A las sensaciones y los olores. A las caricias. A las risas. A las sonrisas. Al sudor perlado que pasaba de una piel a otra. Cedí por completo. Me entregué por completo. Desconecté todos los sensores y mandé al piloto automático a echarse la siesta. Tomé a manos llenas, memoricé con el tacto y vi... con claridad absoluta, aun teniendo los ojos cerrados.

El Sueco y yo no nos habíamos besado hasta esa noche, pero cuando me cubrió con su cuerpo y mis piernas lo rodearon fue como si toda una vida de coreografía sexual nos avalara. Y no, él no estaba interpretando unos movimientos de baile que ya hubiera aprendido con otras, es que la danza nació por sí sola. La creamos los dos.

Y no fallamos ni en un jodido paso.

Joder... ¿veis? A la mierda los intentos de quitarle misticismo y ser objetiva.

—¿Te sientes bien así? —me preguntó, con la voz sorprendentemente ronca, cuando movió la cadera y quedó empalado dentro de mí—. ¿Estás bien conmigo?

Sonreí un poco, habituándome a su tamaño. A su cercanía. A él.

—¿Te refieres al hecho biológico de que tenga tu polla dentro?

Se mordió el labio.

—Menuda boquita... ¿os permiten hablar así a las profesoras?

—Totalmente. —Mi talón encontró su nalga. Espoleé—. Y también nos dejan hacer otras cosas... ¿te gustaría verlas?

—Luego. —Y se apoyó en uno de sus brazos. El otro, lo usó para sujetarme el pelo y, con ello, hacerme girar la cabeza en un ángulo que le permitió dos cosas: lamerme el cuello y hablarme al oído—.

Primero, te voy a follar hasta que se me olvide cómo pude ser tan imbécil como para no llevar haciéndolo ocho años. Después... a lo mejor... te dejo participar.

De modo que eso fue lo que hizo.

Me montó como si fuera el rey del rodeo, pero no de modo impersonal, frío ni calculado. De hecho, me sorprendió lo mucho que me miraba, cuánto me besaba y lo muy cerca de mí que lo sentía.

En un momento dado, se dio la vuelta y yo me quedé sentada a horcajadas sobre su cuerpo, me moví sin saber exactamente qué le gustaba o lo que estaba esperando... solo... guiada por el instinto.

Y debió ser mi mejor decisión en mucho tiempo, porque los sonidos que le arranqué fueron otra de esas cosas que no olvidaría jamás.

Me sujetó la cadera con las manos, alabando mi cuerpo, mi piel y el movimiento sinuoso de mis piernas que lo aprisionaban. Apretó mis pechos, pellizcándome los pezones hasta que estos se alzaron como las cimas de un par de montañas muy bien estimuladas.

También recorrió mi torso con su enorme mano áspera, y la cerró sobre mi cuello sin hacer más que la presión justa para terminarme de enloquecer.

Lo cabalgué hasta que se me acalambraron las piernas, pero ni así fui capaz de parar. Ni de moverme. Ni de parar de mirarlo. Allí echado en mi cama, barbudo, despeinado, indolente, desnudo,

sudoroso... parecía el complemento perfecto para mis cojines, macetas y cuadros sin colgar. Encajaba. Allí. Conmigo. En todo.

Pero no podía ser, ¿verdad? El sexo une. Apega... pero también te engaña. Nadie ama después de correrse. Ni se habla en serio ni se toman como auténticas promesas ni palabras que se dicen cuando no estamos en condiciones de pensar con la mente fría...

¿Entonces, por qué sentía yo aquella clarividencia? ¿Por qué parecía que la respuesta a todas las cuestiones que había pretendido que ya no quería descubrir, aquí me golpeaban directamente? Contra la piel trémula y agotada, obligándome a aceptar una realidad que no estaba dispuesta a reconocer.

—Espera... para un segundo. Ven. Ven aquí. Cerca.

No pude hacer mucho para evitar que me acurrucara contra su pecho. Ni cuando me envolvió en sus brazos. En un segundo, en el tiempo que tarda en producirse un parpadeo, me vi cobijada por su enorme cuerpo, respirando al compás de un resuello agitado que nos pertenecía un poco a los dos. Le acaricié el vello del pecho con los dedos. Su piel estaba tan cálida que apenas pude contener las ganas de besarla.

—No has llegado. —Sonrió. Los párpados se le habían cerrado—.

¿Es por algo que...?

—A veces tardo un poco, no pasa nada. —Usó su mano para girarme la cara y besarme la sien—. Tenemos toda la noche.

Descansa un momento.

Me prometí que ese sería todo el paréntesis que tendríamos. Un momento. El resto de la noche. Después... después Roma seguiría siendo quien era y él, el Sueco, ciudadano del mundo, centro de todos los corrillos de amigos, continuaría su camino hacia donde fuera que este lo llevara.

Porque así eran las cosas.

Porque así tenían que ser.

14

En el duermevela relajado de los besos a oscuras, las caricias que humedecen a escondidas y las palabras que se susurran como si desvelaras secretos inconfesables, descubrí muchas cosas.

Una cicatriz gruesa que le surcaba casi media espalda, por ejemplo, y que nacía desde la axila izquierda.

—Estaba en Noruega. Era la última noche antes de volver a Estocolmo y aunque habíamos hecho casi de todo, me quedaba un pequeño asuntillo pendiente.

—¿Pelear contra un oso?

Se rio. Lo sentí a mi espalda, aunque estaba tumbada de costado y lo tenía encajado contra mí. Su muslo velludo entre mis piernas.

Su brazo alrededor de mi cadera. Su erección naciente, golpeándome las nalgas.

—Nada tan extremo... —Sus dedos recorrieron mi cuello, apartando el pelo. Temblé—. ¿Tienes frío?

—Estoy bien. Termina la historia.

—Pues no tiene mucho misterio. Había una especie de tradición...

sobre bañarse en agua helada en invierno. Era solo octubre, así que no es como si fueras a atravesar una capa de hielo muy gruesa con la caída, pero...

Giré la cabeza a tal nivel, que me convalidaron poseída por el demonio.

—¿Atravesar? ¿Como cuando... saltas en picado?

—Era la otra parte del reto, sí. —Y se rio de mi cara de pavor—.

Saltabas al agua desde un acantilado, pero no era demasiado alto.

Caí sobre una rama suelta que flotaba en el agua, de ahí la cicatriz.

No fue gran cosa, pero a la velocidad de caída pues... me hizo un buen corte. —Encogió los hombros, luego tiró de mí hasta que conformamos una cucharita perfecta—. Creo que queda mucho más espectacular lo del oso. Es posible que cambie el final cuando lo vuelva a contar.

—Claro... porque hacer una temeridad y estar por matarte no es lo bastante guay.

—Cuanto más peligro, más recompensa, nena. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Y... qué sacaste exactamente como recompensa de ese momento?

Extendió la mano, me acarició el pecho y luego introdujo el dedo índice en mi boca. Mi lengua supo qué hacer.

—En ese momento... un pico de adrenalina impresionante.

Ahora... —Su dedo húmedo viajó al sur... y más allá de entre mis piernas. Se me hundió dentro sin pedir permiso—. Esta deliciosa humedad que me va a venir muy bien para pasarme el amanecer exactamente igual que me he pasado la noche.

—¿Ensayando batallitas para sorprenderme?

Me mordió el lóbulo de la oreja. Lo siguiente que supe fue que su mano había apuntado mi cadera y alzado mi pierna, después...

placer. Penetración. Embates. Delirio.

—Llenándote toda, una y otra vez. Ummm, Roma... Roma, Roma... —Por lo visto él también practicaba su propio método para mantener en la memoria cosas de esa noche—. Adonde me llevan

todos los caminos...

A mí, sus palabras me llevaron a un clímax que casi me partió en dos. Y después, a dormir en sus brazos un par de horas antes de volver a empezar.

Para cuando el sol estaba ya en todo lo alto, brillando con esplendor, el Sueco obtuvo su propia recompensa, y se corrió sujetándome con fuerza, resoplando en mi nuca mientras yo temblaba por la fuerza de sus acometidas... y el increíble renacimiento de unos sentimientos que yo había jurado desterrar.

Mucho después, con el consuelo del café caliente entre las manos y mientras oía el agua de la ducha correr, barajé mis opciones, solo para darme cuenta de que no tenía ninguna. Había corrido un riesgo estúpido e innecesario aceptando aquella cita. Eso estaba claro.

Siendo yo como era, ¿de verdad esperaba tachar su nombre de mi lista imaginaria y volver a trabajar como si nada hubiera pasado?

«Ha sido solo una noche. Un montón de... polvos buenos, pero nada más». Solté la taza. Un par de gotitas oscuras mancharon la encimera. «Aterriza, Roma, que pareces la misma cría de 2012».

Esa, a la que había querido conceder su capricho, sin valorar, primero, que las personas no son objetos que podamos tomar y soltar para nuestro disfrute; y segundo, que yo jamás podría desembarazarme con esa frescura de algo tan intenso.

Porque lo había sido, ¿verdad? No me lo había imaginado. Esta vez, no había música ni miradas intensas que solo tuvieran lugar en mi cabeza. Era real.

«De puta madre, Roma. Eres la única persona en el mundo que se desengancha del objeto de su enganche volviéndose a enganchar a él». Me tapé la cara con la mano. «Eres penosa».

Y sí, seguramente lo era. Y una tonta de campeonato, pero esta vez... esta vez el duelo no duraría más de lo que tardara en cerrarse

la puerta. Porque no pensaba pasar por la parte donde es el otro quien te pone los puntos sobre las íes. Otra vez no.

—Tienes un pequeño problema con el agua caliente... —El Sueco, toalla a la cintura, pelo rubio empapado y barba chorreante, se personó delante de mí—. ¿Puedo?

Señaló mi taza con un gesto y yo asentí. En parte porque estaba revuelta para seguir con el café y... también, porque coño... ¡tenía que adaptarme a esa imagen antes de poder hilar palabras! ¿Qué iba a hacer yo? Ah, sí, cortar. Rómper. Cerrar. Rasgar. Borrar.

Eliminar, antes de salir (peor) mal parada. Vale, enfoco.

—Ya... puede que sea porque he renunciado a ella en virtud de Netflix.

—¿Estás de coña? ¿Vives en Madrid y no tienes agua caliente?

Hace frío.

Lo miré suspicaz.

—Dice el que salta de acantilados en octubre. En Noruega.

—Pero eso era por el sitio y el momento. Según dónde estás, te adaptas a la temperatura. Y fue un... instante puntual. ¿De verdad estás todo el año con agua fría?

—A veces me ducho en el gimnasio. —Y puede, o no, que solo acudiera para eso—. Suelo contratar un servicio en invierno, pero me la ahorro el resto del tiempo. El agua fría es buena para la piel.

—Le señalé con la mano—. Salta a la vista.

—Bueno... —Dejó la taza en la pila y se me arrimó. Tenía la toalla húmeda. Y un bulto mañanero debajo. Después del agua fría. No digo más—. El sexo también ayuda a que te levantes con buena cara. Igualita que la que tienes tú.

—Alguien ha amanecido presuntuoso...

—Y con la espalda arañada. —Me besó el cuello—. ¿No vas a darme los buenos días?

—Pensaba buscar los papeles del seguro... por eso de haberte dejado otra cicatriz.

—Las luciré ambas con orgullo. De hecho, la historia de tus marcas seguro que gusta más entre mi grupo de amigos.

Sus besos empezaron a recorrer partes de mi piel que todavía no se habían recuperado de la atención extrema de la noche anterior.

Su cuerpo, cada vez más cerca, más caliente, me hizo dudar. ¿Qué tendría de malo alargarlo un poco? ¿Acaso no me merecía un poco más de contento después de todo lo que había esperado? ¿No sería lo justo?

«Es una persona. No sabes lo que quiere él. No puedes tomar decisiones por tu cuenta, Roma. Así no, en esto no».

Pero lo malo de las señales, ya lo hemos hablado, es que no son una ciencia exacta. Podemos rezar por ellas todos los días y luego escoger quedarnos sordos a los gritos que nos dan una respuesta que no es la que nos gusta; o, en mi caso a los diecinueve, creer que algo me indicaba el camino cuando frente a mí, no había nada.

Me aferré entonces, y no estaba dispuesta a hacerlo nuevamente.

Poco importaba que el Sueco se encontrara allí mismo, conmigo en sus brazos, porque yo estaba determinada a no volver a cometer la misma equivocación. Si esta vez la señal era real o fruto de mi mente otra vez, no me importaba. Yo ya había decidido la interpretación que iba a darle, y nadie, ni nada, iba a hacerme variar aquel rumbo.

Ni siquiera él, a quien no me había molestado en pedir opinión.

Ni siquiera yo, que estaba a punto de hacer algo de lo que me iba a arrepentir.

—Creo que te lo dije anoche, en algún momento entre los múltiples platos de sushi y todas esas gambas... —Sonrió—. Pero quiero una segunda cita.

—¿Y eso? —Deslicé los dedos por su barba. Todavía la tenía húmeda—. ¿Te han quedado posturas que enseñarme?

—También. —Intentó morderme el dedo. Lo aparté. Mi estómago se revolvió un poco... recordándome que tenía mariposas que asfixiar—. Pero aparte de eso... me parece que hemos encajado bien.

—Biología humana la llaman.

—Puede ser. —El Sueco se cruzó de brazos cuando yo hui de ellos con la excusa de fregar la taza, cosa que no había hecho con semejante prisa en la vida—. Pero me gustaría someterlo a otra prueba. —Me quedé callada, de modo que lo tomó como el pie para seguir hablando—. Ya que hemos recreado ese momento del pasado que no tuvimos... y no salió mal, ¿por qué no una cita en el presente?

—¿Y... con qué fin?

—Pues con el de conocernos ahora.

Las manos me temblaron. Cerré el grifo. Y los oídos a todo razonamiento.

—Me parece que con lo que sé, ya tengo bastante.

Ojo, no esperaba que sonara... ofensivo, pero me parece que así fue.

—¿Eso es que no? —Parecía confuso. Bueno, no me extrañaba.

Me había levantado siendo una persona completamente distinta a la que se había acostado con él.

—Es posible que no estés familiarizado con el término... —Me encogí de hombros—. Es un no. Correcto.

Sonrió apenas, pero sin gracia.

—¿Y puede saberse por qué?

—No sé, Sueco... ¿tiene que haber una razón?

—Todavía hueles a mí, Roma. ¿Se me permite saber por qué de repente parece que no puedes soportar ni mirarme?

—Pues no sé, a lo mejor es que ya he visto todo lo que quería ver.

Y no digo que haya estado mal, ¿eh? No quiero que te vayas pensando que has tenido una mala noche o que tu... ¿cómo era?

¿tu media? Sí, eso. Que tu media va a verse afectada.

—No jodas, Roma. Eso era una broma. Lo sabes.

—Para mí no. De hecho, para mí, lo que suena a broma es que estés ahí plantado, con la toalla y el pelo alborotado, fingiendo que te interesa otra cita cuando los dos sabemos que no es verdad.

—¿Cuándo los dos...? —Se pasó la mano por la cara. Hasta sin enterarse de nada estaba guapo. Maldita sea—. Mira, Roma, no sé qué problema tienes o qué... especie de castigo quieres imponerme, pero me parece que te estás equivocando.

Negué. Y lo corté ahí porque, lo último que necesitaba, era un Sueco adulto con las ideas claras que me gritara de frente y a la cara lo que la desesperada vocecilla de mi interior no paraba de tratar de hacerme entender. Que parara ya. Que dejara de extrapolar traumas antiguos al momento presente. Que eso había quedado atrás. Que madurara y fuera realista, centrándome en el ahora y olvidándome de complejos que ya no debían importar.

Que me arriesgara, si de verdad quería hacerlo.

Que dejara de ser una cobarde.

—Me faltó vivir la experiencia con diecinueve años, ya te lo dije.

Tirarme al Sueco, tacharlo de mi lista y luego comentarlo con mis amigas entre cañas, intercambiando chascarrillos y contándonos las unas a las otras dónde tienes los lunares.
—Me encogí de hombros

—. Esto último me lo voy a saltar, porque lo de ser «una más del club» tampoco es que me llenara de alegría; pero al menos, ahora sé lo que me perdía.

«Y no fue para tanto. Venga, dilo. ¿Qué importa una ofensa más?

¿Qué importa una frase hiriente extra cuando toda la mierda que le estás soltando ya lo ha hecho sentir lo suficientemente miserable?», dije para mí.

Por suerte, no pude dar esa estocada. Al parecer, había líneas en las mentiras que ni llevando la estupidez como bandera se podían cruzar’.

—¿Eso ha sido esto para ti? ¿Eso he sido yo? —Se acercó, y aunque estaba desnudo, ni de lejos parecía vulnerable—. ¿Soy la polla que te faltó probarte cuando eras una adolescente?

Le sostuve la mirada. Fue lo más difícil que había hecho hasta la fecha.

—Más o menos, sí. —Cogí aire. Me parecía que él, no respiraba

—. Así que puedes estar tranquilo, Sueco. No habrá llamadas ni ochocientos mensajes. No te acosaré ni mendigaré por tu tiempo.

Sé que no eres de esos.

—Que no soy de esos...

Se mordió el labio. Después, agachó su alta envergadura y recogió algunas prendas de ropa que habíamos dejado diseminadas la noche anterior. El que había sido nuestro altar a los sueños, al placer, era ahora un batiburrillo grotesco de ropa tirada de cualquier manera. Se subió los pantalones. Se calzó las deportivas. Con la camiseta todavía en la mano, me miró de arriba abajo y me pareció que lo hacía casi con el mismo desdén que aquella noche en el pub.

Bueno, Roma, felicidades. Recoges lo que siembras.

—No sé qué mierda de problema tienes, porque está claro que hay uno. —Sacó la cabeza y metió las mangas—. Me parecía que todo lo de... recrear aquella cita fallida no era más que un juego, una forma de... conectar ahora, pero veo que no. Una parte de ti se ha quedado atascada en el pasado, y puede que yo fuera un imbécil entonces, Roma, pero tú lo estás siendo ahora y eso me parece

mucho peor.

—Vale. Pues te agradezco mucho esa opinión sobre mi persona que no te he pedido. — Señalé a la puerta—. Puedes irte cuando quieras.

—¿En serio? ¿Yo tengo que aguantar todos los prejuicios que tienes en mi contra y tú no puedes oír un poquito de verdad?

—Esta es mi casa. Y no, no estás aguantando prejuicios. Yo sé cómo eres. Solamente estoy poniendo las cartas boca arriba antes de que haya malos entendidos.

—¿Cómo cuáles? —Intentó acercarse. Yo me aparté. Igualito que si me quemara—. ¿Que te bese y no puedas soportarlo? ¿Que te toque y quieras que siga haciéndolo?

—Si tu encanto sexual es todo lo que tienes... ya lo he probado, gracias.

Supe que esa vez, le había hecho año. Del de verdad.

—Lo que tú crees saber de mí, Roma, no es más que la fachada que un chaval de veinte años se construyó para sobrevivir en un país que no era el suyo, en medio de personas a las que no le importaba, mientras su familia se hacía pedazos al otro lado del mundo. —Tiró de su jersey, que había caído debajo del sofá—. ¿No te hice caso aquella noche? Error mío, ¿pero sabes qué? Me alegro mucho de no haber reparado en ti entonces. Me alegro de no haberte comido la oreja y luego metido mano en mi coche para a continuación follarte a cuatro patas, apoyada en el maletero. Eso es lo que hacía entonces, y ahí se habría quedado todo. Habría pasado a la siguiente sin que eso significara nada y... aunque siento que lo interpretarás como un rechazo yo, insisto, me alegro. —Tiró de la manecilla de la puerta. Cuando la abrió, un desagradable aire helado penetró en casa y me congeló—. De habernos liado esa noche, no podría haberte conocido ahora. Y me gusta la Roma de

ahora. Es una pena que tú ni siquiera quieras conocerme, y que al mirarme, sigas viendo el pasado.

15

Dos semanas después, seguía en estado de shock.

O en negación de mí misma, como se empeñaba en decir Aína.

Iba a la academia a dar clase, cumplía mis turnos en la pizzería y hasta nos habíamos hecho

un cine en casa con nachos, guacamole y demás parafernalia. Externamente, estaba bien, era la misma. Me sentía en paz. Pero por dentro...

Por dentro las siete plagas de Egipto me estaban devorando las entrañas, y no entendía por qué.

Las cosas habían salido bien, ¿no?

Había dado el do de pecho. ¡Qué coño! Había entonado toda la jodida escala musical para arriba, y luego, para abajo.

Yo, Roma, la pringada, la de la escenita con el copazo verde, había tenido mi canita al aire con el tío de vuelta de todo y había sido la que le había soltado las frescas. Si te he visto no me acuerdo, y si no me acuerdo... ¿eh, Thalía?

El problema, claro, es que aquello sí había pasado. Había pasado infinidad de veces en mi cabeza, donde no había parado de repasarlo día y noche durante las dos semanas transcurridas. Su cara. Su expresión. Su tono cansado y decepcionado.

—No creo que fueras justa. Y ojo, no te estoy diciendo que las cosas fueran a terminar en noviazgo y boda; pero si todo había ido

bien, ¿por qué reaccionaste así?

Miré a Aína por encima del hombro, mientras terminaba de doblar unas camisetas que llevaban en el tendedero desde ni se sabía.

—¿Y tú me dices eso? ¿Tú? ¿La defensora principal del «ese tío no es para ti»? Deberías estar haciéndome una fiesta.

—¿Para celebrar qué? ¿Qué ahora en vez de enamoradiza eres hipócrita y cruel de forma gratuita? —La miré flipando. En serio.

Estaba alucinando. Ella resopló—. Roma, eres mi mejor amiga y te quiero. Quererte me hace tener que ser sincera. Y no lo has hecho bien.

—Entonces, según tú, tenía que haberme dejado arrastrar por la vorágine del Sueco. Otra vez. ¿Verdad? Y tener otra cita aparentemente perfecta. Y más sexo deliciosamente satisfactorio y después, hacerme ilusiones y vivir en el mundo de la puta piruleta hasta que él volviera a decidir. ¿Es eso? ¿Eso es con lo que tenía que conformarme?

—¡No, Roma, claro que no! —Me arrancó una sudadera de *Juego de Tronos* que no paraba de estrujar—. Lo único que tenías que hacer era darte la oportunidad de conocerlo. De verdad. Al Sueco de ahora.

—¿Y eso de qué me iba a servir? ¿Para qué voy a querer conocer a una persona que no se va a quedar conmigo? Porque él, Aína, nunca se queda. Ya lo hemos hablado muchas veces.

Ni conmigo. Ni en Madrid. Ni en el jodido país.

Se había ido cuando yo apenas había sido capaz de superar que, tras aquel tonto cibernético que me dio muchas más alas de las recomendables, todo había quedado en nada. Se iría ahora, después de saber lo que se sentía al dormir en sus brazos.

No podía aferrarme a eso. No podía atesorar más recuerdos íntimos, porque entonces, tendría mucho más material para

regodearme en la pena.

—¿Cómo sabes que se marcha? ¿Te lo ha dicho él? Joder, Roma, es un hombre adulto, decida hacer su vida aquí o allá, no me parece de recibo que lo hayas echado de tu casa como si fuera agua sucia.

Más bien... un consolador de carne. Gracias por su pene, gracias.

Igualito que la odiosa máquina de tabaco de *Capriccio's*.

—Estoy actuando como una mujer madura y moderna. Sexo sin compromiso y luego... cada uno por su camino.

Aína negó.

—No, Roma. Estás actuando como una chica asustada. —Tiró de mí y me abrazó. Y siguió haciéndolo, aunque yo intentara soltarme

—. Si de verdad fuera eso, lo habrías despedido con un pico en los labios y algún chascarrillo. Él te habría dicho que ya os veríais, y se hubiera cumplido eso o no, ni el Sueco habría soltado un discurso ofendido, al que por cierto no le faltaba razón, ni tú estarías pasándolo mal.

—No estoy pasándolo mal. —Dios, ¿es que no podía entenderlo?

—. Estoy esforzándome por todo lo contrario. Lo que he hecho, lo que hago... es intentar evitar sufrir.

—Vale, pues lo respeto. —Cogió su bolso—. No sé qué pasará mañana, Roma. Pero hoy... él sigue aquí.

—Y sigue siendo el tío que no es para mí.

Aína abrió la puerta. Me miró con lástima, y aunque no presionó, supe que elegía irse porque quedarse conmigo equivaldría a intentar hacerme ver más allá de mi punto de vista, antes de yo estuviera preparada.

—No lo sé, no lo conozco. Y tú tampoco. —Se encogió de hombros—. Mi consejo siempre suele ser que... «más vale malo conocido...», pero me parece que estás sufriendo en esta... elección

absurda. No puedes esconderte de todo por si acaso sale mal, Roma. A veces uno se arriesga; y dure una semana o cuatro años, siempre son mejores las lágrimas que se derraman cuando no te has quedado con ninguna pregunta.

—Venga, Aína... es del Sueco de quien hablamos. ¿De verdad crees que hay algo que plantearse? ¿Qué él se lo plantea?

¿Conmigo?

Esas cosas no pasaban. A mí no, desde luego.

—Ya te he dicho que no lo conozco, Roma. Pero al menos, soy capaz de admitir eso. Abre los ojos, por favor. Antes de que sea tarde. Nadie merece ser juzgado dos veces por crímenes que ya han prescrito.

Las palabras de Aína me persiguieron mucho después de que ella se hubiera ido: cuando terminé de repasar las tablas con Leroy al día siguiente; escuchando novedades para el horario de Semana Santa que mi jefa tuvo que explicarme dos veces para que fuera capaz de captarlo y anotarlo de forma adecuada, mientras subía las sillas para pasar la fregona por la clase, y durante todo el camino a casa.

Terminé el último episodio de *Sugar Rush* sin tener muy claro qué equipo de reposteros había ganado la ronda final de tartas, sin que me quedara claro qué ingredientes habían usado y, en determinado momento, hasta viendo sin tener ni idea de qué veía en realidad.

La fiebre del Sueco me había calado. La tenía en todo lo alto, en cada poro de la piel, por más a conciencia que me hubiera frotado con un jabón de cítricos; en las fibras de la ropa de cama, a pesar de haberla cambiado, y en cada rincón de mi maravilloso piso de renta antigua heredado de mi abuela, aunque él no hubiera pasado más que unas horas allí conmigo.

La certeza de haber pasado página y cerrado el círculo que tan en

paz me había mantenido empezó a desdibujarse, y en su lugar me quedó un regusto amargo que, aún hoy, no sé cómo definir.

¿Tendría Aína razón? ¿En mi celo por protegerme de que me volvieran a romper el corazón, me había acorazado hasta el punto de prohibirme sentir? ¿Había echado a perder la que podía ser una gran oportunidad por no atreverme ni siquiera a participar? ¿En eso me había convertido con la adultez, en una amargada? ¿En una cobarde? ¿Valía la pena?

—Ya no importa. Ahora ya... lo hecho, hecho está. Y ya no puede deshacerse.

El sábado a mediodía me puse mi uniforme y salí en dirección a *Capriccio's* sintiendo que el pañuelo al cuello me impedía tragar saliva, respirar y hasta pensar. Serví las mesas como una autómatas, incluso cubrí a Andrea cuando se escaqueó en medio del turno para fumarse un cigarrillo, y oí los pormenores de su fin de semana pasado, cuando, en vez de enferma en casa tal como nos había contado que iba a estar, se había ido en plan mochilero a Asturias con no sé qué tío.

—Cuando lo sabes, lo sabes. —Me dijo al apagar la colilla y lanzarla al cenicero, así, como si todas las verdades de la vida se ocultaran en aquellas cinco míseras palabras.

—¿Y tú lo sabes porque él tenía una furgoneta con un colchón sin manchas de semen en la parte trasera?

—Bueno... ahora las tiene. —Me guiñó un ojo. Yo borré de mi mente toda intención de volver a comer alguna vez—. Pero no me refiero solo a eso, Roma. Había... *feeling*. Conexión. Química. Y eso se tiene o no se tiene, pero cuando se tiene... no se puede dejar escapar.

Química. La palabrita de marras. El santo grial de los cojones de los romances. Para ella era fácil, claro. Andrea era capaz de

sentirse «conectada», mínimo, dos veces al mes. Y tan pronto el cable dejaba de tirarle, buscaba otra toma de corriente sin hacerle al enchufe previo más duelo del necesario. Y yo que la envidiaba, oye, porque allí donde me encontraba, realizando tareas mecánicas sin echarle cuenta a lo que estaba haciendo, calculando cambios al tuntún y cortando pizzas redondas en triángulos para meterlas en cajas cuadradas, sentía que mi propia vida, la existencia misma, me ahogaba.

Y no podía ser todo por un hombre, aunque ese hombre me hubiera perseguido en sueños desde los diecinueve.

Había algo más, algo latente que se me estaba empezando a manifestar en forma de molesto picor en los brazos, sudor en la nuca y unas irrefrenables ganas de llorar.

—Anda, cómete unos colines de queso. Parece que los necesitas.

Ramiro me pasó un cestito cuando me refugié en la cocina. En mi microrrato de descanso, aproveché para mirar el móvil y...

obviamente, busqué al Sueco. Como no pensaba escribirle, tuve que conformarme con volver a ver las actualizaciones antiguas de sus redes sociales, porque no había añadido nada más con lo que poderme torturar.

—Vaya... menudo vikingo más guapo, ¿quién es?

Bloqueé el teléfono antes de encogerme de hombros. Los colines estaban de muerte, pero ni el dulce sabor de la comida rica en hidratos de carbono iba a servirme de ayuda.

—Una enorme metedura de pata.

Y no lo dije tanto por él... como por lo que había dicho yo.

Para cuando llegó la hora del cierre ya había asumido mi error; mi absoluta incapacidad para ser empática y escuchar lo que la otra persona tenía que decir. El miedo, visceral, absoluto, tonto... me había dejado privada de cualquier sentido, incluido, el de sentir.

Tal como había dicho, lo hecho no se podía deshacer; y los grandes gestos épicos, de amor y segundas oportunidades, no le ocurrían a la gente corriente como yo. A las profesoras con ínfulas que eran camareras de pizzería la mitad del tiempo, no cabía esperar que les ocurrieran cosas extraordinarias parecidas a esas que nos hacen suspirar en las novelas románticas, ¿verdad?

Claro que, ¿no es esto justamente eso?

16

Richard Gere recorrió las calles en una limusina blanca, con un ramo de flores enarbolado cual espada vengadora. Subió por una escalera de incendios y llegó a los brazos de Julia Roberts.

Lo de Darcy y Elizabet nos lo sabemos todos. Incluso Peter Kavinsky tuvo su momentazo en el campo de *lacrosse* con Lara Jean; y Mr. Big fue capaz de ir hasta París para buscar a Carrie y devolverla así a Nueva York.

Johnny Castle volvió tras ser despedido injustamente para darle a Baby su último gran baile juntos; John Travolta se convirtió en un chico de bien en *Grease*, al mismo tiempo que el personaje de Olivia Newton-John relajaba un poco su estricto comportamiento por él, en la que quizá fue una de las primeras grandes muestras de conciliación vistas en la gran pantalla.

Los ejemplos son infinitos. A cada cual más ñoño, pastoso, bonito y digno de una envidia de esas que te pone más verde que Hulk.

Desde tiempos inmemoriales, las grandes historias de amor se han caracterizado porque, tras una gran cagada, una de las dos partes, e incluso en algunas ocasiones, las dos, protagonizan un último gran acto de fe. Una especie de... lanzamiento masivo desde un acantilado para caer al agua helada, sin que importen las

consecuencias.

Perdón por la metáfora... ya sabéis de donde viene.

¿Qué tenía yo en común con cualquiera de las féminas anteriormente mencionadas?

—¡Roma, te toca sacar la basura! Y ve por detrás, aunque no queden clientes, normas de sanidad.

Pues eso mismo. Por si quedaban dudas, ahí estaba mi jefe para recordarme exactamente

cuál era mi sitio y qué podía esperar: nada. *Nothing. Ingenting.*

A ver si adivináis qué idioma es ese último *palabro*.

¿Cómo había pasado una chica como yo, segura de haber sido la que sostenía la sartén buena para las tortillas por el mango, a un completo despojo? Pues es una pregunta cojonuda cuya respuesta, de verdad, me encantaría poseer.

La verdad era que no lo sabía. Y mientras sostenía abierta la puerta trasera de *Capriccio's* con el culo y tiraba de dos enormes sacos

negros

de

basura

donde

bien

podrían

estar

descomponiéndose un par de cuerpos, me pregunté si era razonable intentar ver siquiera el lado positivo.

En una historia kármica y cruel, de esas que me sentía más inclinada a protagonizar que las que os he mentado al principio de este capítulo, ahora llovería. A cántaros. Me empaparía de la cabeza a los pies, y los zapatos se me hundirían en charcos de lodo. Además, una de las bolsas cedería al peso y se rompería, con lo que, al seguir arrastrándolas hacia los enormes contenedores que, por supuesto, no lograría abrir, iría dejando a mi paso un rastro de basura pestilente a juego con mi persona.

Luego, tras mucho esfuerzo, acabaría a solas en un callejón oscuro, frotándome de las manos el nauseabundo hedor que se me habría impregnado en la piel, y desde luego, llegados a este punto,

tendría lugar lo macabro. La sombra que se cerniría sobre mí en forma de atracador, asesino o violador que, o bien terminaría con mi vida de modo fulminante, o me dejaría mal parada y con ganas de morirme por la tremenda serie de desgracias vividas en un momento.

Pero, vamos... que estoy bien. Mañana será otro día y esas mierdas.

No llovió. Y los sacos tampoco se rompieron; pero nadie me libró de tener que tirar de ellos entre gruñidos. Los contenedores estaban en un lateral de la pizzería, no pegados al edificio, por supuesto, pero sí mucho más asequibles desde la puerta delantera. Cuando llegué frente a ellos, estaba tan transpirada que tuve que secarme la frente con el pañuelo de lunares... el cual estuve muy tentada a arrojar al fondo de la basura con el resto de desperdicios. No lo hice, claro. Bastante tenía ya como para sufrir encima una rebaja de sueldo por no haber cuidado el uniforme.

Levanté la bolsa como pude y la arrojé dentro. Antes de hacer lo mismo con la otra, me concedí unos segundos. Al mirarme las manos, detecté una uña rota. Y que me había vuelto a manchar la camisa.

—Pues claro que sí, Roma. ¿Por qué no? —Puse los ojos en blanco, frustrada con la nada.

Con todo—. ¿Qué más queda? En serio, me gustaría saber...

—¿Roma?

Di tal respingo, pero uno de verdad tan grande, que acabé estampada contra el contenedor. Que por si os lo estáis preguntando no era plástico, sino de metal. ¿Consecuencia? Noté la sangre brotar de mi codo al segundo, pero eso no fue nada en comparación con el susto porque, tal como había vaticinado, en mi recreación del escenario más funesto jamás creado por una

camarera de pizzería, una sombra alta y oscura se cernía sobre mí.

Genial. Era genial. Iba a morir rodeada de trozos de *pepperoni* y lonchas de queso cheddar resecas. Que alguien lo anote para mi epitafio, por favor. No tiene puto desperdicio.

—¡Mierda!, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

Fruncí el ceño.

—Pero ¿qué pregunta es esa? ¿Qué clase de asesino eres?

Creo que el golpe también fue un poco en la cabeza. Y cuando la sombra se acercó más y la luz incidió en ella de frente... estuve segura.

—Pues teniendo en cuenta que te estás poniendo bizca y pareces a punto de desmayarte, diría que uno bastante bueno. —Me tocó la cara, despacio—. Estás sudando frío, ¿te he asustado?

—Jodido Sueco... —Juro por Dios que no me salió nada más—.

¿Qué... narices...? ¿Qué haces...? ¿Por qué...?

—¿Qué voy a hacer, Roma? Venir a buscarte.

Aprende, Netflix. Toma nota, Hollywood. Trasera de una pizzería cualquiera, junto a los contenedores, con el saco de basura todavía por tirar, llevando un uniforme apestoso y sudado, sangrando y...

con una posible conmoción cerebral.

¡Esa es la vida real! Sin flores, limusinas, campos de *lacrosse*, bailes de coreografía imposible ni modelitos divinos. ¡Esa, y no otra!

Y... espera, ¿me está pasando? ¿A mí?

—¿Buscarme? ¿Para llevarme a un hospital?

—Igual sería lo más recomendable... anda, ven. Siéntate un segundo.

Me acompañó hasta el bordillo de la acera, lo que teníamos más a mano. Después de unos segundos de desconcierto que él aprovechó para pasarme un pañuelo con el que frenar la sangre que me corría brazo abajo —a tomar por saco la camisa del uniforme,

hala—, guardó silencio. Mirándome.

—Sueco yo... creo que te debo una...

—¿Disculpa por haberme tratado como a tu pene pendiente y sin sentimientos? —Pero sonrió—. No he venido buscando eso, Roma.

Pues menos mal, porque no tenía ni idea de por dónde narices empezar; lo había dicho un poco de farol... y me alegraba mucho que no hubiera recogido el guante. Por cierto... qué bien olía. Y

creedme, el aroma agradable tenía que venir de él, porque lo que era yo...

Ay, Señor.

—¿Qué haces aquí entonces?

—El otro día, cuando me fui de tu casa... —Se apartó el pelo de la cara. Deseé hacerlo yo... pero tenía las manos sucias. A muchos niveles—. No he pensado en otra cosa desde entonces, Roma, y, la verdad, es que no estoy muy seguro de qué tengo para darte, pero aun así... creo que estoy en mi derecho de intentarlo.

Fruncí el ceño. Me dolía horrores la cabeza y no estaba segura de estar captando todos los matices de lo que fuera que intentaba decir.

—¿Intentar qué? ¿Ofrecerte? Porque ahora mismo no es un buen momento.

—Qué tonta... —Me sujetó la cara con las manos. Creo que hasta limpió algo con la yema de su dedo, pero preferí no pensarlo—. Si yo no te importara más de lo que intentaste pretender, Roma, no habrías sido tan visceral en nuestra despedida. Y si tú no me importaras a mí... no llevaría dos semanas prácticamente obsesionado, hasta tener que recurrir a tu amiga Aína porque no podía seguir quedándome con la duda.

—¿De si...?

—De si tú... todavía pensabas en mí. Porque yo sí lo hago en ti.

Todo el tiempo.

Aína, donde quiera que estés... tenías razón. Y esto convalida todas las veces que no la tengas o yo no te la dé.

—Sueco, yo no pretendía... decir lo que dije. O sea, sí... pero no.

—Fue su turno de enarcar una ceja—. No supe cómo expresarlo.

Pensé que quería... tacharlo de la lista, quitármelo de encima, darle a la Roma de 2012 el premio de consolación porque entonces podría superar el haberme sentido rechazada en ese momento.

—Siento mucho eso, de verdad. —Negó. Un par de mechones rubios volvieron a cubrirle la cara.

—No, no lo hagas. Porque tenías razón con lo que dijiste. Todos...

teníais razón menos yo. —Menuda novedad...—. Creí que dándome lo que quería en el pasado encontraría paz en el presente y eso es una estupidez. Nadie guarda rencor o pena por algo tanto tiempo y luego puede dejarlo ir en una sola noche. Tú no, yo no... no soy esa clase de chica, Sueco.

—Me gusta la chica que eres. Bueno... la mayoría del tiempo. —

Logró hacerme sonreír—. No podía entender por qué te obcecabas en no ver... que tal vez a ti también podía gustarte la clase de chico que soy. Ahora.

—Me gustaba. Me gusta. —Me toqué la frente. Era todo muy confuso. Me preocupaba, de

verdad de la buena, estar hablando sola con un montón de basura, flipando y que nada de aquello fuera real—. Siempre me has gustado, hasta cuando era invisible para ti.

—Era un crío idiota.

Sonreí. Bueno... en eso estaba de acuerdo, pero no podía juzgar.

—Yo he sido una adulta idiota. —Encogí los hombros—. Creo que eso es peor.

—Dejaré que ganes esta vez. —Un rato de silencio. Revisó mi codo, por lo visto, solo era algo superficial. Me quedaría una

preciosa costra, y luego, el recuerdo de mi súbita torpeza—. Roma, no puedo prometerte nada duradero.

—Lo sé... eres el Sueco, ¿no? —Ay, coño, ¿otra vez?—. Es decir... me refiero a que... el apodo viene de... viene porque...

—No tengo intención de volver a Estocolmo, salvo que tenga que hacerlo. —Su mirada fue elocuente—. Siempre es una posibilidad, como lo es que me quede para siempre. Al final, en cómputo, he pasado más años de mi vida en España que allí. Lo siento más mi hogar; pero aun así...

—Nadie tiene el «para siempre» asegurado, ya lo sé.

Y en nuestro caso, ¡venga!, ¿qué posibilidades reales teníamos?

Ni siquiera habíamos salido dos veces y ya estábamos con esas historias, dándonos explicaciones, resolviendo malos entendidos...

con un montón de mierda alrededor. Esto último, literalmente.

¿De verdad valía la pena siquiera plantárselo por algo que podía ser solo química, que era muy posible que ni siquiera fuera a durar y que no llegara a ningún sitio y terminara dejando menos de lo que daba?

La respuesta era muy fácil.

—¿Sigues queriendo una segunda cita, Sueco?

Entonces, él sonrió, y al mirarme, os lo prometo, eclipsamos todos los grandes momentos románticos de la historia. Habidos y por haber.

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca, Roma.

Se me acercó. Y me pareció que sí, que esta vez... bizqueé. Eso sí, antes de caer desmayada o en sus brazos, lo que pasara primero, dije una última frase más. Y lo hice yo porque... ¡qué coño!

Para eso esta es mi historia, ¿no?

—Al final va a ser verdad... —le susurré, aspirando fuerte el olor de su cuello, decidida a emborracharme de él todo el tiempo que

puñera—. Al final todos los caminos...

No me hizo falta terminar.

El Sueco llegó a su destino. Y lo hizo para quedarse.

Después del final

Y... hemos vuelto adonde empezamos.

Yo, con un vestidazo, zapatos preciosos, a punto de recorrer un pasillo que, ciertamente, tenía una luz natural increíble, tal como nos habían dicho los de la inmobiliaria. Techos altos, buena comunicación con el metro y unos ventanales en el salón desde los que podías ver todo El Retiro.

La cocina tenía barra americana, aunque había que cambiar los electrodomésticos, que parecían robados de la casa de Merche y Antonio Alcántara. El sofá cama no me gustaba. Tenía pinta de ser de los incómodos... pero la distribución de los dormitorios... uno secundario, con el espacio suficiente para poner mi mesa de estudio, y el principal, con armario empotrado. ¡Empotrado!

Y ojo, no es que yo tenga mucha ropa que guardar... es que no os hacéis una idea de las mierdas que puede acumular un trotamundos como ese con el que yo me iba a mudar.

—Roma, ¿pasa algo?

El Sueco me miró desde el otro lado del pasillo, y al ver que no me aproximaba, se rascó la barba y me hizo un gestito evidente.

Negué. Él miró con cara de circunstancias al señor que nos estaba enseñando el piso y, tras decirle no sé qué, vino hacia mí. Se inclinó para besarme la frente y luego, con un encogimiento de hombros,

me preguntó:

—¿Pasa algo? Es exacto a las fotos.

—Es mejor que las fotos. —Y bajé mucho la voz—. Creo que está por encima del precio que nos han dado.

—Bueno... hay que hacerle algunos retoques. El color de las paredes es un poco de habitación de hospital, y los electrodomésticos...

Me puse de puntillas para taparle la boca. Me miró sin entender.

—Es mejor de lo que nos habían dicho. —Repetí, por si no había quedado claro—. Y he investigado. No ha muerto nadie aquí, ni lo han expropiado a ninguna familia.

—Me quedo más tranquilo... sigo sin entender por qué has venido en tacones y una falda de frufús... aunque no me quejo.

Jugó a meter la mano entre los volantes... pero yo me aparté con una risita. Ya habría tiempo de estrenar la casa. Primero, teníamos que cerrar el trato.

—Intento impresionar al piso. —Expliqué, haciendo que su hoyuelo, aún con la barba, saliera a relucir—. No quería darle una mala impresión. Quiero que sepa que nos lo merecemos. Que somos aptos.

—Roma, es un piso, no el martillo de Thor.

—Tú no lo entiendes...

Aquel sitio era... *EL SITIO*. Una casa así, un piso así... no surge de la noche a la mañana. La zona, el edificio, la distribución, incluso la decoración con que contaba. Todo eso, todo aquello era una enorme señal luminosa, con neones y signos de exclamación. Uno de esos

golpes de suerte que pasan, como mucho, una vez en la vida.

Yo había tenido el mío, porque ese marzo, el Sueco y yo cumplíamos dos años de relación estable. ¡Dos putos años! Con

perdón, pero es que nadie daba un duro por nosotros. Yo la primera.

Y ojo, que he dicho «estable», pero no todo había sido un camino perfectamente nivelado de suelo de madera pulida en su diseño original, que ahora podía transitar con tacones.

Había habido momentos malos, como, por ejemplo, que tuviera que volverse a Suecia de la noche a la mañana a los seis meses de haber empezado a salir, por no sé qué problema burocrático... de cuyos datos, no quiero acordarme.

Llegué a pensar que no volvería. O que yo no soportaría la espera. Que intentarlo, incluso, carecía de sentido porque, ¿en serio? ¿No había demostrado al universo paciencia suficiente?

Discutíamos, porque, aunque el pasado se había quedado atrás, donde pertenecía, había muchas cosas que equilibrar a la hora de ser pareja, mucho que acomodar.

El trabajo de ambos, la vida social que hacíamos por separado y la pequeña parcela que nos iba a tocar integrar. Todo fue una lucha a brazo partido, una conciliación mayúscula que nos puso a prueba muchas veces, y de muchas formas.

Llegamos a pelearnos fuerte y tener un amago de ruptura. O...

trece, pero al final, la química, la conexión, la atracción gravitatoria o la simple cabezonería nos llevaba a volver al punto donde lo habíamos dejado; respirar hondo y valorar si seguir intentándolo nos hacía la mitad de felices de lo que éramos cuando estábamos juntos.

La respuesta, hasta la fecha, siempre había sido sí.

Estábamos preparados para dar el siguiente paso. Aunque a mí, las dudas me comían.

—¿No crees que es demasiado bueno para nosotros?

—¿Este piso? —Asentí. El Sueco rebufó—. ¿Estás de coña?

Tendrá suerte si decidimos vivir en él. Estamos muy por encima del nivel de inquilinos al que acostumbra, eso seguro.

—¿Me estás vacilando?

—Con todas mis ganas. —Sus manazas me cogieron la cara y me plantó un beso que casi, casi... me hizo levantar el tacón—. El señor de la inmobiliaria seguro que tiene un sitio al que volver, nena. ¿Qué me dices?

Miré alrededor. Joder... es que era perfecto.

—Habría que preguntar a Aína si el trasbordo la pilla bien para llegar. —Asintió. Por supuesto, sabía lo importante que era eso para mí—. Y tendré que someterlo a la prueba de fuego trayendo a Cax Teller. —Porque esa era otra, ¡encima, permitían mascotas!—. Él podría tener algo que decir al respecto.

—Se ha encariñado bastante con esa bolsa de lona que me traje de Estocolmo el verano pasado y cuyo contenido no he encontrado momento de vaciar... creo que podremos convencerlo.

—¿Eso significa que vas a trasladar todo eso aquí para seguir sin ordenarlo? Mira, Sueco...

—Roma, decide. ¿Es este piso?

Por fin, crucé el pasillo. Y lo hice recreándome. Extendí los brazos e imaginé con viveza los muebles que pondríamos, cómo distribuiríamos nuestras cosas y las haríamos coexistir. Las compras que habría que hacer, y las más que posibles broncas que eso iba a conllevar... las tardes de sofá y manta, las cenas con amigos, el asomarnos al balconcito con él rodeándome la cintura mientras fuera, abajo y a los lados, Madrid se preparaba para pasar la noche.

Vi pasión y muchas risas. Días largos de verano y noches tibias de primavera. Vi una vida entera abriéndose paso... no exenta de problemas, zozobras ni esperas. Y eso, al mirarlo con los ojos de quién por fin ha decidido ver todas las señales, me pareció una perspectiva perfecta.

—Es el piso.

El Sueco, que cerró el puño en señal de triunfo, estrechó luego la mano de nuestro distinguido representante de la inmobiliaria, que apresuradamente le tomó los datos y prometió llamar lo antes posible para agilizar todos los trámites.

Después, con la euforia que te da haber encontrado algo que es mucho más de lo que buscabas, me cogió del talle y, rompiendo en carcajadas, me hizo girar sobre mí misma, como la muñequita delicada de una caja de música antigua.

—No he podido resistirme. —Me dijo después en un susurro—.

Era un pecado que llevaras este vestido y no hiciera ni siquiera el paripé.

—Será que contigo no he montado escenitas suficientes para toda una vida...

—Bueno... en tu defensa —me apartó la melena a los lados, mirándome como siempre a los ojos—, tardé unos ocho años en llegar.

—Eso es cierto. —Y me alcé de puntillas para poder rodearle el cuello con mis brazos y aferrarme, dispuesta a no soltarme jamás—.

Pero ahora estás aquí.

—Y no pienso moverme de ti. —Suave, despacio, como la primera vez, y la segunda... su mano acarició la piel de mi mejilla y su sonrisa socarrona lo llenó todo de una dulce y sensual anticipación—. Roma, adonde llevan todos los caminos.

FIN

Agradecimientos

¡La niña bonita!

Mi novela número quince... estoy segura de que ya he dicho antes que desconozco cómo ha pasado esto; pero no dejo de sorprenderme, y de sobrecogerme, cada vez que llega el momento de valorar y agradecer; porque lo que me embarga, lo que siento...

es demasiado grande como para poder resumirlo en unas pocas líneas.

¡Así que haré lo que pueda!

Roma y el Sueco llegaron sin esperarlos. En una tarde tonta y caliente; como esa canción de

Estopa. Y me camelaron. Vaya que sí.

Lola Gude me abrió las puertas y me invitó a embarcarme en un proyecto que rápidamente me entusiasmó y devoró todas mis horas libres. De pronto, *Todos los caminos* era lo único en lo que podía pensar... y logré materializarlo para formar parte de esta maravillosa familia que es Selecta.

Las facilidades, el compromiso, la cercanía, la amabilidad, el buen hacer, el trabajo colaborativo, lo muchísimo que me han tenido en cuenta y cuánto me han valorado, como autora y persona, es algo que ha supuesto una diferencia. Muchas gracias, Lola, por todo. Es increíble cómo en tan poco tiempo, todo ha encajado en su lugar para que nos volvámos a encontrar.

Ser parte del grupo Penguin Random House es algo, supongo, a lo que toda persona que fantasea con escribir aspira. Ver mi foto y biografía, mis títulos en esa página, que está plagada de autores a los que sigo y admiro, me ha provocado un pellizco de emoción con el que todavía me estoy habituando a vivir.

Gracias a todas las personas que lo han hecho posible. A todas mis compañeras y compañeros de sello. A esos nombres, que voy a llevar como ejemplos, y de los que voy a presumir hasta volverme muy cansina.

Gracias a los correctores, maquetadores, editores... a todos esos magos que agitan sus varitas detrás de la creación de un libro, y hacen que los sueños se hagan realidad.

Gracias a mi *partner in crime*. Mi Villana rellena de algodón de azúcar, porque vivió conmigo el proceso y me dio el empuje durante esos días en que esta historia se convirtió en un todo en mi vida.

Gracias a mi Sueco... sin el que toda esta locura carecería de sentido.

Ni confirmo ni desmiento, lector o lectora, qué porcentaje de veracidad hay en lo que acabas de leer; pero te animo a elucubrar sobre ello, mientras disfrutas del loco idilio de Roma y este nórdico tan particular.

No sé si estaba escrito en alguna parte, fue el destino o una serie de maravillosas casualidades, pero a mí, definitivamente, todos los caminos me han llevado a este momento, a esta historia... y no podría estar más agradecida por ello.

Nos vemos en la siguiente.

Romina Naranjo



Si te ha gustado

Todos los caminos

te recomendamos comenzar a leer

Si me quisieras

de *Arlene Sabaris*

Capítulo 1

La voz en mi cabeza vuelve a estallar en un escandaloso cántico repetido, ordenándome que apague el televisor. La serie de suspenso que estoy mirando ya casi está llegando a su último capítulo, y a pesar de que son las dos de la madrugada, me niego a pulsar el botón del control remoto para detenerla. Mañana debo trabajar muy temprano y sin embargo aquí estoy, observando a los insípidos personajes descubrir un asesino que hace dos capítulos ya he descubierto (estoy segura de saber quién lo ha hecho).

Espero a que se marque «recibido» el mensaje que le he escrito a Marco unos minutos atrás. A veces hace eso... me coloca un mensaje, le contesto y luego pasa un buen rato para que responda nuevamente. Pareciera que se le ocurre decirme algo, lo escribe sin pensarlo mucho y luego se pone a hacer quién sabe qué, porque pueden pasar días sin que sepa de él. No sé por qué me escribe, pero peor aún no tengo idea de por qué respondo. Tengo rabia conmigo misma otra vez, decido alejar el teléfono y, enfrentémoslo, es médico y tiene razones para estar despierto a estas horas, pero yo, por el contrario, debo lucir descansada y feliz como una mariposa en menos de cinco horas para mostrar mi mejor cara a un equipo de ventas de diez personas. Me gusta mi trabajo. He avanzado velozmente en estos últimos tiempos y lejos ha quedado la pasante presurosa que recorría las oficinas de la multinacional farmacéutica, tratando de suplir las necesidades de todo el que me llamara.

Hace ya seis años de aquella reunión en la que me avisaron que podía quedarme como empleada fija dando asistencia administrativa. Me habían asignado específicamente al área de Registros, que era el lugar más aburrido del mundo pues yo tenía un grado recién adquirido en Mercadeo, pero era trabajo, en un lugar importante donde había muchos chicos guapos. Además, quedaba muy cerca del apartamento que compartía con mi mejor amiga y

pagaban muy bien, incluso cuando solo era pasante. Sin embargo, mis metas eran claras, yo me quería ir al Departamento de Ventas...

allí estaba la actividad más interesante de toda la empresa y tocaba ir a mostrarle los medicamentos a los médicos más encantadores.

¡Un trabajo genial!

No fue tan fácil cambiar el rumbo. El puesto de visitador era muy codiciado y tocó esperar tres años a que se abriera una vacante.

Estuve tentada a buscar otro trabajo, pero la economía iba de mal en peor y debía dar gracias al universo que no fui víctima de una de las múltiples reducciones de personal que se dieron en aquella época. Sobreviví con estoicismo a las crisis y aproveché la oportunidad cuando se presentó. Ahora tengo mayores responsabilidades y mañana es un gran día para mi equipo pues lanzaremos un nuevo producto.

Decido, sin titubeos, llevar mi móvil al salón de estar para recargarlo y regreso a la habitación decidida a dormir. El pijama de rayas azules casi borradas se confunde con las sábanas de cuadros y parezco una pintura vanguardista mientras me preparo para finalmente ir a la cama. Nunca he podido conciliar el sueño si me siento prisionera, y la coleta que recoge mi cabello corto pronto desaparece dejando los rizos dorados esparcidos en la almohada.

El edredón me cubre por completo y arropo mi cara con él, percibiendo el suave perfume de jazmines del detergente nuevo que he comprado, ha sido una buena adquisición. Me entretengo con cualquier pensamiento irrelevante cuando escucho el sonido del mensaje que han respondido. Vuelvo a cubrirme con el edredón tapándome el rostro, no pienso levantarme a responder... «¡date valor, mujer!», me digo y respiro profundo para creerlo. No... ya he esperado una hora, y si bien quiero saber lo que dice, no voy a darle la satisfacción. Lo veré mañana... da igual, estoy dormida, o al

menos debería estarlo. Quizá debería levantarme a colocar el móvil en silencio, así ya no lo escucho... ¡No! ¡Es una trampa! Que chille cuanto quiera, no iré... lo leeré por la mañana. Y así, luchando con mis más temidos demonios, venzo al fin y consigo olvidar que ha escrito.

Duermo profundamente casi enseguida, pero las horas pasan volando y de repente son las siete de la mañana y la lejana melodía del móvil anunciando que debo tomar agua me despierta. Ya en pie, descubro las cortinas del amplio ventanal de mi cuarto, es una de las razones por la que escogí este piso, bueno... eso y que la estación del tren está a unos pasos y en días como hoy, que la lluvia amenaza con empapar la mañana, pues es de lo más conveniente.

El paseo de la Bonanova se muestra ligeramente activo ante mí, las calles húmedas reciben sus primeros visitantes y el sol, aunque tímido, despide sus primeros rayos reflejándose sobre la calle recién despierta. Respiro con profundidad y doy vuelta para continuar mi rutina de la mañana. Remuevo de su perchero el vestido violeta de falda a media pierna que me han regalado en la oficina por mi cumpleaños, espero que me quede, porque esta tela se ajusta al cuerpo como guante a la mano. El escote discreto en forma de corazón, las mangas cortas al estilo tulipán y la cintura ajustada me dicen que ha sido Paula quien lo ha escogido. Estas caderas no caben en todas partes y por más que me guste eso cuando uso

pantalones, necesito que el cliente, esta mañana, mantenga los ojos en la presentación. Incluyo una chaqueta oscura de mangas tres cuartos a mi vestuario, pero dudo de mis zapatos negros de tacón con esta lluvia. «Son solo unos pasos...», pienso y decido ponérmelos de todos modos. Debí suponer cuando me corté el pelo este verano que estos rizos no iban a llevarse bien con la lluvia.

Lucen más encogidos de la cuenta, así que coloco una pisa pelo de

piedras brillantes para apaciguarlo al estilo Marilyn Monroe y así verme menos divertida. Me maquillo sin exagerar con un labial lila y delinea mis ojos; los días grises se reflejan en ellos y un poco de rímel les dará más luz. ¡Vamos, que luzco preciosa! Si no nos compran la investigación, al menos me harán la foto para la revista médica del mes. Me dirijo con mi paraguas hacia el tren, resistiendo las ganas de leer el mensaje de Marco, asumiendo que en realidad sea suyo. Esperaré a estar en el vagón porque así no podré responder de inmediato. Voy armando la presentación en mi cabeza y rezando que mi equipo tenga todo listo. Cuando termine esta reunión debo dar una charla de bienvenida al personal de nuevo ingreso, almorzaré con mi amiga Laia y espero ir a casa temprano.

Es viernes. El vagón llega y entro con impaciencia esperando encontrar un asiento vacío. Por suerte, un chico se pone en pie para la próxima parada y solo voy unos minutos sosteniéndome del extremo de un asiento. Finalmente abro el bolso y tomo el teléfono con la misma curiosidad que vencí minutos antes cuando lo he agarrado de la mesa de mi habitación sin mirarlo. Efectivamente, tengo no uno, sino varios mensajes de él.

Viernes 2:22 a.m.

Marco: ¿Estás despierta?

Marco: ¿Raquel?

Marco: ¿Ahora vas a ignorarme? Supongo que todas las dominicanas que conozco me ignoran...

Marco: Te escribía, además de saber cómo estabas y si te había gustado la película, porque he decidido ir al congreso...

Marco: Tú estarás al í, ¿no? No pensaba ir, pero he cambiado de opinión y me voy mañana para aprovechar el fin de semana... bueno, hoy... es de madrugada.

Marco: Estás ahí leyendo en silencio o ya estás dormida?

Marco: Bien... tú ganas, Raquel. Lo siento, mi móvil se ha descargado antes y por eso no te había contestado. Espero respondas en la mañana...

¿cenamos? Mi vuelo llega a Barcelona al mediodía y estaré en el mismo hotel del congreso. ¿Será que por fin nos conocemos en persona?

Marco Stasio es un «amigo», pero está como quiere él, como quieren todas mis amigas y como queremos mi ego y yo que se vea mi novio. Es un galán italiano en todos los sentidos. Hemos hablado de mucho más que de medicamentos desde hace un par de meses, cuando una de mis ejecutivas lo invitó a nuestro congreso anual, después de verlo en otro evento. Maite, que está casada desde hace quince años y piensa que en cualquier momento voy a caerme muerta porque no me he comprometido, siempre anda persiguiendo médicos solteros con los que yo «debería salir». En esta ocasión, cuando vi sus fotos en la memoria del evento, decidí no enojarme con Maite como siempre lo hago y accedí a que lo invitara al congreso. Hará unos dos o tres meses, desde que ella le dio mi contacto para que él pudiera hablar de forma directa con la gerente, luego de mandarle por correo electrónico el video de motivación que grabamos para invitar al congreso (a alguien de Mercadeo se le ocurrió

que eso le daba un toque personal]). Maite es mi ejecutiva de Ventas del mercado italiano, pero Stasio habla un castellano decente porque estudió aquí en España, por lo que empezamos hablando de trabajo, luego de ciudades y finalmente de nuestra vida personal. Ya había dicho que no vendría, así que este «amor platónico» que me ata al galán al que pensaba no tendría que conocer, ahora se quiere salir por los poros pues resulta que sí viene. Justo lo que yo necesitaba escuchar cuando estoy a punto de hacer una presentación importante. El tren ha llegado a mi parada.

Milagrosamente, cuando salgo a la calle, el sol ya comienza a desafiar a las nubes y el intenso azul se va apoderando del cielo.

Todavía se ve gris a lo lejos, pero al menos no tendré que volver a abrir este paraguas con flores verdes que no hace juego en lo absoluto con mi vestido, pero es el único que tengo. Ni siquiera estoy segura de que sea mío, para ser justa. He guardado el móvil en mi bolso. Barcelona es una ciudad segura, pero no hay que tentar a la suerte. Apresuro el paso para reducir el espacio que me separa del edificio, y mientras recorro la Gran Vía de las Cortes Catalanas, pienso en lo que acabo de leer en mi pantalla. No lo conozco personalmente, pero ganas no me han faltado y Maite se la pasa comentando sobre el neurólogo italiano, joven prodigio que se especializa en casos poco comunes y a quien nuestra empresa ha intentado cautivar como imagen por un par de meses. He visto videos de sus presentaciones de casos y una que otra foto profesional en las revistas médicas europeas, y claro... veo las pocas que pone en su perfil porque nos hemos hecho amigos en las redes sociales. Pero si solo contara con eso, no creo que lo conociera en lo absoluto porque casi nunca hay fotos tuyas. ¡Pero, vamos! Maite dice que es alto y tiene los ojos azules como el mar embravecido y en sus notas de voz su risa es genuina, cercana, como si de verdad estuviera feliz. Eso me gusta. Nos mantenemos hablando por mensajes y notas de voz, incluso videollamadas; y aunque desde el principio me quedaba claro que no vendría al congreso, me entretengo hablando con él sobre los casos nuevos que encuentra, y por alguna razón recibir sus mensajes es parte de un ritual de coqueteo incesante que he forjado en mi soledad voluntaria. Después de mi último fiasco mal llamado noviazgo, tomé la decisión de no pensar en nada ni remotamente parecido a una relación seria y así he sobrevivido sin mayor contratiempo recién arribando a mis veintisiete años. Olvido la situación por un momento

y pongo toda mi concentración en el cliente. «Una hora a la vez, Raquel». El elevador se abre y me hago paso entre los impacientes compañeros de edificio que se apresuran para llegar a tiempo a sus respectivas oficinas. Me tiene sin cuidado el tiempo, pues he llegado una hora antes de mi reunión y puedo coordinar con mi equipo todos los detalles. Desfilo majestuosa con mi nuevo vestido, pero no impresiono a nadie porque están todos ocupados en lo suyo... arrojo el odioso paraguas en una esquina de mi oficina y abandono el bolso sobre una silla para sentarme a revisar en mi ordenador los detalles finales y dirigirme al salón de conferencias. Paula, mi asistente, no está a la vista y ruego, por su propia suerte, no encontrarla en la cocina cotorreando en un día tan importante como hoy. Su carcajada de *millennial* desenfundada me desmiente cuando entro buscando café y la distingo en un trío de comadres que conversa sin mayores preocupaciones. Su inconfundible cabellera castaña planchada a la perfección se eleva por los aires casi golpeándome a su paso cuando se da vuelta sobresaltada ante la señal de una de sus compañeras de plástica.

—¡Raquel, qué temprano llegaste hoy! —exclama resistiendo la sonrisa seria.

—No más que tú, Paulita... ¿y qué es tan interesante como para entretenerme justo hoy que viene el equipo del hospital? —reclamo indiferente mientras sirvo una taza de café.

—Hablabamos de los nuevos... hay un par de bombones irresistibles en el grupo de hoy —dice sin el menor remordimiento.

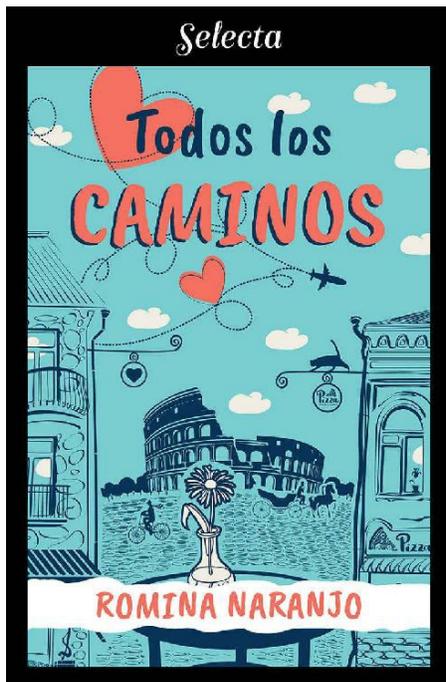
—¿Más irresistibles que un cliente que paga nuestros sueldos?

No creo que tanto, Paula. Vamos, que no quiero que pase lo de la otra vez con la proyección de las diapositivas —digo a seguidas mientras salgo de la cocina, café en mano, ante la mirada temerosa de las otras chicas.

—Te pusiste el vestido... te queda hermoso —señala intentando bajar la seriedad de mi tono.

—Ajá... —contesto y continúo en dirección al pasillo.

Paula me sigue sin responder porque me niego a continuar la superflua conversación. Tengo que concentrarme. Unos minutos más y habré cerrado la venta de todo el trimestre. ¡Hagamos esto!



Todos los caminos

Érase una vez nuestra protagonista, Roma, que con diecinueve años cometió el tremendo cliché de enamorarse perdidamente de él, el Sueco, el chico venido de lejos, siempre rodeado de un club de fans atento a sus historias y anécdotas.

Roma decidió que ella sería el destino donde él elegiría quedarse... pero por desgracia, él no había siquiera reparado en ella.

Años después, nuestra chica es una mujer adulta, fuerte, que encadena trabajos para sobrevivir y lo tiene todo completamente superado. O eso dice.

Cuando el destino le pone al Sueco otra vez delante, Roma se plantea que quizá sea momento de sacarse la espinita. Quiere conocer de primera mano eso tan fantástico que se perdió a los diecinueve, y después... ser ella la que pueda decir eso de «y si te he visto, no me acuerdo».

¿El problema? El Sueco ha vuelto. Más guapo e irresistible que nunca. Y también, más maduro. Ya no es el chiquillo de antaño. Su vida no ha sido un camino de rosas y, para sorpresa de Roma, parece dispuesto a dar un salto de fe... y entregarse de verdad.

Si es que ella puede aceptar volverse a arriesgar.

Dicen que todos los caminos, sobre todo los del amor, llevan a Roma. Pero aquí la pregunta es, ¿cuál escogerá ella?

Romina Naranjo nació en Las Palmas de Gran Canaria, el 24 de febrero de 1988. Es la mayor de cuatro hermanos, siendo varones los tres que la siguen. Cursó sus estudios universitarios en La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, licenciándose en Pedagogía. Se aficionó a la lectura a muy temprana edad, empezando a escribir pequeños cuentos ya en su época de colegio, afición que perduró con el paso del tiempo. Actualmente, compagina su trabajo, relacionado con la educación a menores, con su gran pasión, la escritura, consiguiendo al fin ver cumplido su mayor sueño con la publicación de "Una candidata inesperada", su primera novela.



Edición en formato digital: junio de 2020

© 2020, Romina Naranjo

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-38-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu
próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club



Índice

[Todos los caminos](#)

[Nota de la autora](#)

[Antes del principio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Después del final](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Romina Naranjo](#)

[Créditos](#)

Document Outline

- [Todos los caminos](#)
- [Nota de la autora](#)
- [Antes del principio](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 12+1](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Después del final](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Si te ha gustado esta novela](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre Romina Naranjo](#)
- [Créditos](#)